

Luis Ramiro Beltrán

Comunicación, política y desarrollo

Selección de textos publicados
en CIESPAL entre 1982 y 2009

Edición especial para la presentación
de la Cátedra de Comunicación
para el Buen Vivir: Luis Ramiro Beltrán

La Paz, 23 de septiembre de 2014



Quito-Ecuador
2014

Luis Ramiro Beltrán

Comunicación, política y desarrollo

Centro Internacional de Estudios Superiores
de Comunicación para América Latina

CIESPAL – Ecuador

www.ciespal.org

Primera edición

ISBN: 978-9978-55-120-2

Código de barras: 9 789978 551202

Derecho de autor: 044532

Depósito legal: 005173

Diseño y diagramación:

Arturo Castañeda Vera

Impresión:

Editorial Quipus, CIESPAL

Septiembre de 2014

Quito, Ecuador

Los textos que se publican son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

ÍNDICE

A modo de prólogo. La virtud del magisterio.....	7
Francisco Sierra	
SEMBLANZAS	23
Luis Ramiro Beltrán: “Por una comunicología de liberación”	25
Erik Torrico	
Luis Ramiro Beltrán: Semblanza de un comunicador vanguardista	39
Alfonso Gamucio-Dagron	
ENTREVISTAS	53
Beltrán: “No renunciaremos jamás a la Utopía”.....	55
Patricia Anzola	
Luis Ramiro Beltrán. Pionero de la Comunicación	77
Juan Braun	
“Debemos denunciar la estructura deshumanizante y anunciar la estructura humanizante”.....	91
Juçara Brittes	

ARTÍCULOS	121
La radio popular y educativa en América Latina	123
Luis Ramiro Beltrán	
Comunicadores y derechos humanos: ¿de malos amigos a ángeles guardianes?	133
Luis Ramiro Beltrán	
Nuevo Orden Internacional de la Información. El sueño en la Nevera.	145
Luis Ramiro Beltrán	

A modo de prólogo. La virtud del magisterio

Francisco Sierra Caballero

Si la autoría constituye una función pública de articulación de espacios, recuerdos, omisiones, momentos incidentales y pura contingencia, la vida y obra de Luis Ramiro Beltrán es sin lugar a dudas la más prolífica y creativa del continente americano pues, desde siempre, ha sido proclive a ir trenzando constelaciones de patrimonio simbólico para el acuerdo o la controversia, que han marcado un antes y un después en la Comunicología Latinoamericana.

CIESPAL reconoce en él no solo a un pionero de la Escuela Latinoamericana de Comunicación, sino a un pensador incómodo e intempestivo, que supo despejar el horizonte intelectual del pensamiento emancipatorio, disolviendo malentendidos o lugares

comunes a fin de alumbrar lecturas disidentes del bagaje con el que el pensamiento latino en comunicación ha ido transitando los cambios históricos acontecidos a lo largo del último siglo. En definitiva, sin su liderazgo y concurso no hubiera tenido lugar el proceso de catálisis por el que hoy podemos repensar las matrices epistémicas de un pensamiento propio en la región.

El determinante papel académico y político de nuestro autor lo hace acreedor de todos los reconocimientos. Ahora bien, este homenaje de CIESPAL no es un mero recuerdo o ejercicio ritual de celebración de la necesaria memoria histórica en su nombre, tan habitual, por otra parte, en la lógica académica. El término homenaje, que se remonta a la Edad Media, proveniente del provenzal *homenatge*, significaba en el latín tardío *homenaticum*, pues aquel que comprometía fidelidad a su señor era denominado hombre. Adquiría, en suma, un reconocimiento o suerte de ciudadanía por el acto de veneración y respeto a su señor. En castellano, el significado de homenaje tiene tres acepciones. El sentido común designa el acto que se celebra en honor a alguien, pero también, respeto y veneración hacia una persona, al tiempo que obligado cumplimiento de cualquier pacto como juramento solemne de fidelidad. Hablar de admiración y respeto, de la veneración compartida por todos respecto a la figura de Luis Ramiro Beltrán como académico y persona es, por obvio, un ejercicio en vano. Pero no tanto, quizás, el pacto o compromiso que ello significa, desde el punto de vista de la fidelidad a sus ideas, a su trayectoria intelectual, al legado que nos ha dejado. Y este sentido del homenaje es el que conviene recordar como reconocimiento, como memoria, como proyecto vivo de la Comunicología Latinoamericana.

Si como dejó escrito José Carlos Mariátegui, por lo general, quien no puede imaginar el futuro tampoco puede pensar el pasado; y, por lo mismo, quien no cultiva la memoria poco o nada puede proyectar en el horizonte histórico, las páginas de este modesto homenaje

que CIESPAL brinda a nuestro principal autor de referencia tienen la voluntad de tejer nuevas utopías y proyectos históricos emancipatorios para el derecho a la comunicación en lugar del concepto equívoco del homenaje como acto ritual desprovisto de sustancia y contenido, como momento episódico y posmoderno siempre apolítico, más aún en un tiempo como el actual que si por algo se distingue es, justamente, por la preeminencia de una cultura pragmática y una percepción del presente perpetuo, marcada, incluso teóricamente, por el olvido de la historia y la negación de toda lectura crítica sobre las cenizas del pasado.

La complejidad y la velocidad de los cambios informativos en curso han penetrado tan profundamente en las estructuras y formas de sociabilidad que la naturalización, a nivel del discurso público, de las lógicas dominantes de mediación se ha revestido de tal consistencia y opacidad, que, bajo la apariencia de una falsa transparencia, parecen irreductibles a la crítica científica, mientras el proceso de estructuración y organización de la comunicación y la cultura pública inciden en las lógicas de dominación y desigualdad material y simbólica, características del modo de producción capitalista.

La naturalización de las formas desvertebradas y alienantes de la cultura contemporánea ha reafirmado así, como consecuencia, una concepción individualizada de la vida social que debe ser objeto de crítica para hacer visible las causas sociales de fenómenos desconcertantes de la “modernidad líquida” que fragmentan y descomponen los marcos axiológicos y de convivencia. En este sentido, dos obstáculos fundamentales para la teoría crítica son, por un lado, el poder dominante de la metafísica burguesa, en especial la ilusión extensamente propagada de que el mercado capitalista y el régimen capitalista de producción son eternos e insuperables y, por otro, el imperio de una teoría y academia miopes e incapaces de pensar más allá de los límites formales que determina el proceso o la lógica de acumulación.

Esta miopía intelectual sobre los dispositivos de control y subsunción social de los mundos de vida por el capital es la clave de la renuncia a una idea de sociedad crítica y comprometida con los espacios próximos de reproducción cultural y con la articulación dialógica de las complejas relaciones a distancia que median los sistemas desterritorializados del poder basado en flujos de información, que hoy también colonizan el pensamiento y la producción teórica, condicionando una nueva concepción del intelectual y de los trabajadores de la cultura.

Por ello, el homenaje dedicado a Luis Ramiro no puede ser de otro modo que aprendiendo de su virtud y de su legado; una reivindicación del deber de fidelidad a la virtud insobornable de pensar desde el compromiso y una política de lo *procomún* que ha venido mostrando, ejemplarmente, a lo largo de su trayectoria, al promover en América Latina esperanzas de futuro desde la conciencia despierta de lo que hoy se reformula como *sumak kawsay*.

No es cuestión glosar aquí la fructífera y rica trayectoria intelectual de Luis Ramiro. Tratar de resumir sus contribuciones al campo latinoamericano de estudios en comunicación y a la propia CIESPAL sería demasiado profuso y materialmente imposible en unas pocas líneas. Maestro de comunicadores, inspirador y líder de una generación de estudiosos que hizo real el paradigma de la Teoría de la Dependencia en Comunicación para la insubordinación de los conocimientos locales, pretender, como decimos, resumir en unas pocas páginas toda una vida dedicada a la labor de ingeniero incansable de utopías nos llevaría a la paradoja de “Funes el memorioso” de Borges y, además, no es la razón de ser de este texto, pues tal empeño es tarea de biógrafos y estudiosos de la Genealogía de la Comunicación Latinoamericana.

Únicamente nos permitimos la licencia de señalar, por justicia, y lo evidente del hecho histórico que motiva tal conmemoración, que CIESPAL le debe a Luis Ramiro Beltrán lo que hoy es

como institución: un espacio de encuentro y articulación de la Comunicología Latinoamericana pensada, en su proyección, desde el sentido y sentimiento del Sur como una guía o norte en tanto que caja de herramientas que hizo posible el proyecto utópico de Comunicología del Sur. Esta certeza nos ha acompañado siempre desde que conocemos a Luis Ramiro Beltrán y compartimos amistad, primero en Sevilla, donde le hiciéramos un merecido y modesto reconocimiento la comunidad académica iberoamericana, posteriormente, en La Habana, Madrid y, hoy, en La Paz. Por ello, tal reconocimiento es, en cierto modo, una defensa del corpus conceptual y la práctica teórica surgida en los 70 como ruptura y *desconstrucción* frente a las corrientes dominantes en las antiguas y nuevas metrópolis occidentales; es decir, frente a las teorías foráneas del funcionalismo norteamericano y también cierta teoría crítica, cuando en América Latina se comenzó a enunciar nuevas agendas propias adaptadas al contexto de movimientos y luchas políticas y sociales de la región, construidas desde la dialéctica de la hibridación y el mestizaje que reconoce la praxis, la diversidad y la participación como medulares en la comunicación, entendida esta como proceso de mediación social.

Como sabemos es, en suma, desde el reconocimiento de las particularidades históricas y culturales de América Latina, donde se comienza a tejer la propuesta de comprensión de la comunicación desde la perspectiva social y cultural. Las prácticas locales y creativas y los testimonios de resistencia desplegados a través de los procesos de comunicación participativa dan consistencia al pensamiento comunicacional latinoamericano. Es en este marco que la Academia regional hace visible la construcción de pensamiento desde la praxis como posibilidad de reflexión a partir de la práctica/acción, de acuerdo con Ramiro Beltrán, y la Investigación-Acción Participativa como metodología colectiva de producción de conocimiento, donde la cooperación de los actores, siguiendo las

exploraciones de Orlando Fals Borda en torno a la experiencia de lo popular y lo cotidiano, constituye el alfa y el omega de toda práctica teórica. De tal manera que el conocimiento científico es interpelado por la emergencia de otros saberes desde las culturas populares, afroascendientes e indígenas, en función de la construcción socioanalítica de conocimiento colectivo como apropiación de los saberes locales comunes, resituando la Comunicología en el terreno de las formas ancestrales y antagonistas de lo *procomún*, anclada en la tierra y las cosmogonías invisibilizadas por la racionalidad cartesiana como opción epistémica y política frente a la condición de colonialidad en la que ha vivido históricamente América Latina. De aquel tiempo a esta parte, la larga noche neoliberal ha tratado de mudar tal espíritu reivindicativo. Pero como dice el adagio popular: “No hay mal que dure cien años...”, y “...tras la tormenta llega la calma”, pues, “...toda noche tiene su ALBA...”. Así, hoy, países como Bolivia y Ecuador han experimentado cambios significativos en la estructura del Estado y la cosmovisión de las políticas públicas con el reconocimiento de base del pensamiento de los pueblos originarios. Esta es apenas, como señala Boaventura de Sousa Santos, un punto de partida, “una victoria del movimiento social, del movimiento indígena y del movimiento popular.” (De Sousa Santos, 2009: 61). Sin embargo, más allá del plano normativo, es también el inicio de un proyecto de transformación y justicia cognitiva que debe llevarnos a pensar el estatuto de las ciencias sociales y de la Comunicología en particular.

Si bien la hibridación social fue casi siempre negada en el plano conceptual de la práctica teórica como una desviación de la norma, hoy por hoy, en la era del Capitalismo Cognitivo, la ruptura con el eurocentrismo y el imaginario científico occidental es como se evidencia la condición para el desarrollo autónomo del campo científico regional. Ello exige, a diferencia de otras épocas, reformular las bases epistémicas de la Comunicología en virtud de

un proyecto histórico transmoderno, transoccidental, dialógico y articulado en, por, desde y para el Sur, atendiendo la singularidad creativa de sus culturas originarias. Ahora bien, para construir una Epistemología del Sur para la Comunicología Latinoamericana, como rearticulación de la teoría crítica de la mediación social, basada en la cultura académica emancipadora y antagonista de la Escuela Latinoamericana de Comunicación (ELACOM), no partimos de cero. De Freire a Escobar, de Martín Barbero y García Canclini a Dussel y Quijano, y los estudios poscoloniales, pasando por Boaventura de Sousa Santos, la apuesta por la decolonialidad del saber-poder informativo nos plantea el reto de reformular las bases del discurso científico comunicacional a partir de una crítica del poder mediador del pensamiento hegemónico angloamericano a partir de las matrices culturales del paradigma amerindio sobre el que Luis Ramiro se introdujo durante su período de residencia en Quito (1984-1991) de la mano de Wilson Hallo y que recientemente se materializó en el Proyecto Ameribcom (Beltrán, L. R.; Herrera, K.; Pinto, E. & Torrico. E., 2008).

La apuesta por formas diferentes de ver el mundo, de interpretar e intervenir en él constituyen una tradición epistémica propia del pensamiento latinoamericano desde su génesis, construyendo nuevas bases y estilos de conocer y representar el universo a partir de formas comunitarias inspiradas en la filosofía de la liberación y la cultura de la resistencia que hoy, a fuerza, deberían ser enriquecidas además por la emergencia reciente de los movimientos indígenas en una nueva lógica de compromiso intelectual.

El redescubrimiento de lo propio como empoderamiento del pensamiento y la realidad latinoamericana se traduce así hoy en la Comunicología Latinoamericana, en una reivindicación de la diferencia. Además también en un cuestionamiento y antagonismo de la norma y el pensamiento dominante de la modernización occidental y la ciencia neopositivista hegemónica en el Norte. Ya

desde su origen, por ejemplo, la Escuela Crítica Latinoamericana demuestra con su emergencia y potencia crítica deconstructiva que “un pensamiento de fronteras, márgenes (que es donde mejor se ve la gramática del poder); está en las rutas, plazas, pueblos, marchas con las poblaciones y también en los foros, las cumbres, las jornadas de discusión, en las asambleas constituyentes en todos estos vertiginosos años” (De Sousa Santos, 2009: 5) que cuestionaron la hegemonía angloamericana. Así, por ejemplo, con el movimiento NOMIC y, posteriormente, la defensa del Informe McBride, América Latina, con Luis Ramiro Beltrán a la cabeza, lideraría el debate sobre el acceso a la información y la democratización de la comunicación como componente fundamental de los derechos humanos, lo que marcaría un punto de inflexión en las agendas de investigación. Esta tradición que legitima un saber-hacer diferenciado constituye, como reconoce el propio autor, el principal elemento original de la Comunicología Latinoamericana. La filosofía de la praxis es la razón que habría de animar al maestro a convertirse en el eje de articulación del frente del NOMIC, como impulsor de la Conferencia de San José de Costa Rica, y, más allá, en abogado defensor del concepto sistemático e integral de Políticas Nacionales de Comunicación. Como es de conocimiento público, aquel encuentro pudo haber acontecido en Buenos Aires, Lima o Quito. Pero entonces, como hoy, los voceros de la SIP y de AIR orquestaron una campaña de presión contra los gobiernos nacionales y la propia Unesco. Al igual que, actualmente, el Capital acosa y trata de deslegitimar los procesos de democratización de Bolivia, Venezuela, Ecuador o Argentina. Por ello, es preciso recordar de dónde venimos –la lección es del todo evidente– y qué legado nos deja el artífice de la Comunicología de la Liberación.

Actualizar sus propuestas, su ejemplo de disciplina y compromiso, la metódica voluntad de insubordinación al neocolonialismo de propuestas como el ALCA que amenazan el sentido y progreso del

Buen Vivir da toda la razón de ser a este reconocimiento público, quizás, es de lamentar, muy tardío por parte de CIESPAL, pero aun así ello nos permite hoy, al fin y al cabo, repensar y seguir luchando por el código, por la información y el conocimiento libres, por una obra y un pensamiento que hacemos nuestro en la asunción del deber de formar y transformar la realidad a partir en la actualidad de nuevas bases, pues, de acuerdo con el profesor Erick Torrico, es preciso renovar el legado de Luis Ramiro Beltrán a partir del programa de investigación sobre modernidad/colonialidad que Escobar, Quijano, Castro-Gómez, o Dussel vienen proponiendo para deconstruir las matrices eurocéntricas y definir un nuevo horizonte epistémico con el que pensar las ciencias sociales desde la autonomía, el pensamiento propio y la lucha por la emancipación social. Se trata, en fin, no de otra cosa que hacer efectivo el principio de homenaje como fidelidad al pensamiento antiestratégico de Luis Ramiro Beltrán que, hoy por hoy, iniciativas como el Foro Nuestra América identifica como reivindicación de la memoria al defender la soberanía tecnológica, la autonomía informativa, la defensa de los medios y prácticas comunicativas propias, así como las plataformas libres y las políticas públicas adecuadas a las realidades nacionales de Latinoamérica.

En esta voluntad transformadora radica la universalidad de la obra de Luis Ramiro Beltrán, la primera voz propia de América Latina que revolucionó el estatuto de la Comunicología hegemónica para, en el fondo, dar voz a los sin voz, y repensar el sentido y la praxis de la comunicación para el cambio social en el paso de la lógica del escamoteo funcionalista a la estrategia del disimulo que alumbrara lo que el profesor Marques de Melo ha venido sistematizando como Escuela Crítica Latinoamericana de la Comunicación (ELACOM). En esta transición de la filosofía de la praxis comunicacional, “Beltrán es uno de los primeros comunicólogos en pensar América Latina como unidad con ciertas peculiaridades históricas e

identitarias, razón por la cual se considera uno de los fundadores – junto a Pasquali, Verón, Díaz Bordenave o Marques de Melo– de la Escuela Crítica Latinoamericana de la Comunicación” (Barranquero en Beltrán, 2014: 30), cuya principal mérito fue imaginar, siempre, la mediación desde abajo, desde las comunidades y actores sociales, dando así rienda suelta a su inclinación artística, jugando a los palimpsestos. Tal virtud está, en el fondo, en su ADN cultural. La polivalencia y perfil polifacético hacen de él un artista de la Comunicación, en tanto que atento observador de las culturas populares, de las formas de vida y resistencia de los movimientos sociales en la región. Si tuviéramos que definir a un académico tan inclasificable como Luis Ramiro sería justamente el de investigador que piensa la comunicología como arte y técnica, como pensamiento nómada, como un reto de asunción, en el fondo, del *ethos barroco*. Y esta definición no es un rasgo menor o marginal. Antes bien, define, en esencia, la práctica teórica de nuestro autor.

El barroco es la forma de mediación de la lógica de la equivalencia y la racionalidad instrumental y la vida cotidiana, esto es, la afirmación de la forma natural y del aliento a la resistencia que el trabajo y el disfrute de los valores de uso ofrecen al dominio del proceso de valorización. “El *ethos barroco* no borra, como lo hace el realista, la contradicción propia del mundo de la vida en la modernidad capitalista y tampoco la niega, como lo hace el romántico; la reconoce como inevitable, a la manera del clásico, pero, a diferencia de este, se resiste a aceptarla, pretende convertir en bueno el lado malo por el que, según Hegel, avanza la historia” (Bolívar Echeverría, citado por Dussel, 2012). Es esta mirada atenta a la inmanencia de la vida, la potencia del deseo, la realidad bizarra, extravagante y ornamental, la que ilumina el hilo rojo de la comunicación regional que Luis Ramiro supo capturar con inteligencia. Y que tan relevante se nos antoja en la contemporaneidad para pensar el Capitalismo Cognitivo. Pues, como ilustra el filósofo Bolívar

Echeverría, el *ethos barroco* es el fundamento cultural que puede garantizar en América Latina una lectura otra para la emancipación. Es el que permite una subjetivación política y la emergencia de un nuevo sujeto de conocimiento legitimando el saber-poder como disyunción, subsunción y excentricidad, necesarios hoy más que nunca en los espacios liminares de la llamada Economía Creativa. De ahí la apuesta, acorde con la naturaleza fugaz del capitalismo informacional, por un conocimiento local, efímero, transitorio, particular de la heterotopía que fraguó la cultura latinoamericana, y que hoy exige una mayor reflexividad compartida. En otras palabras, pensar las diásporas como comunidades, como espacios de fuga y resistencia, de construcción y reconstrucción de identidades, durante más de 500 años de lucha, nos permite dibujar una nueva epistemología o pensamiento de frontera, neobarroco, del Sur, de los márgenes, fluido y complejo capaz de generar nuevos procesos de producción de sentido común liberado. Ahora bien, apostar por ello, de acuerdo con Boaventura de Sousa Santos (2009), es dislocar la práctica de representación de la Teoría Global de la Comunicación, cuestionar, en fin, el centro angloamericano en favor de los márgenes amenazados, a partir de una fenomenología de la marginalidad basada en el uso creativo de las tradiciones culturales amerindias. Si el poscolonialismo anglosajón parte de una relación colonial fundada en la polarización extrema entre colonizador y colonizado, entre Próspero y Calibán, una polarización que es, tanto una práctica de representación como la representación de una práctica; una lectura decolonial de la Comunicología Latinoamericana representa una subversión y crítica antagonista de lo mestizo, hibridado y creativo transfronterizo, una proyección modélica de lo transcultural americano que sienta las bases para una nueva Epistemología del Sur constructivista, no funcional ni esencialista. El problema de este reto es cómo construir el pensamiento desde y a partir de los grupos y movimientos indígenas que luchan en el subcontinente por su liberación.

Algunas pistas nos dio el maestro que en plena madurez y ya retirado de la academia, tuvo la brillante idea, a la vanguardia del conocimiento, de repensar la comunicación desde la cultura precolombina. En su epistemología cultural, se observa una diferencia notable con Bolívar Echeverría. Luis Ramiro Beltrán supo ver en la Teoría de la Dependencia, a diferencia de cierto marxismo dominante en la región, un modo específico de comprensión de los problemas de la comunicación moderna a nivel regional. Como bien observa Dussel, la teoría latinoamericana no siempre apreció el aporte diferente de la teoría de la dependencia, con sus limitaciones, en la contribución de la academia a los procesos de transformación histórica. Luis Ramiro sin embargo apostó por esta mirada estructural para convertir la Comunicología en un campo de disputa de los imaginarios del cambio social. Es por ello que podemos afirmar que la filosofía de la cultura, el giro descolonizador y la actualidad y potencia del pensamiento latinoamericano, vista desde Quito, capital del barroco por excelencia, plantea con él otra mirada sobre el pensar comunicológico. Sabemos, a ciencia cierta, que es esta cultura de una conciencia insatisfecha la que hizo posible y necesaria su voluntad de deconstrucción del elitismo funcionalista, la colonialidad del saber-poder informativo y las anteojeras ideológicas de la academia acomodaticia del imperio. Es este *ethos barroco*, la lucha expresiva entre el alma y el cuerpo, la contradictoria emergencia de la modernidad y la cultura de la miseria en Latinoamérica la que explica la potencia creativa de un pensamiento otro que –permítaseme el atrevimiento– explica la virtud y originalidad del pensamiento de Luis Ramiro Beltrán, su deambular entre la literatura y el periodismo, al tiempo que el rigor de la ciencia y la disciplina del método. Porque, en el fondo, sabe el maestro que la comunicación es COMUNIC@RTE, creatividad, técnica y ciencia aplicada al mismo tiempo. Esa tensión entre literatura y pensamiento estratégico, entre rigor científico y

creatividad cinética, entre pensamiento y acción, han marcado su vida y obra, entre la bohemia y la disciplina del conocimiento consistente, meticuroso y relevante.

El reto ahora es construir una comunicología contrahegemónica, incluyente, participativa, pensada para el Buen Vivir, reconstruyendo una vez más utopías de futuro para la región. Los textos y ejemplo del magisterio de Luis Ramiro Beltrán garantizan, sin duda, esta apuesta, en tanto que son puertas, ventanas, intervenciones para un pensar otro.

Hoy que las prácticas y fuentes de referencia están de nuevo colonizadas por el dominio del Capitalismo Cognitivo su ejemplo, como impulsor de Alaic, CIESPAL y el pensamiento propio, autónomo y rebelde de América Latina, cobra así viva actualidad. Solo hay que desplegar la competencia freireana de la escucha activa. Pues, en palabras del maestro: “hay, en nuestra parte del mundo, una base institucional de excepcional calidad e influencia. Pero, puesto que obviamente ninguna de estas organizaciones puede asumir el gran reto por sí sola, es indispensable y urgente que todos ellos conjuguen sus recursos humanos y materiales, mediante un Comité Permanente de Coordinación Internacional, encargado de diseñar y ejecutar un Programa Cooperativo Regional de Promoción de Políticas para Democratizar la Comunicación”.

El homenaje de CIESPAL es compromiso de fidelidad a su obra y estas sus palabras. La asunción, en fin, de la virtud debida a la conciencia despierta, porque no renunciamos a la utopía y porque, bien lo saben, la mayéutica socrática es eso: el cultivo de una vida ejemplar.

Quito, 8 de septiembre de 2014.

Referencias:

- Beltrán, L. R. (2014). *Comunicología de la liberación, desarrollismo y políticas públicas*. Málaga: Luces de Gálibo.
- Beltrán, L. R., Herrera, K., Pinto, E. & Torrico, E. (2008). *La comunicación antes de Colón. Tipos y formas en mesoamérica y los Andes*. La Paz: Centro Interdisciplinario de Estudios de la Comunicación.
- Castro-Gómez, S. (1996). *Crítica de la razón latinoamericana*. Barcelona: Puvill Libros.
- Castro-Gómez, S. y Mendieta, E. (1998). *Teorías sin disciplina. Latinoamérica, postcolonialidad y globalización en debate*. México DF: Editorial Porrúa.
- Castro-Gómez, S. (1999). *Pensar(en) intersticios. Teoría y práctica de la crítica postcolonial*. Bogotá: CEJA.
- De Sousa Santos, B. (2009). *Una epistemología del Sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. México DF: Siglo XXI / CLACSO.
- Dussel, E. (2012). *Modernidad y ethos barroco en la filosofía de Bolívar Echeverría*, México DF: UAM-Iztapalaba.
- Echeverría, B. (2005) (comp.) *La mirada del ángel*. México DF: Ediciones ERA.
- Echeverría, B. (2010). *Antología. Crítica de la modernidad capitalista*. La Paz: Vicepresidencia de Bolivia / Oxfam.
- Escobar, A. (1996). *La invención del tercer mundo, construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Editorial Norma.
- Escobar, A. (2010). *Una minga para el postdesarrollo: lugar, medio ambiente y movimientos sociales en las transformaciones globales*. Lima: Programa Democracia y Transformación Global y Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Recuperado de <<http://www.unc.edu/~aescobar/text/esp/escobar.2010.UnaMinga.pdf>>.
- Lander, E. (comp.) (2001). *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: CLACSO / CICCUS.
- Marques de Melo, J. y Gobbi, M. C. (orgs.) (2003). *Pensamento comunicacional latinoamericano. Da pesquisa-denuncia ao pragmatismo utópico*. Sao Paulo: UMESP / Unesco.

Sierra, F. , Bolaño, C. y Mastrini, G. (edit.) (2012a). *Political Economy, Communication and Knowledge. A Latin American Perspective*. London: Hampton Press.

Sierra, F. y Martínez, M. (edit.) (2012b). *Comunicación y desarrollo. Prácticas comunicativas y empoderamiento local*. Barcelona: Gedisa.



Semblanzas



Luis Ramiro Beltrán Por una “comunicología de liberación”*

Erick R. Torrico Villanueva¹

“...la comunicación no debe ser una herramienta para la irreverente manipulación de los seres humanos con el afán de satisfacer los intereses creados de unos pocos.

Tampoco debe la comunicación emplearse para preservar una injusta estructura social; debe usársela para transformarla de manera que prevalezcan la justicia y la paz”.

Luis Ramiro Beltrán (1983).

* Tomado de *Chasqui Revista Latinoamericana de Comunicación*, 105, marzo 2009, 8-13.

¹ Boliviano, comunicador, magíster en Ciencias Sociales y en Sociedad de la Información y el Conocimiento.

La comunicación democrática para el desarrollo es la utopía orientadora del pensamiento, la obra y la enseñanza de Luis Ramiro Beltrán Salmón, el mayor comunicólogo boliviano y, sin duda, uno de los más influyentes especialistas latinoamericanos en Comunicación para el Desarrollo en el escenario internacional.

Esa noción, incapaz de expresar en su integridad el sentido profundo y la trayectoria de la labor intelectual de Beltrán, resume de todas maneras lo central de sus preocupaciones y propuestas, a la vez que las presenta en la plenitud de su actualidad, no obstante, que comenzaron a ser forjadas hace más de 40 años.

Desde que en 1952 ingresó como funcionario al Servicio Agrícola Interamericano y tres años más tarde al Instituto Interamericano de Cooperación Agrícola, este experto y pensador enrumbo su vida hacia la reflexión crítica y constructiva, en torno al papel de la Comunicación en los procesos de desarrollo y a la relevancia de su planificación estratégica, haciendo además diversas contribuciones sobre la formación del personal responsable correspondiente.

Todos esos temas aparecieron nítidamente en uno de sus ya clásicos escritos, *Communication: forgotten tool of national development* (1967), en el cual, aparte de plantear la necesidad de “Incorporar el desarrollo de las comunicaciones en el plan principal de desarrollo nacional, para que esté al servicio de todas las demás actividades de desarrollo” (Gumucio & Tufte, 2008: 96), también propuso “organizar y fomentar la investigación en las comunicaciones de tal modo que los planeadores tengan información digna de confianza sobre qué mensajes de desarrollo transmitir por medio de qué canales y, los que tengan probabilidades de ser más efectivos, para qué público” (p. 96).

Luego de sistematizar sus elaboraciones en *Communication and modernization: significance, roles, and strategies* (1968), su tesis de maestría en la Universidad de Michigan, en su tesis doctoral

Communication in Latin America: persuasion for statu quo or for national development? (1970), Beltrán introdujo importantísimos cuestionamientos a los conceptos y modelos entonces prevalecientes. Así, las visiones de autores del *establishment* académico en las áreas del desarrollo y la comunicación, como Daniel Lerner, Walt Rostow, Lucien Pye, Ithiel De Sola Pool, Wilbur Schramm o Everett Rogers, relativas entre otros aspectos a las etapas del tránsito de la sociedad tradicional a la moderna o al carácter difusionista de los medios masivos en ese proceso, mostraron evidencias de inadecuación y etnocentrismo.

Convicción latinoamericana

A la culminación de sus estudios en los Estados Unidos de Norteamérica, Luis Ramiro Beltrán retornó a América Latina en 1970, aunque no a su Bolivia natal, adonde sí volvió en 1991. Pero aquel decenio de los 70, tan creativo e intenso en el campo internacional de las comunicaciones —cabe recordar que en él nació la propuesta del Nuevo Orden Informativo Internacional, luego la del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación y, finalmente, la del Nuevo Orden Internacional de la Información y la Comunicación—, hizo aflorar el hondo compromiso de Beltrán con el porvenir de la región.

Sus diagnósticos lo llevaron a considerar que Latinoamérica vivía un estado de “incomunicación social”, que era un “continente incomunicado” y que la “dominación era un rasgo característico de sus comunicaciones. Asimismo, con sus trabajos impulsó la controversia en torno al papel monopólico de las agencias informativas, a la concentración propietaria de los sistemas mediáticos y a la funcionalidad de estos respecto a la dominación cultural estadounidense; aparte de que condenó el conservadurismo, el materialismo y el conformismo, alimentados por una televisión y una publicidad imitadoras o reproductoras de formatos importados.

Otros dos grandes temas que contribuyó a poner en la agenda regional e incluso mundial fueron el Derecho a la Comunicación y las Políticas Nacionales de Comunicación, siendo el verdadero “padre” de estas últimas en el marco de su asesoramiento a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco). Su conocida definición inicial decía que: “...una política nacional de la comunicación...[es]...un conjunto integrado, explícito y duradero de políticas parciales, organizadas en un conjunto coherente de principios de actuación y normas aplicables a los procesos o actividades de comunicación de un país” (Beltrán, 1974: 4), al tiempo que sostenía que “Por el momento, no existe prácticamente este tipo de política nacional en casi ningún país del mundo, ni siquiera en los muy desarrollados. En el caso de los menos desarrollados, la inexistencia de una política nacional de la comunicación es, sin embargo, más grave, ya que es imprescindible organizar las necesidades en materia de comunicación para poder acelerar el desarrollo” (p. 4). Era tácita, en estas aseveraciones, la inquietud de Beltrán por el rezago multidimensional latinoamericano.

En su análisis sobre las relaciones entre desarrollo rural y comunicación, la pregunta principal que formuló respecto a “¿Qué tipo de comunicación al servicio de qué clase de desarrollo?” (Gumucio & Tufte, 2008.: 149) le condujo a señalar que en América Latina había una vinculación estrecha entre “incomunicación y subdesarrollo”, pero también a enunciar una serie de conceptos y proposiciones destinados a favorecer la superación de ese estado de cosas, cuya prosecución siempre ha sentido como algo inadmisibile.

Sin embargo, el latinoamericanismo de Beltrán no se limitó a enfrentar “lo dado” en los ámbitos de las políticas de desarrollo nacional o de la naturaleza y los desempeños de los medios masivos, en sí mismos de gran magnitud; otro frente clave de su batallar fueron los basamentos teóricos y los procedimientos utilizados en la región para producir saber respecto a la Comunicación, al igual que la si-

tuación y las particularidades de las investigaciones efectuadas. Ha sido, en ese sentido, uno de los primeros especialistas en estructurar “estados del arte” críticos sobre la investigación comunicacional latinoamericana: en 1974 presentó en la República Democrática Alemana su seminal ensayo *Communication research in Latin America: the blindfolded inquiry?*, en 1975 publicó en Inglaterra el artículo “*Communication research in Latin America*” y en 1976 vio la luz su célebre trabajo *Alien premises, objects and methods in Latin American communication research* (Cfr. Moragas, 1982; Marques de Melo & Gorski, 1997; Beltrán, 2000).

Demanda de cabeza propia

La insatisfacción de Beltrán con las ideas que la academia y la política aceptaban sobre el *desarrollo* y la *comunicación* le hicieron descalificar las características “autocráticas, elitistas y materialistas” del primer concepto y la índole “mecánico-vertical” del segundo (Cfr. Gumucio & Tufte, 2008: 147). En consecuencia, aportó definiciones humanizadas, más ajustadas a la realidad latinoamericana y, en algunos casos, declarativas de las aspiraciones colectivas de justicia democrática.

Por ejemplo, en 1974 concibió la *comunicación social* como “...un proceso de interacción democrática, basado en el uso de símbolos, por medio del cual los seres humanos intercambian libremente –de manera dialogada y equitativa– sus experiencias de afecto, actitud y comportamiento, influyéndose mutuamente en su conducta con varios propósitos diferentes” (p. 148). Y cinco años más tarde, en su modelo de *Comunicación Horizontal*, habló de la *comunicación* como “...el proceso de interacción social democrática que se basa sobre el intercambio de símbolos por los cuales los seres humanos comparten voluntariamente sus experiencias bajo condiciones de acceso libre e igualitario, diálogo y participación” (Beltrán, 2007: 30).

Pero a la vez que fue decantando varios de los conceptos básicos de la materia reivindicó la urgencia de acometer el trabajo científico con rigor y compromiso ético, así como la de que los estudiosos latinoamericanos de la comunicación dejaran de hacer simples transposiciones teórico-metodológicas y pensarán la realidad regional con cabeza propia.

En esa línea, en su llamada de atención sobre la ya citada “indagación con anteojeas” (1974) concluyó que la investigación latinoamericana tenía que apartarse de los dogmas derivados, tanto del conservadurismo funcionalista (de derecha) como de la retórica revolucionaria (de izquierda), pues los sesgos que traían aparejados impedían, al final, que las investigaciones efectuadas generaran conocimientos y los sustituían más bien por aserciones ideologizadas.

En una evaluación posterior (1976), Beltrán afirmó que “la investigación sobre comunicación en Latinoamérica ha estado, y todavía lo está, considerablemente dominada por modelos conceptuales foráneos, procedentes más que todo de Estados Unidos de América” (Moragas, 1982: 87) y agregó que “...los investigadores de los problemas de comunicación en Latinoamérica (...) no se han comportado autónomamente y, hasta el momento, han fallado en cuanto a formular conceptos enraizados, en la experiencia particular de la vida en la región” (ídem). Eran juicios muy duros, pero sin duda certeros, compartidos por varios otros especialistas latinoamericanos del período como Marco Ordóñez,² Antonio García o Juan Díaz Bordenave.

No obstante, también reconoció que desde 1971 surgió “una nueva promoción de investigadores” sea en el contexto de sociedades con procesos de cambio acelerado (Perú, Chile y Cuba que vivían ex-

2 Director del CIESPAL 1970-1974.

perencias de corte revolucionario) o en el de otras que recibieron una fuerte influencia científica de Europa (Argentina y Brasil). Fue sobre la base de esa constatación que manifestó su optimismo acerca de la presencia de un promisorio movimiento “Hacia una nueva ciencia de la Comunicación en Latinoamérica” (p. 116).

Apropiarse de las herramientas

Beltrán impugnó el carácter extranjerizado predominante de las prácticas investigativas latinoamericanas de la comunicación y, junto a ello, emprendió una consistente crítica de orden epistemológico y metodológico contra los modelos paradigmáticos que eran aplicados y enseñados en la región.

No solo que dejó en entredicho las presuntas neutralidad y objetividad de las Ciencias Sociales y sus métodos, sino que desentrañó a la



BOGOTÁ, noviembre de 1983.- Beltrán en su domicilio durante una entrevista de prensa al anunciarse en noviembre de 1983 que había sido elegido primer ganador del Premio Mundial de Comunicación McLuhan-Teleglobe del Canadá que iría a recibir en Ottawa en diciembre de ese mismo año.

vez la procedencia teórica extracomunicacional y los propósitos de ajuste social que nutrieron el estudio científico de la comunicación en sus orígenes.

A su demanda de que se restablezca a la sociedad total como matriz desde la cual investigar, sumó sus cuestionamientos a los límites de la concepción difusionista de los procesos de comunicación y desarrollo, así como a los de las orientaciones en boga de los estudios de efectos (inspirados en el esquema de Harold Lasswell) y de funciones (debidos a Charles Wright) que resultaban completamente inadecuados para posibilitar los cambios estructurales requeridos por las naciones de América Latina. Consiguientemente, los procedimientos de recolección de datos que privilegiaban esas corrientes –la encuesta y el análisis de contenido– fueron objeto de una aguda disección por parte de Beltrán, hasta quedar al descubierto su utilitarismo para instrumentalizar a los medios y cosificar a las personas en beneficio de terceros.

En su modelo de comunicación Horizontal (1979), al margen de plantear el abandono del guion aristotélico en que el “locutor” usa el “discurso” para “persuadir” al “oyente” –raíz de gran parte de los modelos comunicacionales contemporáneos–, Beltrán incorporó una comprensión social compleja del proceso comunicacional, reivindicando su cualidad humana y el requisito de su condición democrática (Beltrán, 2007). Aunque él lo insinuó con la prudencia que le distingue, es claro que ese modelo HORICOM aventaja al más bien pragmático que Lasswell presentó en 1955 como “una manera conveniente de describir un acto de comunicación”, y a tantos otros que no asumen la integralidad de la comunicación o pecan de reduccionismo.

Así pues, si en sentido amplio define la *investigación comunicacional* como “...cualquier actividad de indagación sistemática para comprender la naturaleza del proceso de intercambio de experiencias socioculturales” (Beltrán, 1983: 41), en lo concreto sugiere que

para ejecutarla, los estudiosos latinoamericanos se apropien de las herramientas teórico-metodológicas para responder comprometidamente a las necesidades de la región y no ser meros “ayudantes” de la perpetuación del statu quo de la injusticia (p. 48).

Construcción institucional y de la memoria

Sabedor de que la investigación no prospera apenas con buenos principios o esfuerzos en solitario, Luis Ramiro Beltrán participó en distintos momentos en la conformación de espacios institucionales para la indagación sistemática y en la recuperación de la memoria del campo comunicacional, propósitos que continúa alentando con entusiasmo.

Además de su actuación directa como vicepresidente de la Asociación Internacional de Investigación en Comunicación, como gobernador del Instituto Internacional de Comunicaciones y como miembro activo de la Asociación Internacional de Comunicación, impulsó la creación de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación en 1978 y de la Asociación Boliviana de Investigadores de la Comunicación en 1981, instituciones, estas últimas, de las que es un constante animador. Su presencia en congresos, seminarios, foros y conferencias marca siempre una referencia para los investigadores de las nuevas generaciones.

Pero el trabajo coordinado no solo depende de la existencia y funcionamiento regular de organizaciones, sino de que se disponga de bases documentales que hagan posible la acumulación y la contrastación de los conocimientos.

En tal sentido, aparte de los antes mencionados recuentos analíticos que a título personal preparó acerca de la investigación comunicacional latinoamericana, Beltrán publicó en 1976 en Colombia, junto con Guillermo Isaza y Fernando Ramírez, una *Bibliografía sobre investigaciones en comunicación para el desarrollo rural en*

América Latina y más tarde propició con el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo, con sede en Bogotá, donde era subdirector regional, la publicación de una serie de bibliografías sobre investigación comunicacional en diferentes países latinoamericanos. La de Bolivia, que él mismo dirigió y fue la que cerró la secuencia, quedó plasmada en 1990. Toda esa información, como suele decir Beltrán, es “oro en polvo” para los investigadores y sin duda amerita que se encuentre la manera de que halle continuación.

La metódica de Beltrán

Luis Ramiro Beltrán es una figura pionera y emblemática del pensamiento comunicacional crítico latinoamericano y personifica la combinación ejemplar del artista, el científico y el estratega que él propugna como modelo profesional: “El artista produce mensajes, el científico genera conocimientos y el estratega propicia racionalidad” (1990: 4).

Periodista en Bolivia, desde niño, y formado en las aulas de Michigan con David K. Berlo como maestro, a sus 40 años provocó un revuelo de tono subversivo con incisivos cuestionamientos, no solo a la realidad de los sistemas de comunicación, sino a baluartes teóricos y metódico-técnicos que habían permanecido intactos por décadas. Influyó notablemente desde entonces en la autocrítica y en el nivel de compromiso de los estudiosos latinoamericanos de la comunicación, así como se destacó por ser el especialista de América Latina más citado por académicos estadounidenses y europeos.

Su infatigable obra intelectual le hizo merecedor en 1983, Año Mundial de la Comunicación, del primer Premio McLuhan Teleglobe-Canadá instituido por la Comisión Canadiense para la Unesco y equivalente, en el área, al premio Nobel de ciencias. Esa distinción, creada en memoria de Marshall McLuhan, le fue conferida por un jurado independiente que lo seleccionó de una lista de finalistas en

la que figuraban expertos tan renombrados como Wilbur Schramm, Ithiel De Sola Pool y Umberto Eco.

Aguzado observador, bibliómano y lector incontrolable, analista meticuloso, crítico severo, militante de la justicia, lúcido orientador y ameno conversador, Luis Ramiro Beltrán ha sabido conjugar sinérgicamente vena literaria con experiencia periodística y vocación científica, además ha sembrado una línea de pensamiento y acción que tal vez podría sintetizarse en el lema: “Por la investigación comunicacional crítica para el desarrollo y la democracia”.

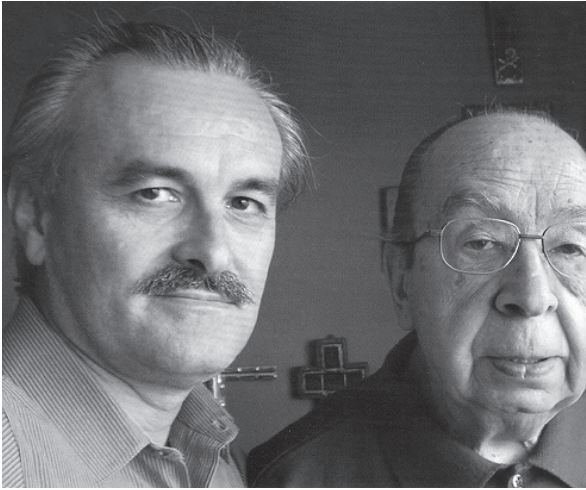
Más allá de los principios que fundamentan su propia tarea de investigador –independencia, honestidad y osadía intelectuales a la par que compromiso social– es posible, por la vivencia del trabajo cercano, señalar algunos de los recursos que componen su metódica: planificación detallada, organización, disciplina, máxima exigencia, rigor conceptual, documentación exhaustiva, análisis y discusión creativos, crítica y autocrítica, exposición clara y precisa.

No es, pues, fácil hallar en el mundo académico a alguien como Beltrán que, imbuido de nobles ideales, sabe lo que quiere, sabe cómo hacerlo y para qué, y que al mismo tiempo cuenta con la capacidad y la generosidad para enseñarlo. Y son seguramente esos los factores que le hicieron abanderado de la Comunicología de liberación, que desde mediados de la gloriosa década del 70 vislumbró en el horizonte de la dignidad latinoamericana.

Referencias:

- Asociación de Periodistas de La Paz et al. (1994). *Memoria de una victoria. El primer ganador del Premio McLuhan*. La Paz: Urquizo.
- Beltrán, L. R. (1974). “Reunión de expertos sobre la planificación y las políticas de la comunicación en América Latina, que ha de celebrarse en Bogotá (Colombia) en 1974”. Unesco. Documento de trabajo COM-74/CONF. 617/2. París, 21 de enero de 1974, 23.
- Beltrán, L. R. (abril-junio). “No renunciemos jamás a la utopía”, entrevista en *Chasqui, Revista latinoamericana de comunicación*, 3, 6-13.
- Beltrán, L. R. (1983). *Estado y perspectivas de la investigación en comunicación social en América Latina*. SIDCOM. La Paz: Universidad Católica Boliviana. 2, 41-49.
- Beltrán, L. R. (diciembre) (1990). “Carta a los estudiantes de Comunicación de Bolivia”. *Missagium. Revista especializada en comunicación*. 1, 4-6.
- Beltrán, L. R. (2000). *Investigación sobre comunicación en Latinoamérica. Inicio, transcendencia y proyección*. La Paz: Edit. Plural.
- Beltrán, L. R. (diciembre) (2007). “Temas y objetivos de investigación en la comunicación de ayer”. *Chasqui. Revista latinoamericana de comunicación*, 4-13.
- Beltrán, L. R. (2007). “Adiós a Aristóteles: La comunicación ‘horizontal’”. En *Revista latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*. 7. ALAIC. Sao Paulo: diciembre de 2007, 12-36.
- Beltrán, L. R. y Fox de Cardona, E. (1982). *Comunicando dominada. Os Estados Unidos e os meios de comunicação do América Latina*. Río de Janeiro: Edit. Paz e Terra.
- Beltrán, L. R., Suárez C. & Isaza, G. *Bibliografía de estudios sobre comunicación en Bolivia*. La Paz: Edit. PROINSA. 1990.
- Gumucio, Alfonso & Tufte, T. (comp.). (2008). *Antología de Comunicación para el Cambio Social: Lecturas históricas y contemporáneas*. La Paz: Edit. Plural.
- Marques de Meló, J. y Gorski Brittes, J. (org.). (1998). *A trajetória comunicacional de Luiz Ramiro Beltrán*. Sao Paulo: UMESP.
- Moragas, M. (1982). *Teorías de la Comunicación. Investigaciones sobre medios en América y Europa*. (3a. ed.). Barcelona: G. Gili.

- Moragas, M. (edit.). *Sociología de la comunicación de masas*. (2a. ed.).
Barcelona: G. Gili.
- Saintout, F. (edit.). (2003). *Abrir la Comunicación. Tradición y movimiento
en el campo académico*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Torrico, E. (1998). *Comunicación Latinoamericana: Caminos y
evaluaciones*. Sucre: Universidad Andina Simón Bolívar.



Luis Ramiro Beltrán: Semblanza de un comunicador vanguardista*

Alfonso Gumucio-Dagron¹

Comienzo con una anécdota que lo define de cuerpo entero. El 21 de noviembre de 2006 me avisaron que Luis Ramiro había sido internado de urgencia en un hospital en Madrid, en donde se encontraba para dictar unas conferencias. Lo operaron de una úlcera que había reventado y tuvo que guardar reposo varias semanas. Quienes lo conocemos supimos que había una relación directa entre la úlcera y el intenso programa de trabajo que le había preparado

* Tomado de *Chasqui Revista Latinoamericana de Comunicación*, 105, marzo 2009, 14-19.

1 Boliviano, comunicador, cineasta, consultor en comunicación, desarrollo y participación.

nuestro amigo Manuel Chaparro, profesor en la Universidad de Málaga: si una conferencia o un artículo pueden alterar la salud de Luis Ramiro, más aún la responsabilidad de preparar y ofrecer tres o cuatro conferencias en varias ciudades.

Luis Ramiro es así, se toma todo “a pecho”, como decimos corrientemente. Es un intelectual que no hace nada a la ligera. Cualquier responsabilidad que asume, sea esta la más pequeña, la atiende con todo su intelecto y con todo su esfuerzo. Más de una vez he recibido mensajes suyos en los que me dice que está escribiendo un texto, por ejemplo, sobre comunicación y desastres naturales, o sobre comunicación y educación, o cualquier otro tema, y me pide que por favor le envíe todo lo que tenga con relación al tema. Él no escribe hasta que no ha leído todo lo que ya existe sobre un determinado tema, por ello su erudición compite con su creatividad.

Cuando a fines de 2008 preparaba el libro *La comunicación antes de Colón* (Beltrán et al., 2009), sobre comunicación y cultura indígena, me pidió buscar en Guatemala referencias sobre la manera cómo los mayas encaraban la comunicación antes de la llegada de los colonizadores. La misma búsqueda la hizo, sin duda, en los demás países de nuestra región, a través de otros colegas y amigos. El tiempo y la dedicación que suele invertir en cada proyecto lo mantiene tan ocupado que no logra avanzar en sus proyectos más personales.

El problema, como se lo he dicho varias veces, es que Luis Ramiro es una “chica fácil” (o un “chico fácil” para no pecar de machismo), incapaz de dar una negativa a un pedido. Siendo quien es, le llueven solicitudes de todas partes y las que acepta –que son la mayoría– las encara con la mayor seriedad, lo mismo el prólogo para un libro, que un texto de fondo para una publicación académica o para una conferencia.

En los últimos años se ha visto en la necesidad de postergar sus proyectos más queridos –por ejemplo la novela sobre la Guerra del

Chaco que tiene a medio escribir, inspirada en la figura de su padre Humberto Beltrán, que murió allá— para atender otras cosas que quienes lo rodean —me incluyo entre ellos— le encargamos irresponsablemente, quitándole tiempo y energía. Tan incapaz de decir “no” es Luis Ramiro, que hace un par de años alguien le pidió hiciera el prólogo para un libro de un escritor que supuestamente había conocido, pero que él no recordaba. Aceptada la tarea, tuvo que dedicarle tiempo y esfuerzo para encontrar lo que ese escritor había publicado, para cumplir así con el encargo.

Me declaro culpable en esa conspiración amistosa porque, mientras por una parte critico su poca disposición a decir “no”, por otra le he pedido varias veces colaboraciones a sabiendas de que Luis Ramiro no improvisa jamás, y que en cada caso hará su mejor esfuerzo para preparar siquiera unas cuantas páginas.

Sucedió en noviembre de 2008, cuando presenté en La Paz mi *Antología de comunicación para el cambio social*, donde Luis Ramiro es uno de los autores representados con más textos (Gumucio, 2008). Ya le había pedido días antes que inaugurara el “Seminario Internacional sobre la Radio Local en América Latina: Políticas y Legislación”, y pocos días antes de este acto le pedí además que dijera unas palabras durante la presentación de la *Antología...*, esa misma semana. En un ataque de conciencia retiré mi segunda invitación cuando lo vi agobiado de tareas; sin embargo, el día del lanzamiento del libro se presentó con algo que generosamente había escrito.

Ese extremo sentido de la responsabilidad en todo lo que hace, que linda con el perfeccionismo, es una de las características intelectuales y éticas de Luis Ramiro Beltrán que le ha dado solidez a su trayectoria. *Waskiri*, decimos en Bolivia, usando una palabra del aymara (es decir, extremadamente dedicado y estudioso), Luis Ramiro ha hecho a lo largo de su vida profesional un aporte significativo a los estudios sobre comunicación para el desarrollo en América Latina. En una época que recuerda su amiga y colaboradora

Elizabeth Fox, ambos se ganaban la vida “organizando centros de documentación y bibliotecas” (Fox, 1998), lo cual dice mucho del carácter enciclopédico del conocimiento que fue acumulando Luis Ramiro.

Del niño de Oruro al teórico crítico

Tengo una foto de Luis Ramiro en la que me muestra divertido uno de esos carteles de Plazas de Toros en los que uno puede colocar su nombre junto al de un gran torero. Dice “Luis Ramiro Beltrán, el niño de Oruro”... Y es que Oruro es la patria chica de Luis Ramiro, allí comenzó todo.

La aventura intelectual empezó con un delgado mozalbete de Oruro que se afanaba en ser periodista a los 14 años, quizás para emular a su padre, fundador del matutino *La Mañana*, y a su madre, doña Betsabé Salmón de Beltrán, que en sus años mozos destacó como una de las primeras mujeres periodistas de Bolivia, a través de la revista y de la agrupación de mujeres *Feminiflor*. Menciono a doña Becha sin entrar en detalles, solo para dejar constancia de la enorme influencia que tuvo en la formación de Luis Ramiro y la intensa relación que los unió.

Este periodista adolescente escribió en *La Mañana*, *Sajama*, *Vanguardia Estudiantil* (que él fundó y dirigió) y *La Patria* (gran diario de debate ideológico); todos periódicos de Oruro que por entonces en los años 40 era una de las ciudades más prósperas y con mayor actividad cultural de Bolivia. Antes de cumplir la mayoría de edad, se trasladó a La Paz, trabajó en el diario más importante, *La Razón* y fundó *Momento*.

Las fronteras de Oruro, de La Paz o de Bolivia le resultaban estrechas, y el futuro de su actividad profesional estaría marcado por su intenso quehacer internacional. El periodismo tiene un techo bajo, mientras que la comunicación es ancha y ajena. Luis Ramiro apostó

a la comunicación, y en especial a la comunicación como instrumento para el desarrollo, que en los años 1960 y 1970 no era un tema muy conocido en América Latina. Sus aportes en ese campo son fantásticos, si uno considera por una parte su influencia en el pensamiento académico imperante en la época y su contribución al gran debate internacional sobre las políticas nacionales de comunicación.

Con relación a lo primero, tenemos testimonios contundentes, como el de Brenda Dervin, colega suya en Michigan State University, quien afirma que Luis Ramiro abrió puertas, obligando a que académicos de la comunicación de muy alto nivel en Estados Unidos, revisaran sus ideas, por entonces hegemónicas. Los cuatro artículos que Luis Ramiro publicó en inglés entre 1975 y 1980 fueron determinantes para que, al decir de Dervin, “muy numerosos miopes estudiosos” revisaran sus teorías sobre la comunicación para el desarrollo en América Latina. “Beltrán abogó por el desplazamiento de perspectivas de transmisión a las participatorias, de la comunicación vertical impositiva a la horizontal, de la comunicación monológica a la multilógica” (Dervin, 1998). Luis Ramiro contribuyó a romper con el ninguneo de los investigadores de la comunicación de Estados Unidos con respecto a sus pares de América Latina. Dervin destaca que cada vez que en Estados Unidos se publicaba un libro nuevo sobre comunicación para el desarrollo, así fuera de carácter enciclopédico, los autores latinoamericanos estaban ausentes o apenas citados. Esto relevaba en algunos casos un intento de esconder el pensamiento de nuestra región, y en otros, simple ignorancia y pereza intelectual por parte de los investigadores de Estados Unidos.

Son muy pocos los académicos de Estados Unidos que han hecho el esfuerzo de leer en castellano, mientras que en América Latina nuestra actitud ha sido siempre diferente y proactiva. Solamente los autores menos perezosos y más amigos de América Latina fueron capaces de rescatar las ideas de nuestros pensadores, y en ello Luis

Ramiro, el autor más citado en Estados Unidos en esos años, hizo una contribución notable. Profesores de comunicación como Brenda Dervin, Emile McAnnany, David Berlo, Everett Rogers y otros, abrieron sus mentes y se beneficiaron de las ideas más avanzadas sobre comunicación para el desarrollo en las décadas del 60 y 70. Dervin afirma que Luis Ramiro Beltrán fue una de las cinco mayores influencias intelectuales en su vida.

Luis Ramiro ya había mostrado su carácter contestatario durante sus estudios en Estados Unidos, cuando cuestionaba las ideas de algunos de los fundadores de las teorías de comunicación para el desarrollo en ese país, en particular Everett Rogers, su profesor y más tarde colega y amigo, quien reconoció en una entrevista poco antes de su muerte que su contacto con intelectuales latinoamericanos le había ayudado a repensar los planteamientos de la época, en particular los de Daniel Lerner, así como reformular su propia teoría de la difusión de innovaciones. Su texto *The Passing of the Dominant Paradigm* –que hace alusión crítica al texto de Lerner *The Passing of the Traditional Society*– hizo avanzar el debate sobre comunicación para el desarrollo desde la perspectiva de los países del Tercer Mundo. Luis Ramiro contribuyó en ese diálogo durante los años 60 con artículos como “La comunicación, instrumento olvidado del desarrollo nacional”, “Comunicación y modernización: el caso de América Latina”, y más adelante, en 1979, con su conocido “Adiós a Aristóteles: la comunicación horizontal”.²

Su amigo de muchos años, “El Pila”, Juan Díaz Bordenave, recuerda que cuando lo visitó en Michigan en 1966, Luis Ramiro era un estudiante al que sus profesores, entre ellos David Berlo, respetaban profundamente, y afirma que en la década del 70, durante uno de los congresos de la International Communication Association (ICA), el

2 El término “comunicación horizontal” nos remite al título de un pequeño libro, *La comunicación horizontal*, de Frank Gerace y Hernando Lázaro publicado en Lima el año 1973.

mismo Berlo, en su discurso magistral, dijo que Beltrán era una de las tres personas –junto a Schramm y Freire– que más habían influido en su manera de pensar la comunicación. (Díaz Bordenave, 1998).

“Las ideas de los pensadores importantes tienen vida propia (...) los impactos de Beltrán van mucho más allá de sus intenciones”, acota Brenda Dervin, subrayando la personalidad inspiradora y generosa de Luis Ramiro como colega de trabajo y como maestro.

Pensador de políticas

Como pensador, Luis Ramiro es un hombre que arriesga opinión y que no deja de decir lo que tiene que decir en el lenguaje más directo y sin ambages. Por ello fue parte de aquella vanguardia que en los años 70 se planteó la quimera de un Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación (NOMIC). Estuvo entre los agitadores intelectuales que prepararon el terreno para el informe MacBride “Un solo mundo, voces múltiples” y para la toma de posición de la Unesco, mediante reuniones regionales y subregionales que fueron consolidando la posición de la región latinoamericana sobre el tema.

Luis Ramiro participó directamente en las actividades preparatorias desde principios de los 70, y fue particularmente instrumental en la preparación de la conferencia que tuvo lugar en San José, el año 1976. En 1974 ya cuestionaba el modelo desarrollista y sugería que el desarrollo humano debía ser el eje.

Muy temprano insistió en que la comunicación no podía improvisarse, y escribió en artículos e informes sobre la necesidad de contar con tres niveles de instrumentos: las políticas que definen los objetivos y las grandes líneas, las estrategias que permiten concretar las modalidades de acción en el mediano y largo plazo, y los planes que describen detalladamente las actividades que deben desarrollarse.

A él se debe la definición de trabajo de políticas de comunicación que luego fue utilizada y reproducida ininidad de veces como una síntesis en la que todos estaban de acuerdo: “Una política nacional de comunicación es un conjunto integrado, explícito y duradero de políticas parciales de comunicación armonizadas en un cuerpo coherente de principios y normas dirigidos a guiar la conducta de las instituciones especializadas en el manejo del proceso general de comunicación de un país”.

Revoltoso y subversivo, podríamos decir, porque en esa época plantear políticas nacionales independientes, plurales y democráticas para construir un nuevo orden mundial en la información y la comunicación era enfrentarse al poderío indiscutido y omnímodo de los medios masivos y de las agencias de noticias de Estados Unidos y en menor medida de Europa. Al plasmarse esas ideas en el informe MacBride, tanto Estados Unidos como Inglaterra abandonaron la Unesco durante muchos años. No podían soportar la idea de ceder parte del poder mediático y de control de los flujos internacionales de información.

El desenlace, como podemos constatarlo cada día, no fue favorable a una comunicación democrática y adecuada a las necesidades de desarrollo de los países del Tercer Mundo, pues la hegemonía de los medios masivos, el crecimiento desproporcionado de conglomerados mediáticos acaparadores de empresas de radio, prensa, televisión, agencias noticiosas y de publicidad, fue aún mayor a partir de los 80. La “libre empresa” triunfó sobre la libertad de expresión y, sobre todo, por encima del derecho a la comunicación.

Treinta años después de ese proceso de consultas que culminó con el Informe MacBride, las preguntas siguen siendo las mismas y todavía tienen mucha validez las recomendaciones a los países de dotarse de políticas de comunicación acordes con su propia realidad y con las necesidades del desarrollo.

En propuestas y proyectos en los que Luis Ramiro ha participado en el curso de su vida profesional, siempre ha insistido en la necesidad de separar la capacidad orgánica y programática del Estado en materia de comunicación, de las actividades publicitarias y de relaciones públicas, que con frecuencia bajo el rubro tramposo de “comunicación” engullen los presupuestos que deberían realmente destinarse a implementar estrategias a favor de la comunicación como derecho humano.

Creatividad artística

Otra característica importante en Luis Ramiro es la creatividad que recorre sus textos y, en general, su quehacer intelectual. En una entrevista que le hice en octubre de 2004: “Me he ganado la vida como un artista de la comunicación, no como un científico”, la comunicación para Luis Ramiro tiene un sentido menos instrumental y más amplio. Es decir, Luis Ramiro rescata lo esencial en la etimología del término, su naturaleza dialógica y participativa, su potencial de “puesta en común” que contribuye a construir comunidad. Y por ello, su trabajo como “artista de la comunicación” no está reñido con su labor de poeta, de periodista, de autor de obras de teatro, de guionista de cine o de novelista.

Si bien es más conocido internacionalmente por sus contribuciones al campo de la comunicación, es bueno saber que Luis Ramiro fue uno de los principales guionistas del cine boliviano, junto con su amigo y socio de aventuras Jorge Ruiz, uno de nuestros pioneros en ese arte que se convirtió para Luis Ramiro en su “segundo amor”.³ Entre las películas que hicieron juntos es notable *Vuelve Sebastiana*.

3 John Grierson, considerado el padre del cine documental de Inglaterra y de Canadá, dijo en una visita a Bolivia que Ruiz era “uno de los seis documentalistas más importantes del mundo”.

En mi *Historia del cine boliviano*, que publiqué a principios de los 80 le doy el crédito correspondiente a Luis Ramiro por su aporte al cine boliviano (Gumucio, 1982). Con Jorge Ruiz hizo otros documentales en Ecuador (*Los que nunca fueron*) y en Guatemala (*Los Ximul*), películas pioneras en la incipiente cinematografía de esos países.

Como poeta, Luis Ramiro tiene publicado el libro *Pasos en la corteza* (1987) y una antología de la poesía boliviana *Panorama de la poesía boliviana* (1982), que la preparó cuando vivía y trabajaba en Colombia, país muy cercano a él no solamente por razones de trabajo, sino porque allí conoció a su esposa, Nohora. Esa antología, cuenta con 708 páginas, es un generoso intento de recoger muestras de todos los poetas bolivianos, y es, en ese sentido, la recopilación más exhaustiva que se haya publicado. Tuvo la generosidad de incluir en ella dos breves poemas míos, “Geografía” y “Lápida”.

En 1987 su obra de teatro *El cofre de selenio* recibió un premio internacional en Ecuador, se publicó en Bolivia en 1988 como una separata del número 22 de la *Revista Signo*, y se estrenó en La Paz en el año 1992, montaje que lo hizo Maritza Wilde. De la obra dice el periodista y ensayista boliviano Raúl Rivadeneira que es “una llamada de atención, una severa crítica a la forma de conducir la humanidad en el mundo actual materializado, consumista, despreocupado o indiferente por los altos valores inmateriales; una voz de alerta sobre el peligro que se cierne sobre la humanidad, antes que la imagen pesimista que le sirve de soporte o pretexto” (Rivadeneira, 1998).

Puede parecer una anécdota, pero no es sino un complemento del perfil creativo de Luis Ramiro haber compuesto, incluso, la letra de un bolero romántico, que fue cantado por Raúl Shaw Moreno, el exintegrante del Trío Los Panchos, según recuerda Juan Díaz Bordenave.

Al final de cuentas, la creatividad que Luis Ramiro ha desplegado en varias artes no es otra cosa que una manera de ejercer la comunicación y de dialogar, a través de otras formas, con la gente.

Así como en su quehacer intelectual, Luis Ramiro Beltrán es obsesivo-compulsivo, hasta el extremo de enfermarse; en su vida social es un hombre relajado y divertido. Sus ocurrencias denotan siempre un espíritu joven, que disfruta la música, las bromas y, por supuesto, los amigos. Los que nos sentimos cerca de él hemos tenido el privilegio de escucharlo cantar muestras de su cancionero de picardía y hacerlo con mímica e imitando el sonido de los instrumentos, con la misma facilidad en castellano o en quechua, cuando no se adentra jubiloso en otro idioma como el portugués o el guaraní, para satisfacer a su audiencia. La simpatía de Luis Ramiro es algo que lo hace estar siempre rodeado de amigos de todas partes y de todas las edades, que lo visitan en su departamento en el edificio El Escorial, en La Paz, o que lo invitan a otras ciudades y países.

La generosidad

Todos los testimonios de quienes han conocido o trabajado con Luis Ramiro Beltrán coinciden en que es un hombre generoso, abierto, tolerante, colaborador... y un amigo fiel, constante e incondicional. Muy exigente en el trabajo, obsesivo con sus colaboradores, su comportamiento siempre otorga respeto y además lo demanda.

Como apunta Alejandro Alfonso, quien ocupó muchos años más tarde el mismo puesto de Consejero Regional de Unesco que antes había ocupado Luis Ramiro, hay los “beltranólogos” y los “beltranistas”; es decir, los especialistas en la obra comunicacional de Luis Ramiro y aquellos que han sucumbido a su personalidad amable y seductora. Creo que son más los últimos, sumados a través de varias generaciones.

Los más jóvenes leen los textos de Luis Ramiro como algo ya asumido, ya dicho, ya incorporado a la historia y al paisaje teórico actual, sin darse cuenta de lo que significó desarrollar esas ideas hace cuarenta años. En las décadas de los 60 y 70, el cuestionamiento sobre los modelos de comunicación imperantes era exactamente como atreverse a remover un avispero con un palito. Luis Ramiro lo hizo con determinación, gran honestidad intelectual y sincero ánimo de diálogo. La paradoja, obviamente, es que muchos de los temas siguen en la agenda, y de ese modo el pensamiento de Luis Ramiro y de otros pensadores de su tiempo no ha perdido actualidad, sino que nos recuerda cruelmente que hay todavía muchas tareas pendientes por cumplir.

Me ha sucedido algo curioso con la obra de Luis Ramiro en los últimos cinco años, a raíz del trabajo de preparación de mi libro *Antología de comunicación para el cambio social*. He leído en este período muchos textos suyos que no conocía, y he releído mejor, con más detenimiento, otros que había leído antes; y ello me ha permitido descubrir, casi con sorpresa, hasta qué punto —quizá por la experiencia vital boliviana que nos es común— hay entre él y yo una afinidad de pensamiento, al extremo de que reconozco similitudes entre cosas que he escrito y textos de él que hasta hace poco desconocía. Es como si ambos hubiéramos seguido el mismo curso de reflexión, él mucho antes que yo, obviamente; no en vano le pertenece el título de pionero de la comunicación para el desarrollo.

Referencias:

- Beltrán, L. R., Herrera Miller, K., Pinto, E. & Torrico E. (2009). *La comunicación antes de Colón*.
- Dervin, B. (1998). “En alguna parte entre la poesía y la prosa, el hecho y el sentimiento, las superficies y los secretos. Luis Ramiro Beltrán, el campo de la comunicación en EE.UU. y yo”. En *A trajetória Comunicacional de Luiz Ramiro Beltrán*, José Marques de Meló y Juçara Gorski Brittes. (org.) (1998). Sao Paulo: Universidade Metodista de Sao Paulo (UMESP) y Unesco.
- Díaz Bordenave, J. (1998). “Memorias de viagem”. En *A trajetória Comunicacional de Luiz Ramiro Beltrán*, José Marques de Meló y Juçara Gorski Brittes (org.) (1998). Sao Paulo: Universidade Metodista de Sao Paulo (UMESP) y Unesco.
- Fox de Cardona, E. (1998). “Para no olvidar los sueños”. En *A trajetória Comunicacional de Luiz Ramiro Beltrán*, José Marques de Meló y Juçara Gorski Brittes. (org.) (1998). Sao Paulo: Universidade Metodista de Sao Paulo (UMESP) y Unesco.
- Gumucio-Dagron, A. & Tufte, T. (comp.). (2008). *Antología de comunicación para el cambio social: Lecturas históricas y contemporáneas*. La Paz: Plural Editores.
- Gumucio-Dagron, A. En *Mazi* (1), noviembre 2004. Communication for Social Change Consortium. Recuperado en <http://www.communicationforsocialchange.org/dialo_gues.php?id=234>.
- Gumucio-Dagron, A. (1982). *Historia del Cine Boliviano*. La Paz: Los Amigos del Libro.
- Rivadeneira Prada, R. (1998). “Perfil literario de Luis Ramiro Beltrán”, en *A trajetória Comunicacional de Luis Ramiro Beltrán*, José Marques de Meló y Juçara Gorski Brittes. (org.) (1998). Sao Paulo: Universidade Metodista de Sao Paulo (UMESP) y Unesco.



Entrevistas



Beltrán:
“No renunciemos jamás a la utopía” *

Patricia Anzola

Entre 1976 y 1980 se produjo un remezón mundial, cuando, inspirada por el Movimiento de los Países No Alineados, emergió una propuesta en favor de construir un Nuevo Orden Internacional de la Información (NOII) que produjo caldeadas discusiones. Ese fenómeno oscureció un poco la previa y no menos beligerante campaña latinoamericana por democratizar la comunicación. Un elemento capital de esta lucha fue la pionera propuesta para establecer políti-

* Tomado de *Chasqui Revista Latinoamericana de Comunicación*, 3, abril-mayo 1982, 6-13.

cas nacionales de comunicación, ideal que los latinoamericanos no han abandonado.

En efecto, la propia noción de una política nacional de comunicación es uno de los aportes de la creatividad latinoamericana al movimiento de transformación social que anima al Tercer Mundo. Uno de los precursores principales de ello fue el periodista e investigador boliviano Luis Ramiro Beltrán, cuya trayectoria internacional en el campo de la comunicación es bien conocida de los lectores de Chasqui.¹ No son, en cambio, tan conocidas las circunstancias en que se dio tal contribución. Al cumplir el encargo de entrevistarle para esta edición de la revista del CIESPAL, resulta lógico señalar el papel de liderazgo desempeñado en este campo por aquel colega. Lo haremos dentro de una síntesis contextual del movimiento.

Desde 1968 y 1970 en sus tesis de maestría y doctorado Beltrán mostró preocupación por políticas y planes de comunicación como instrumentos para el desarrollo. Graduado en la Universidad del Estado de Michigan, hizo aquello siguiendo la inspiración de los principales teóricos norteamericanos de la comunicación para el desarrollo –Wilbur Schramm, Daniel Lerner, Luden Pye, Ithiel de Sola Pool y Frederick Frey– pero tratando de ambientarlas a las realidades del Tercer Mundo en general y de Latinoamérica en particular. La primera vez que Beltrán hizo públicas algunas de estas preocupaciones fue en la India en 1969, cuando presentó un trabajo crítico sobre comunicación y modernización en Latinoamérica en un Congreso Mundial de la Sociedad Internacional de Desarrollo. Conoció allí a un funcionario de la central de Unesco, el comunicador británico John Willings, quien le manifestó sumo interés por sus planteamientos y le propuso continuar la reflexión y mantenerse en diálogo.

1 Incidentalmente este nombre fue sugerido por Luis Ramiro Beltrán, en un encuentro en el aeropuerto de Panamá, al entonces director general del CIESPAL, Gonzalo Córdoba.

En 1970 la XVI Conferencia General de la Unesco autorizó al director general de ella a “ayudar a los Estados Miembros a formular sus políticas relativas a los grandes medios de información, teniendo en cuenta la experiencia adquirida en el establecimiento de políticas culturales”.

En 1977 la Unesco formó un comité de asesoramiento para formular un Programa Internacional de Investigaciones sobre Comunicación. Beltrán fue el único latinoamericano de este grupo. A propuesta suya, el comité incluyó en su agenda y en su informe final una sección sobre políticas de comunicación, aceptando el entendido que él planteó de estas como series de normas establecidas para orientar la acción de los órganos de comunicación. Así, por primera vez, tal concepto básico apareció en un documento suscrito por especialistas de varias partes del mundo. La iniciativa latinoamericana comenzaba a tener influencia internacional, si bien la conceptualización de aquellas políticas permanecía aún en un nivel primario.

En 1972 la XVII Conferencia General de la Unesco encargó al director general fomentar el desarrollo de las investigaciones en materia de comunicación, sobre todo, en su aplicación a la formulación de las políticas de la comunicación y a la elaboración de las estrategias y planes nacionales de comunicación al servicio del desarrollo”. En ese mismo año, en cumplimiento de aquel mandato, la Unesco convocó a la primera Reunión de Expertos sobre Políticas y Planeamiento de la Comunicación organizada en París por John Willings; la reunión fue propiciada por el subdirector general de Unesco para comunicación, el argentino Alberto Obligado, además contó con Luis Ramiro Beltrán como uno de sus participantes protagónicos. Aquí se lograron los primeros desarrollos conceptuales sobre la materia en buena parte sobre bases de reflexiones propuestas por Beltrán a sus colegas de Europa, Asia y África. Por su necesaria vocación universalista, sin embargo, estos planteamientos fueron hechos todavía en un orden general y relativamente abstracto.

En 1973 la Unesco contrató a Beltrán como consultor temporal en su sede central, adscrito a la oficina de investigación y planificación a cargo de John Willings. Le hizo un doble encargo: sentar las bases organizativas para una Reunión de Expertos sobre Políticas de Comunicación en América Latina –la que se acordó realizar en Colombia– y preparar el documento básico para el trabajo de la misma.

Fue en cumplimiento de este cometido que, en la soledad de un estudio parisino, Beltrán pudo –con pocos libros y muchos cigarrillos– meditar con detenimiento sobre lo que debieran ser aquellas políticas nacionales de comunicación. Ampliando y refinando los esquemas que adelantara en 1971 y 1972, las definió ahora así:

Una Política Nacional de Comunicación es un conjunto integrado, explícito y duradero de políticas parciales de comunicación armonizadas en un cuerpo coherente de principios y normas dirigidos a guiar la conducta de las instituciones especializadas en el manejo del proceso general de comunicación de un país.

En su documento para la Unesco, Beltrán especificó las funciones de dichas políticas, detalló sus elementos constitutivos y señaló las áreas mayores de la actividad de comunicación en Latinoamérica a que se referirían aquellas. Después de subrayar el hecho de que en esta parte del mundo se hallaban sometidos a seria revisión los conceptos tradicionales de comunicación y desarrollo, Beltrán entregó sugerencias sobre el modo en que las políticas podrían contribuir a forjar una comunicación diferente para un desarrollo distinto, consultando ambos la voluntad de las mayorías. Estipuló detalladamente el autor latinoamericano los procedimientos posibles para la formulación, ejecución, evaluación y ajuste de las políticas nacionales de comunicación. Identificado con el ideal democrático, Beltrán lanzó varios alertas sobre los dilemas a que tendrían que enfrentarse quienes formularsen y aplicasen aquellas políticas. Planteó, con destino a los debates de Bogotá, delicadas preguntas sobre temas como

libertad de información versus derecho a la vida privada, intereses privados versus intereses públicos, derecho privado versus derecho del Estado, concentración de medios versus diversidad de mensajes, etc. Además, consciente de los riesgos del autoritarismo estatal, recomendó que el gobierno fuera inspirador; sustentador y árbitro, pero que la formulación y aplicación de las políticas las hiciera en cada país un Consejo Nacional autónomo y pluralista por medio de una ley. Por último, esbozó algunas áreas en las que la investigación científica debería asistir a la formulación, ejecución y evaluación de las políticas nacionales de comunicación. Así, pues, Beltrán dejó sentadas bases doctrinales y operativas que no existían en ninguna parte hasta entonces. Ellas habrían de calar hondo y llegar lejos.

En 1974 la Unesco volvió a contratar temporalmente a Beltrán como asesor y relator de la Reunión de Expertos sobre la Planificación y las Políticas de la Comunicación en América Latina, que se efectuó en Bogotá. Asistieron a ella, a título personal, 17 especialistas provenientes de 14 países de la región y de múltiples campos de la actividad de comunicación, como el académico, el de los medios masivos privados y el de organismos estatales de comunicación para el desarrollo rural y de educación no formal. Su tarea fue la de plantear bases pormenorizadas para que la Unesco forje la agenda para una reunión a nivel ministerial que debía realizarse en 1975. Aceptando las bases aportadas por Beltrán, los expertos reunidos en Bogotá avanzaron y perfeccionaron la reflexión del caso. Su informe adquiriría pronto la condición de documento histórico.

La Asociación Interamericana de Radiodifusión (AIR) y la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) condenaron pública y vehementemente las recomendaciones del informe de la reunión de Bogotá, trataron de descalificar a los expertos que asistieron a ella y acordaron organizarse y actuar coordinadamente para combatir el movimiento en pro de las políticas por considerarlo atentatorio contra la libertad de información y la democracia.

En 1975 otro encuentro preparatorio de la reunión de ministros fue auspiciado también por la Unesco, en Quito, en cooperación con el CIESPAL y con la conducción de Gumar Naesselund, director del Departamento de Comunicación de la Unesco: la Reunión de Expertos sobre el intercambio de Noticias en América Latina. Trabajando sobre un documento de John McNelly, consultor norteamericano recomendado a la Unesco por Beltrán, esta reunión –a la que Beltrán no concurreó– ratificó los planteamientos sobre políticas realizados por la de Bogotá. Y, en el mismo año, en otra reunión similar en Costa Rica patrocinada por el CIESPAL, partidarios de esas políticas dialogaron por primera vez con los oponentes de ellas, delegados de la AIR y de la SIP invitados al coloquio a sugerencia de Beltrán. Este no pudo asistir al mismo, porque se encontraba en un simposio Hawii, disertando sobre el tema en la misma fecha.

En 1976 Beltrán produjo y divulgó el primer recuento histórico del movimiento latinoamericano en pro de políticas nacionales de comunicación, señalando sus diversos puntos de origen y analizando los primeros pasos hasta la víspera de la reunión ministerial en Costa Rica.

En 1976 tuvo lugar en San José, Costa Rica –primera de su tipo en el mundo–² dicha Conferencia intergubernamental sobre políticas de comunicación en América Latina y el Caribe. La realizó al cabo de tres cambios de sede (originalmente iba a realizarse en Buenos Aires, Lima o Quito) y las respectivas postergaciones determinadas por la virulenta, sostenida y vociferante campaña de la SIP y la AIR contra ella y contra la Unesco y su nuevo director general, Amadou-Mahtar M'Bow. Y ello se debió, fundamentalmente, al denuedo y

2 Ella iría a servir, pocos años después, como modelo para las que, con fines semejantes, propició la Unesco al mismo nivel en Asia y África. El pensamiento latinoamericano transformador de la comunicación trascendió así las fronteras de la región y llegó a ser compartido en el resto del Tercer Mundo.

coraje con que los gobiernos democráticos de Venezuela y Costa Rica defendieron su realización frente a múltiples presiones e inclusive amenazas. Ni M'Bow se doblegó ante los ataques ni los gobernantes costarricenses dejaron de brindar albergue improvisado, pero firme a la reunión. Decisivo para el éxito de ella fue el apoyo del presidente Odubery su canciller Gonzalo Fació. La artífice de esto, la ministra de Cultura Carmen Naranjo, tuvo que renunciar del gabinete abrumada por los ataques.

Ni Alberto Obligado, ni Gunnar Naesselund, ni John Willings, ni Luis Ramiro Beltrán estuvieron presentes en la conferencia cuya organización resultó sorpresivamente encomendada a dos funcionarios de la Unesco ajenos al tema de ella, la bibliotecario Zelia Zaher y el relacionador público Luis López Álvarez que se empeñaron en aplacar a la SIP y a la AIR inclusive al precio de identificarse con el desahucio y denuesto que ellas hacían de los así llamados expertos de Bogotá. Más aún, ni el documento de Beltrán para la reunión de Bogotá ni el informe evacuado por los expertos que asistieron a ella formaron parte de la documentación oficial que la Unesco entregó a la Conferencia. Y, sin embargo, cualquiera que lea el valioso conjunto de resoluciones y recomendaciones aprobados por los gobiernos de la región y la propia Declaración de San José³ que sus representantes firmaron encontrará sin esfuerzo que las ideas de los técnicos en Bogotá fueron adoptadas, desarrolladas y convalidadas por los políticos en San José. El pensamiento reformista democrático se impuso así sobre los favorecedores del statu quo.⁴

3 Ver texto completo de la Declaración en *Chasqui Revista Latinoamericana de Comunicación 1*, oct-nov- dic, 1981.

4 Este no participó, en cambio, en otras reuniones pertinentes promovidas por la Unesco después de la Conferencia de Costa Rica. como un seminario de investigación sobre políticas realizado en Panamá en 1978 y reuniones ulteriores para delinear dos agencias noticiosas en cumplimiento de las recomendaciones de San José (ASIN y ALASEI).

En 1978 la Unesco llevó a cabo en Bogotá, también a nivel ministerial, la Conferencia Intergubernamental sobre las Políticas Culturales en América Latina y el Caribe. Presidió la delegación de Venezuela a ella, el exministro de información Guido Groscors, gestor protagónico de la Conferencia de San José, que a la sazón desempeñaba las funciones de Embajador en Colombia. Propuso dos recomendaciones que, basadas en la confirmación de las de Costa Rica, abogaron por la formulación de las políticas nacionales de comunicación en armonización con las pertinentes a la cultura y pidieron al director general de la Unesco que intensificara su ayuda a los países de la región que desearan propiciar ambas. Un delegado dominicano objetó la propuesta y un observador –el presidente de la AIR, Luis Alberto Solé– afirmó que la propuesta venezolana carecía de sustentación por estudios de la realidad de la comunicación en Latinoamérica. Otro observador, un vicepresidente de la Asociación Internacional de Investigación en Comunicación de Masas, desbarató esa afirmación al mencionar numerosos de tales estudios y al ofrecer a la ellos, con los que la propuesta de Groscors fue aprobada. Este observador era Luis Ramiro Beltrán.

En 1981, por último, la Unesco constituyó –mediante una reunión en Quito– un Grupo de Monitoria sobre el Seguimiento de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe. Por unanimidad, la reunión escogió como presidente del grupo a Beltrán.

Venezuela inicia las luchas por las PNC

Ch.: ¿Quiénes fueron los iniciadores del movimiento latinoamericano en pro de las políticas nacionales de comunicación?

B.: En la esfera internacional, a partir de principios de la década de 1970, los gobiernos de los Estados Miembros de la Unesco fueron

los iniciadores formales de ese movimiento. Ellos instruyeron cumplir a dicho organismo técnico una serie de acciones conducentes a promover el establecimiento de dichas políticas. Sin embargo, este accionar colectivo a escala internacional no hubiera sido factible si no se hubieran dado en algunos países de la región antecedentes germinales y acontecimientos claves para intentar la formulación y aplicación de tales políticas. Esos países fueron los de América Latina.

Ch.: ¿Cuáles fueron los principales?

B.: Venezuela es, sin duda, el principal de los precursores, acompañado por Perú. País de economía consumista boyante, tuvo un desarrollo hipertrófico y semianárquico de los medios masivos de comunicación. Esto se caracterizó por la hegemonía de la propiedad privada mercantilista y por la abrumadora influencia de anunciadores transnacionales. En cambio, como es infortunadamente común en la región, el Estado resultó huérfano de esos medios para fines de educación popular para el desarrollo y de fomento de la cultura nacional. Científicos sociales, practicantes profesionales de las artes de comunicación y dirigentes políticos criticaron resuelta y valerosamente ese deplorable estado de cosas. Para enmendarlo dentro de las normas del juego democrático, propusieron la creación de un Consejo Nacional de la Cultura (CONAC) y de un Instituto de Radio y Televisión del Estado (RATELVE).

La figura sobresaliente de ese movimiento favorecedor de políticas rectificatorias fue el filósofo, investigador y tratadista, Antonio Pasquali, director del Instituto Nacional de Investigación de la Comunicación (ININCO) de la Universidad Central. Junto a él, otros catedráticos y científicos –como Luis Aníbal Gómez, Oswaldo Capriles, Raúl Agudo, Elizabeth Zafar y Evangelina García Prince– conformaron el núcleo académico combatiente más importante de América Latina en este campo de preocupaciones. Entre los practi-

cantes de la comunicación, la figura más destacada en la lucha fue el periodista Eleazar Díaz Rangel. Y, entre los políticos, sobresalieron nítidamente el comunicador Guido Grooscors, que llegó a desempeñar el cargo de Ministro de Información, y el dirigente social demócrata Carlos Andrés Pérez, el primer Presidente de la República que en América Latina abrazaría resueltamente la causa del cambio en comunicación y luchara sin ambages en favor de las políticas nacionales para el ramo.

La extraordinaria campaña que todos ellos realizaron se tropezó con la violenta y poderosa resistencia de las fuerzas político-financieras, nativas y foráneas, opuestas a la transformación democrática. Al cambiar el régimen de gobierno después de la Conferencia de San José en 1976, el partido demócrata cristiano que ganó el poder continuó la lucha bajo similares ataques. Junto al actual presidente de la República, el periodista Luis Herrera Campins, y a sus Ministros de Información, actúan también en favor del cambio otros comunicadores de nota como Alejandro Alfonzo, inspirador de plausibles avances en la inserción del sector de comunicación en el Plan Nacional de Desarrollo. La lucha continúa, pues. Por donde se vea el asunto, Venezuela –país legalista y democrático– es el líder del movimiento, especialmente en términos de reflexión transformación e investigación sistemática y persistente.⁵

La experiencia peruana y latinoamericana

Ch.: ¿Cuáles fueron las características del caso peruano?

B.: Fueron dos: la acción global para cambiar la estructura de poder de los medios masivos de comunicación y la formulación de políti-

5 N. de la R.: ver comentario sobre la experiencia venezolana en esta misma edición.

cas para modificar la conducta de ellos en favor del cambio social. No hubo en el Perú progresista de la década pasada un núcleo articulado de reflexión para ello, como lo es el ININCO de Venezuela. Ni hubo un conjunto de dirigentes políticos que tomaran la causa tan a pecho como lo hicieron en su momento Pérez y Groscors, si bien el presidente Velasco y su asesor político Carlos Delgado se identificaron abiertamente con la lucha por cambiar el régimen de comunicación. Pero sí hubo en Perú una vasta y profunda abarcó a casi todos los aspectos mayores de la comunicación. Desde la regulación de la publicidad y la reforma de las normas de programación de televisión hasta el manejo de la editorial del Estado y de la propaganda gubernamental.

El instrumento más valioso de la política de comunicación en el Perú fue la Ley de radio y televisión, inspirada por especialistas como el periodista Carlos Ortega y el ingeniero de telecomunicación Carlos Romero. Sin embargo, la acción más radical fue la muy controvertida socialización de la prensa⁶ duramente combatida por los círculos conservadores de la política y las finanzas, pero aplaudida por las bases populares. Esta medida, que constituía toda una política para un medio, fue la iniciativa más innovadora y audaz tomada respecto de la propiedad de la prensa en la historia de América latina porque tendía a que las colectividades populares gremiales manejaran los diarios. Se buscaba crear con originalidad un formato equidistante de la propiedad privada y de la gubernamental, para obviar las inconveniencias de ambos. Es una lástima que tan audaz y promisorio intento de democratización no haya podido pasar del indeseable nivel de periodismo gubernamental y haya, finalmente, regresado al de la prensa mercantil.

6 En Chasqui No. 1 fueron publicados los textos completos de la expropiación (1974) y devolución de los diarios (1980) como así también la Ley de Prensa de 1974.

Ch.: ¿Qué pasó en Venezuela inmediatamente después de la Conferencia Intergubernamental de Costa Rica?

B.: Queyo sepa, el ministro de Información Guido Grooscors intentó dar pronto cumplimiento, cuando menos, a la primordial recomendación operativa de San José: establecer un Consejo Nacional de Políticas de Comunicación integrado por representantes de todos los sectores interesados en ellas. Las agrupaciones patronales se estrellaron contra este proyecto con igual, si no mayor, beligerancia que cuando asfixiaron las propuestas para el COÑAC y el RATEL-VE. No solo consiguieron frenar la acción de Grooscors sino que inclusive provocaron su salida del gabinete del Presidente Pérez, acosado por presiones y riesgos preelectorales.

Ch.: ¿En qué otro país, entonces, se ha logrado forjar una política como la recomendada en la Conferencia de San José?

B.: En ninguno... hasta la fecha. Esto es lamentable, pero no sorprendente. El planteamiento en pro de la existencia de políticas como instrumento de cambio legal y pacífico hacia la democratización hiere e irrita el omnimodo poderío secular de los dueños de los medios de comunicación y de los anunciantes comerciales. Propone que la comunidad ponga orden y equilibrio en un sistema arbitrario e injusto, de manera que este no siga impidiendo la transformación social en favor del pueblo. Por tanto, ha sido y será resistido por las minorías que se perpetúan en el monopolio del poder en alianza con intereses extrarregionales.

Además, forjar una política democrática –como la propuesta en San José– involucra las complejidades y dilaciones propias de los procedimientos de consulta y conciliación, legales y pacíficos. No es, por tanto, cosa fácil. Pero ello no debería llevar a descartar el ideal porque, como diría Freyre, no podemos renunciar a la utopía. Aguardemos, pues, con fe y perseverancia. Insistamos en todo lo posible. Aprovechemos coyunturas. Ganemos terreno, así solo sea paso a paso.⁷

Ch.: ¿Hubo fenómenos semejantes en otros países de la región?

B.: En forma parcial y localizada, sí. Por ejemplo, el proyecto RADIOBRAS para ampliar el alcance y desmercantilizar un poco la radio de manera que atienda las necesidades culturales de las mayorías brasileñas, en el que tuvieron papel protagónico el ministro de Comunicación Euclides Quandt de Oliveira y sus asesores Marco Antonio Rodrigues Díaz y Lourdes Castro. O el caso mucho más reciente del movimiento estatal mexicano para cambiar sustantivamente la definición del derecho a la información, otro gran experimento de políticas frustrado.⁸

El Estado y las PNC

Ch.: ¿Favorece usted al Estado como actor principal de las políticas de comunicación?

B.: No. Lo reconozco como árbitro inevitable y lo considero indispensable como fuerza de respaldo a aplicación de las políticas, las que –de no ser por la participación estatal– podrían quedar como enunciados estériles. Pero sostengo que la soberanía en materia de comunicación y cultura también debe radicar en el pueblo mismo en una sociedad democrática. Por eso, por impracticable que parezca, he abogado siempre porque sean Consejos Nacionales pluralistas los que democráticamente presidan la instauración racional de tales políticas. Y nunca he abogado por la estatización de los medios ni por la censura o el control policíaco.

Ch.: Sin embargo, siendo que la mayoría de las sociedades de América Latina distan harto de ser democráticas, ¿no existe el riesgo

7 Fuera de la región, el país que ha hecho grandes avances en la materia es Canadá.

8 N. de la R.: ver pormenores del tema en la sección Mesa de Discusión en esta misma edición.

*de que las políticas nacionales de comunicación sean –al contrario de lo apetecido– instrumentos de mayor control y represión autoritarios, como lo ha insinuado el colega brasileño Luis Gonzaga Motta?*⁹

B.: Ese riesgo existe, en efecto, pero en forma relativa porque a los regímenes autoritarios de por sí no les interesa ni conviene formalizar sus arbitrariedades en políticas declaradas y coherentes. Prefieren tener políticas caprichosas y dispersas o aparentar no tener ninguna y dar la impresión así de que respetan la libertad de información. Así pueden dominar más y mejor la situación sin tener que rendir cuentas a nadie. De ahí que el caldo de cultivo más propicio para políticas que logren democratizar el sistema de comunicación es el de las sociedades en proceso de reforma antioligárquica y pro-democrática. Es obvio que no hay muchas de ellas hoy en nuestra región. Sin embargo, dada la profunda crisis económica que esta se halla confrontando y puesto que –en cambio– el abatimiento de la tasa de crecimiento de población solo es modesto, es dable suponer que –como en la década del 50– surgirán amplios movimientos populares de reforma política y económica. De ser así, ellos no podrían dejar de incluir normas para innovar el sistema de comunicación de manera que sea propicio a un desarrollo que tenga como beneficiario principal a las grandes mayorías hoy soslayadas cuando no oprimidas.

Ch.: Dada su importancia, ¿son las políticas objeto de investigación y de estudio en Latinoamérica?

B.: Lamentablemente, no. El desconocimiento que campea en la gran mayoría de las escuelas de comunicación sobre una problemática como la de las políticas es impresionante. Y los investigadores

9 N. de la R.: ver opinión de Motta a continuación de esta entrevista.

que han hecho a estas, objeto de su estudio, constituyen una exigua minoría. La falta de un adecuado servicio regional de documentación y la ausencia de editores y libreros que den curso a lo producido en la región están entre las causas de ese desconocimiento.

Ch.: ¿Cuáles son, casi seis años después, los resultados tangibles de las recomendaciones de la Conferencia Intergubernamental celebrada en San José?

B.: Excepto en el orden conceptual y moral, ellos son probablemente pocos y modestos, como son los de muchas de otras reuniones internacionales sobre otros temas. Es común que prevalezca una marcada distancia entre la proclamación de un ideal y el logro pleno del mismo. La Unesco, por supuesto, no puede obligar a ninguno de los gobiernos de los que es mandataria a trazar e implantar una política. Este es un atributo de quienes detentan poder e influencia en cada país. Y allá donde no hay una voluntad política generalizada en favor del cambio social, no es fácil que llegue a establecerse una política nacional de comunicación. A veces inclusive allá donde está presente esa voluntad, como fuera el caso del régimen popular del doctor Allende en Chile, los gobernantes no atinan a ocuparse en esa forma de la problemática de comunicación. Otras veces la voluntad puede estar ahí, pero no hay la doctrina ni la pericia para hacer la tarea. En estas oportunidades se hace vital la asistencia técnica, el consejo experimentado, mediante organismos como la Unesco.

Ch.: ¿Es la situación algo distinta en la esfera no nacional?

B.: Sí. Casi las únicas recomendaciones de San José cumplidas hasta la fecha han sido precisamente aquellas que por ser multinacionales por definición no requieren de la venia del poder político en la esfera nacional. No alarman a nadie, por decirlo así. Me refiero a la creación de dos pequeñas pero meritorias agencias alternativas de noticias, la ASIN —que ya está en operaciones con núcleo coordina-

dor en México— y la Alasei, en proceso de diseño, actualmente en Panamá. Ambos experimentos son de sumo valor.¹⁰

Ch.: ¿Quiénes podrían y deberían promover las políticas en Latinoamérica, además de lo que pueda hacer en tal sentido la Unesco? ¿De quiénes pudieran los gobiernos interesados recibir colaboración en este terreno?

B.: El CIESPAL y el ILET, por supuesto y aun el ILCE, pero quizás también el SELA e inclusive la OEA, así como los organismos subregionales de integración. Recordemos, en efecto, que, por ejemplo, los países andinos hicieron en la década pasada tempranas manifestaciones en favor de la existencia de políticas de comunicación. El Pacto de Cartagena propició inclusive la formación de un Consejo Andino de Comunicación y se propuso crear una agencia andina de noticias. El Convenio Cultural Andrés Bello recomendó a la organización subregional la producción de materiales educativos propios con los cuales pueden alimentarse adecuadamente los modernos sistemas de comunicación televisiva desde satélites. Los mismos países rechazaron el ingreso de sistemas comerciales norteamericanos a la operación indiscriminada de satélites televisivos en el espacio latinoamericano. Varios países de la región trabajaron años tratando de dar vida al Serla, proyecto de televisión educativa por satélite. Los Ministros de Comunicación promovieron entendimientos respecto de la televisión en color y propiciaron la formación de asociaciones subregionales de televisión y de telecomunicaciones del Estado.

10 N. de la R.: ver fundamentos de ASIN y ALASET en la sección “Documentos” de esta misma edición.

La importancia del espacio exterior

Ch.: ¿Qué le parece la tesis colombiana de la soberanía sobre el espacio exterior en la órbita ecuatorial?

B.: Me parece que este argumento de soberanía en la órbita geoes-tacionaria constituye el más original planteamiento de una política parcial de comunicación. Es aún más audaz que el de las 200 millas de jurisdicción marítima. Inaugura otro teatro de confrontación entre los defensores a ultranza del llamado “libre flujo de la información” y los que luchan por un “nuevo orden internacional de la información”. Hay que observar con mucha atención este importante fenómeno en que, otra vez, Latinoamérica desempeña un papel de liderazgo. No importa que se trate de otra “utopía”.

Ch.: ¿Cómo ve el futuro de las políticas de comunicación en Latinoamérica a mediano plazo?

B.: Tal vez solo hay avances coyunturales en unos cuantos países. Pero muchos de ellos tendrán que ponerse rápidamente de acuerdo, en cambio, en el plano internacional para formular políticas que les permitan no ser avasallados por las nuevas posibilidades de dominación que representan las modernas tecnologías de transmisión transnacional de información computadorizada por satélite. Esta será el desafío mayor para las nuevas generaciones de críticos e investigadores de la comunicación en esta parte del mundo.

Ch.: ¿Tienen relación las políticas con el movimiento de “comunicación participatoria” y con el que favorece un “Nuevo Orden Internacional de la Información”?

B.: Sí, directa y clara. El movimiento de “comunicación participatoria” es otra de las creaciones de la justiciera imaginación latinoamericana; busca renovar la teoría y la práctica de la comunicación de

manera que el pueblo –y no las élites conservadoras– sea el protagonista de ella. Se dedica a propiciar formatos innovadores, de grupo y aun masivos, que permitan el diálogo equilibrado y democrático, en vez del monólogo del dominador sobre los dominados. Las políticas de comunicación son un instrumento normativo amplio que podrá favorecer esa evolución democrática. Hay, pues, estrecha relación natural entre estas dos empresas latinoamericanas. También la hay con una el nocivo concepto clásico de la noticia como mercancía espectacular y la de organizar agencias alternativas de noticias que reflejen esa nueva filosofía de la información. Entre los colegas distinguidos en este campo de la lucha están Fernando Reyes Matta, Rafael Roncagliolo, Juan Somavía, Eleazar Díaz Rangel, Marco Ordoñez, Patricia Anzola, José María Pasquini, Germán Camero Roqué y Raquel Salinas. Y, si se quiere, hay todavía un cuarto campo paralelo de innovación: el del replanteamiento del derecho de comunicación, en el que se destacan juristas como Alberto Ruiz Eldridge. Todos ellos –*fijémonos* bien– constituyen aportes avanzados al ideal mayor y universal de forjar un Nuevo Orden Internacional de la Información. El día que esta otra mayúscula utopía con que se reta al sistema neocolonial llegue a tornarse en realidad, Latinoamérica habrá tenido mucho que ver con la conquista. Y ese día no lo dudemos ha de llegar.

Referencias:

- Associação interamericana de radiofusão, Buenos Aires. Comissão de ação cultural. (1975). *Informe destinado a marxistas e fascistas*. O Globo, São Paulo, 28 setembro. 2.
- Beltrán, L. R. (1969). "Communication and Modernization: the Case of Latin America". 41 p. (Paper for Presentation at the World Conference of the Society for International Development. (11th). New Delhi, India.
- Beltrán, L. R. (1974). "Las políticas nacionales de la comunicación en América Latina". París: Unesco. 23 p. (Documento de trabajo para la Reunión de Expertos sobre la Planificación y las Políticas de Comunicación en América Latina, Bogotá, 4-13 julio 1974).
- Beltrán, L. R. y Fox de Cardona, E. "Hacia una metodología para diagnosticar instituciones estatales de comunicación: un ensayo en Venezuela como parte de la formulación de una política general para los servicios públicos de radio y televisión". 37 p. (Documento preparado para la Reunión sobre Políticas Nacionales de Comunicación en América Latina, San José, Costa Rica, 13-19 abril. CIESPAL / CEDAL / Fundación Friedrich Ebert).
- Beltrán, L. R. (1976). *Políticas nacionales de comunicación en América Latina: los primeros pasos*. Nueva Sociedad (Venezuela) 25, julio-agosto, 4-34.
- Camargo, N., Pinto, V. & Noya, B. (1975). *Las políticas de comunicación en el Brasil*. París: Unesco.
- Capriles, O. (1976). *El Estado y los medios de comunicación en Venezuela*. Caracas: Instituto de Investigaciones de la Comunicación-ININCO.
- Capriles, O. (1979). *Acciones y reacciones en San José: el debate de las comunicaciones en la Unesco*. En Ruiz Eldredge, A. El desafío jurídico de la comunicación internacional. México, DF: Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales-ILET; distribuido por Editorial Nueva Imagen, 79-124.
- Capriles, O. (1981). *Reflexión sobre las políticas de comunicación*. Nueva Sociedad (Venezuela), 52, enero- febrero, 67-83.
- Carrizosa Alajmo, A. et al. (1976). *Las políticas de comunicación en Colombia*. París: Unesco. 50 p.

- Conferencia intergubernamental sobre políticas de comunicación en América Latina y el Caribe, San José, Costa Rica, 12-21 julio.
- Fonseca, J. M. (1976). *Las políticas de comunicación en Costa Rica*. París: Unesco, 85 p. Informe final. París: Unesco, 86. (COM/ MD/38).
- Fox de Cardona, E. (1975). *Políticas nacionales de comunicación*. Ordoñez, Marco; Fox de Cardona, E. & Ortiz Brennan, B. Políticas de comunicación en sociedades de cambio. San José: Cuadernos CEDAL. Ordoñez, M. (1975). *La planificación de la comunicación en las sociedades de cambio*. Quito: Centro Internacional de Estudios Superiores de la Comunicación para América Latina-CIESPAL. 16 p.
- García Prince, E. (1976). *Sobre la conferencia de Costa Rica*. *Orbita* (Venezuela), 17, octubre 1976.
- Gómez, L. A. (1976). *Fin del monólogo, inicio del diálogo: la Conferencia Intergubernamental de Costa Rica*. Nueva Sociedad (Venezuela), 25, julio-agosto, 35-46.
- Gómez, L. A. (1975). *Danza y contradanza de una política nacional de comunicación*. Caracas: Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO).
- Grooscors, G. (1981). *Meditación en Quito: experiencias en políticas nacionales de comunicación en América Latina*. *Orbita* (Venezuela), 27-28, diciembre.
- Harms, L. S. y Richastad, J. (1975). *Right to communicate: human rights... major communication issues... communication policies and planning*. Honolulu, Hawaii: East- West Communication Institute. 25.
- Mayorbe Machado, J. A. (1981). *La formulación de políticas de comunicación*. *Oibita* (Venezuela), 26, junio.
- McNelly, J. (1975). *El establecimiento y desarrollo del intercambio de noticias en América Latina*. París: Unesco. (Documento de trabajo para la Reunión de Expertos sobre el Establecimiento de Arreglos de Intercambios de Noticias en América Latina, Quito, 24-30 junio 1975).
- Motta, L. G. & Silva, U. (1982). *Críticas a las políticas de comunicación: entre el Estado, la empresa y el pueblo*. *Comunicación y Cultura* (México), 7, enero, 11-28.
- Ornes, G. E. (1975). *Precaria la libertad de prensa en América Latina: informe de la SIP*. *El Tiempo*, Bogotá, octubre.

- Ortega, C. & Romero, C. (1976). *Las políticas de comunicación en el Perú*. París: Unesco. 73 p.
- Pasquali, A. (1976). "Comunicaciones y soberanía". *Semana*, Caracas, 12-18 abril. Conferencia Intergubernamental sobre políticas culturales en América Latina, Bogotá, 10-20 enero (1978) Informe final. París: Unesco. 116 p. (COM/MD/39).
- Pérez, C. A. (1974). Discurso del Presidente de la República en el acto de instalación del Encuentro Latinoamericano de Periodistas. *El Periodista* (2a. época) (Venezuela), 53, noviembre- diciembre, 5-7.
- Pérez, C. A. (1975). Discurso en la instalación de la Trigésima Asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa, octubre 1974. En Agudo Freites, R. COÑAC: Sub-comité de Radio y Televisión. Caracas: Comisión Preparatoria del Consejo Nacional de Cultura-CONAC, 7-8.
- Reunión de expertos sobre políticas y planeamiento de la comunicación, París, 17-28 Julio (1972). Informe. París: UNESCO, 24 p. (COMIMD/24).
- Reunión de expertos sobre la planificación y las políticas de comunicación en América Latina, Bogotá, 4-13 Julio (1974) Informe. París: Unesco, 40 p. (COM-74/CONF 617/2).
- Reunión de expertos sobre investigación en América Latina, Panamá, 4-8 diciembre (1978) Informe final. París: Unesco. 1979. 27 p. (CC-78/CONF. 605/2).
- Reunión del grupo de monitoria sobre el seguimiento de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de comunicación en América Latina y el Caribe, Quito, 31 de noviembre-2 de diciembre. (1981). Informe final. Quito: Unesco. Oficina del Consejero Regional en Comunicación Social para América Latina y el Caribe. 1 v. (paginación variada).
- Shinar, D & Rodrigues Dias, M. A. (1975). *Problems of national communication policies in Brazil*. Río de Janeiro: Unesco, 27 p.
- Safar, E. (1981). *El Consejo Nacional de la Comunicación en la estructura comunicacional venezolana*. *Orbita* (Venezuela), 27-28, diciembre.
- Schenkel, P. et al. (1981). *Políticas nacionales de comunicación*. Quito: Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina-CIESPAL. Colección Intiyán, 14, 660 p.

- Seminario sobre políticas nacionales de comunicación en América Latina y el Caribe, San José (La Catalina) Costa Rica, 13-19 de abril (1975) Informe. Quito: CIESPAL.
- Scuiller, Herbert, I. (1975). *The Appearance of National Communications policies: a new arena for social struggle*. Gazette (Netherlands) vol. 21, 2, 81-82.
- Sociedad Interamericana de Prensa, Asamblea General, 31, Sao Paulo. (1975). Resoluciones. Miami: SIP.
- Salinas, R. (1978). *Communication Policies: the Case of Latin America*. Stockholm: Institute of Latin American Studies. Research Paper Series, 9. 39 p.
- Unesco, París. (1971). Propuestas para un Programa Internacional de Investigación sobre la Comunicación. París: Unesco, 29 p. (COM/MD/20).
- Venezuela. Comisión preparatoria del Consejo Nacional de Cultura. (1975). Diseño para una nueva política de radiodifusión del Estado Venezolano: proyecto RATELVE. Caracas: COÑAC. 376 p.



A Luis Ramiro Beltrán

Pionero de la comunicación*

Juan Braun

Juan Braun ¿Cuándo comenzó su interés en el periodismo y en la comunicación?

Luis Ramiro Beltrán. Yo comencé a hacer periodismo en mi país, Bolivia, en Oruro, en un centro minero, a los 12 años de edad. El periodismo desde muy temprano nació y vivió en mí. Mis padres fueron periodistas y por ello empecé a “gatear” en un periódico. Recuerdo que la primera vez que trabajé fue en información sanitaria, cuando tenía 14 o 15 años y lo hacía mientras estudiaba. Ese fue mi comienzo en comunicación, preparando material educativo para el desarrollo.

* Tomado de *Chasqui Revista Latinoamericana de Comunicación*, 29/30, enero/junio 1989, 38-42

En 1948, cuando terminaba mis estudios secundarios, me ocurrió algo maravilloso. Me ofrecieron un empleo en *La Razón*, el principal diario del país; el dueño era uno de los “barones” del estaño.

J. B.: Tengo entendido que su carrera periodística fue bastante accidentada. ¿Qué ocurrió?

L. R. B.: En 1952, por un proceso de transformación llamado “revolución nacional” propiciada por el Partido Revolucionario, el periódico cerró. Nos indemnizaron y nos fuimos a la calle. Ahí comenzó para mí una vida de sobrevivencia.

J. B.: ¿Sobrevivencia?

L. R. B.: Sí. Eran tiempos duros. Con un amigo periodista deportivo del diario invertimos la liquidación para editar ciertos periodiquitos: *Momento*, que era un semanario con noticias en broma y *Crack*, el periódico deportivo de los jueves. A la par, eso ayudaba a la economía del hogar. Además, con mi madre pusimos un pequeño lugarcito de venta de empanadas, que en Bolivia se llaman “salteñas”.

Mi madre también –de vez en cuando– acudía a donde los “gringos” que abandonaban el país y les compraba todo lo que vendían.

J. B.: ¿Cómo y cuándo se produce su primera gran oportunidad?

L. R. B.: Fue a mediados de 1953 que un gringo visita mi casa a las 11 de la mañana, hora en que yo, como buen joven reportero, despertaba después de una noche alegre y movida. Mi madre me jaló y dijo: “Mira, te busca un gringo, dice que es urgente”. “No, no puede ser, no es a mí”, –le dije. Al fin me levanté y salí a ver de qué se trataba. Ahí estaba el jefe de la oficina de información del servicio de extensión auspiciado por la AID, el Punto IV. En ese entonces se llamaba Servicio Agrícola Interamericano. Ese señor me propuso que trabajara con él. Pero la misma idea de pasar ocho horas en

una oficina era espeluznante para un periodista joven y bohemio. El sueldo que se me ofrecía no era tentador. Entonces le agradecí y me excusé. Pero él insistió: “No le exijo que sepa de agricultura, yo tampoco sé. Solo es cuestión de transformar la información técnico-agrícola para que entiendan los campesinos. Usted es periodista y lo puede hacer”. Al final acepté el empleo.

J. B.: Usted fue un cineasta. Trabajó en Bolivia Films y Telecine Limitada. ¿Alguna de sus películas tuvo éxito?

L. R. B.: Sí. *Vuelve Sebastiana*, fue un documental antropológico de una tribu de Oruro en proceso de extinción que ganó un premio mundial en un festival uruguayo. Estaba muy estimulado y feliz, hacía periodismo y había vuelto a la bohemia. No tenía oficina, volvía a casa a cualquier hora y hacía guiones con gusto.

J. B.: ¿Cuándo comienza su etapa de comunicación con el MCA en Turrialba?

L. R. B.: Me llegó una carta de Turrialba en la que me informan que el proyecto con la AID y la OEA había cuajado y me decían: “Queremos que venga a trabajar a San José”. Mi primera reacción fue: “No señor”. Igual que en el caso del gringo yo no intuía que era esa carrera ni nada. Estaba tan feliz de estar en Bolivia y de hacer cine, que lo otro era una novedad. Pero cambié de decisión.

J. B.: ¿Por qué aceptó si no quería ir a Costa Rica?

L. R. B.: Por aquella época la situación era sumamente dura en Bolivia y en el ámbito político también había hostigamiento. La devaluación de la moneda era monstruosa, pues ya en aquellos años la inflación saltaba del 400 al 600 por ciento con dos días de diferencia. Entonces, mi madre me dijo: “Bueno, estará muy lindo el cine que haces, pero tu situación no está bien. Debes reconsiderar la propuesta”. Al final acepté ese cargo, “será una experiencia internacional y ga-

naré algo”, aunque no tenía título profesional el sueldo no era tan malo. Me fui a Turrialba y firmé un contrato por un año. Pero trabajé seis años en ese país y de cuando en cuando me decía: “Ahora me vuelvo a mi país”, pero nunca lo hice. A los dos años de estar allí mandé llamar a mi madre, que es mi única familia y cuando vino le dije: “Mamita espérese un añito más y regresamos a Bolivia”. Así siguió la vida. Son 36 años de estar en eso. Estaba muy contento en el IICA, además un muchacho con 25 años de edad en un país con chicas tan bonitas no era como para apurarse en salir. Hubo algunos cambios en el IICA; en 1961 me pasaron a Lima (Perú) para trabajar en los países de la zona andina. Allí estuve hasta 1964.

J. B.: Cuéntenos un poco de su vida universitaria en Estados Unidos. ¿Cómo llegó a la Universidad del Estado de Michigan?

L. R. B.: El MCA me ofreció una beca; yo tenía terror de estudiar matemáticas y no quería postularme. Pero varios amigos me dijeron: “Mira, si tu sigues sin tener título profesional no vas a avanzar, te estancarás no solo en salarios sino en mayores oportunidades, tú lo puedes hacer, no tengas miedo”. Me atizaron tanto que apliqué y gané la beca. Era un compromiso muy grande, no podía desistir. Entonces, fui temblando al Departamento de Comunicación. Había gente conocida, el doctor David Berlo y John McNelly.

J. B.: ¿Le fue muy difícil estudiar? Usted no tenía título universitario.

L. R. B.: La beca podía ser para el Máster o para el Doctorado también. Yo pensé que no pasaría ni el curso preparatorio y que tendría que volver pronto. Pero, qué podía hacer, ya no podía retroceder. Bueno, me la pasé trabajando 14 horas diarias y luchando como un león. Pero en mi caso, con los números fue mortal. Entré a unos cursos “pre”, “pre”, “pre”, algo así como el “sub, subsótano” de aritmética; a esos cursos los llaman *remedeal*. A mí me tocó a lo mejor la maldición gitana, porque coincidió que cuando yo trataba de

entender a las matemáticas viejas estaban entrando las matemáticas nuevas, teoría de los conjuntos y todo ese sancocho terrible.

J. B.: ¿Al fin, logró pasar el calvario? ¿Cómo ingresó en el programa de Ph.D.?

L. R. B.: Sobreviví de alguna manera y habiendo vencido ese año, calificado como de prueba, entré ya al programa de Máster, en donde trabajé con el profesor Everett Rogers. Y me gradué. Fue una gran felicidad, pero mi próximo gran deseo era decir: “Bueno, muy bien, ahora quiero volverme”. No quería seguir el doctorado. Tenía una beca de poco dinero y sin sueldo, sin ahorro, sin nada. Además, el terror de entrar ya al doctorado me asustaba. Yo insistía en regresar pero mi madre me dijo: “Yo le hice dos promesas a tu padre, una que recogería sus restos en el Paraguay y la he cumplido; y la otra fue que de sus hijos yo haría unos profesionales” –yo tenía un hermano también–. “Así que usted no se me va, usted va a ser doctor”. Esto significaba tres años más de calvario.

J. B.: ¿Quiénes, además de su madre, le impulsaron a obtener el doctorado?

L. R. B.: Otro fue mi director, el doctor Armando Samper. Samper me dijo: “Mira, tú te quedas a sacar el doctorado sin regresar a trabajar. La beca sigue vigente, si te regresas no hay ninguna garantía de que subsista”. Entonces, bajo esas dos cordiales presiones, pensé en otras 14 horas diarias durante tres años más. Debía estudiar día y noche, no podía mirar la televisión, ni escuchar la radio, porque yo me distraigo fácilmente y además no disponía de tiempo. Y así le di hasta 1970 que fue cuando obtuve el doctorado. Ahora me parece una experiencia maravillosa. Hasta ese entonces no había tenido similar oportunidad de estudiar y reflexionar. Yo no era un científico, yo era un artista en comunicación, no tenía ni idea de investigación.

J. B.: ¿Cuándo descubrió la realidad, la tragedia de la Comunicación latinoamericana?

L. R. B.: Gracias a la libertad y a la abundancia de información obtenida en Estados Unidos y a la facilidad de conseguir literatura yo descubrí esa tragedia, paradójicamente, en ese país cuando era estudiante.

J. B.: Académicamente, ¿qué es lo que más recuerda y le impactó profundamente en sus años de estudio en la Universidad de Michigan?

L. R. B.: El doctor Berlo, quien dirigía el temido curso 805, y la amplitud de los profesores norteamericanos. Mis propias tesis de grado, la de máster y del doctorado, son los primeros esbozos críticos de la comunicación en América Latina, como producto de la influencia hegemónica de Estados Unidos. El solo hecho de que en el propio Estados Unidos haya podido criticar la dominación de esta potencia en la región –y no digo sancionar– y no ser inhibido, hasta hoy, me hace sacarle el sombrero.

J. B.: ¿Cuántas novias tuvo en Michigan?

L. R. B.: Novias formales ninguna; amiguitas de ir al cine una vez cada tres meses un montón, pero nada firme porque entonces no me graduaba. O novia firme o título, una de dos, esa era la disyuntiva. Pero la costumbre norteamericana es tan distinta a la nuestra que le llamaban dating, donde no te obligaban; es decir, una chica puede salir con diez amigos en la semana y no es inmoral y no es nada malo y no crea ningún compromiso. Pero cuando uno quiere formalizar un poco más y que haya mayor exclusividad le llaman *going steady*. Yo, jamás me metí steady.

J. B.: Si no hubiera hecho su doctorado en Michigan ¿habría llegado a la misma posición de liderazgo?

L. R. B.: Para mí hubiera sido imposible llegar al nivel de liderazgo que, aparentemente he llegado, si no obtenía el doctorado. Inclusive lo logré bastante tarde. Después de hacer diez años de daño por toda América Latina, de 1955 a 1965, trabajando por toda la región, viviendo en varios países, enseñando principios y técnicas de comunicación, no ciencia, a agrónomos. Y luego de eso, ir a estudiar y medio convertirme en un “científico a la carrera” y no en un “científico de carrera”. No solo por el status, pero sí por la visión, por la disciplina y por el despertar al gozo del saber. Antes de lo de Michigan yo no había hecho nada académicamente sustantivo; solo algunos cursitos cortos. Pero allá fue una experiencia totalmente distinta. Había que contribuir a producir, a generar conocimientos, por ello me pareció fascinante. Por ello tengo una profunda gratitud con Michigan, que a algunos amigos les parece contradictorio: “Cómo es que este tipo es tan proyanqui y a la vez los fustiga con sus trabajos”.

J. B.: *¿Para Ud. esa posición contradictoria es compatible? ¿Puede dormir tranquilo?*

L. R. B.: Para mí sí lo es, porque allá yo aprendí a respetar y a criticar, no después, “no tirando piedras de la calle o por la espalda”. Eso es admirable. Por ejemplo, el doctor Rogers, unos años después, nos convocó a Juan Díaz Bordenave y a mí, a que inyectáramos un sistema de pensamiento académico en el norteamericano, sobre las nuevas ideas de América Latina en desarrollo, en comunicación alternativa y participativa. Y lo hicimos. Posteriormente, la universidad las acogió para insertarlas en todo el sistema regular del mundo académico estadounidense de la comunicación, cosas que no hace nadie.

J. B.: *¿Qué aspectos de la comunicación marcaron a las décadas de los 70 y 80 y qué va a ocurrir en la del 90?*

L. R. B.: Bueno, veamos la década del 70. Es crucial e importante en el mundo y en la región, especialmente en materia de comunicación, porque es la década del despertar de las propuestas, de las reformas para democratizar el sistema de comunicación. A principios de esta etapa trabaja Armand Mattelart en Chile; otros entrábamos como francotiradores sueltos con muchas interrogantes. Es decir, ya no era una cuestión de cómo escribir la noticia o de cómo organizar un diario, sino cómo se influencia a la gente, la comunicación le sirve o no a la sociedad y, si le sirve, a quién, por qué y para qué.

J. B.: *¿Es la etapa de la gran crítica? ¿La insurgencia? ¿La protesta?*

L. R. B.: Así es. Surge la protesta. Es la época de la insurgencia latinoamericana. Existe una gran efervescencia de transformación social en la región y dentro de eso estaba la comunicación, que nunca hasta entonces había sido tan fuerte en la crítica. Surge mucha gente por distintos lados y razones a conformar un movimiento sin diseño, sin organización, sin patrocinio. Una inquietud que comienza a compartirse, a crecer y que llega a su nivel máximo a mediados de la década, cuando ocurren por lo menos dos cosas importantes: El Movimiento de los Países No Alineados, que proclama un Nuevo Orden Internacional de la Economía para una justicia entre las naciones poderosas y las desposeídas y, en 1976, se realiza en Costa Rica la Primera Conferencia Interamericana sobre Políticas de Comunicación Intergubernamental en América Latina. Participé en este movimiento muy intensamente.

J. B.: *¿Usted personalmente, en qué campo incursionó con mayor énfasis: Capacitación o investigación?*

L. R. B.: Entré en el terreno de la investigación crítica, del manejo de las grandes masas de literatura, de condensaciones analíticas y tuve mucha suerte en hacerlo porque en ese momento ocurría de

todo. Ese tipo de críticas y cosas tuvieron bastante resonancia y encontré a otros con quien compartir mis ideas. Y como dije, surgió un movimiento muy poderoso que logró –yo siempre he pensado que eso es la historia de la pulga que asustó al elefante– una propuesta de reforma que llegó a preocupar muchísimo a las grandes potencias conservadoras.

J. B.: La opinión generalizada es que la década de los 80 fue (es) un desastre. ¿Se perdió la guerra? ¿Qué pasó?

L. R. B.: Al cierre de la década del 70 y al inicio de los 80, el elefante dejó de asustarse. Es decir, el movimiento había llegado a sus propios límites y no tenía una organización ni financiación. El Movimiento No Alineado estaba disperso, sin cohesión. Como no había organización las cosas empezaron a ceder. El sistema conservador del poder transnacional de la información se enojó mucho con la propuesta de cambio; y comenzó a organizar poderosos mecanismos de contrapeso de información y desinformación hasta que se aquietaron las aguas.

Y claro, el movimiento fue retrocediendo. También se añadió el asunto de la informática y las Nuevas Tecnologías y el foco de la atención se desplazó hacia allá.

J. B.: ¿Qué va a ocurrir en la década del 90 marcada por la incursión de las nuevas tecnologías? ¿Los países del Tercer Mundo pueden tener esperanzas?

L. R. B.: Tenemos que construir una nueva utopía sin haber superado siquiera la primera utopía, pero nunca abandonarlas. En principio, con cierto realismo uno puede ser pesimista. Por ejemplo, los más modestos, pacíficos y legales intentos de transformar la estructura de poder que maneja el aparato de comunicación nacional, han tropezado con la existencia organizada y vehemente de las fuerzas

que impiden el cambio y consideran que todo es autoritario y que va en contra de la libertad. Entonces, el movimiento de reforma de los medios de comunicación con instrumentos ilícitos y pacíficos, no ha logrado ninguna realización transformadora en nuestros países lamentablemente.

J. B.: ¿Este reto de los nuevos medios nos tomó otra vez por sorpresa?

L. R. B.: Mientras estábamos intentando un cambio en los años 80 se vino la avalancha y la incursión de las nuevas tecnologías, que plantearon un desafío completamente diferente. O sea, cuando aún no entendemos suficientemente lo que ocurre con los viejos medios y no hemos podido lograr que se transforme el aparato de poder, entran los nuevos medios, muchísimo más incontrolables que los tradicionales, donde la capacidad de los estados nacionales para formular políticas y señalar rumbos ha sido rebasada.

En los últimos cinco años se debate mucho sobre las nuevas tecnologías. ¿Qué si son promesas o amenazas? No lo sé. Depende cómo se aprovechen. Pero la capacidad de penetración del sistema comercial que vende las nuevas tecnologías es tan grande. Tan avasallador, que la capacidad del Estado para racionalizar las cosas es sumamente baja.

J. B.: ¿El contrapeso específico a las nuevas tecnologías podría ser la comunicación popular alternativa?

L. R. B.: A esta última quizá se le puede llamar la tercera utopía. La primera es forjar las políticas de los medios de comunicación. La segunda es el proceso para manejarnos con las nuevas tecnologías y trazar políticas para gobernarlas y la tercera es la comunicación alternativa.

Algunos piensan que esos minimedios que la conforman están bien para distraer pequeñas comunidades pero que no tocan el poder central. Otros piensan que son aspirinas que disimulan las cosas. Inclusive se afirma que mientras haya comunicación alternativa la gente está quieta y contenta con títeres y tonterías aunque afuera el poder está inmune. Yo no comparto este pesimismo.

América Latina es la región del mundo –y lo digo sin arrogancia– más fértil, más valerosa, más creativa, más audaz en materia de transformación de la comunicación. Y este ejercicio de la comunicación alternativa popular, democratizante y dialógica o como se la quiera llamar, por mucha confusión de términos que haya, por mucha ausencia de una teoría central coherente hasta hoy, es de una riqueza enorme, tanto en la praxis como en la reflexión. No hay terreno superable ni de lejos con esta insurgencia latinoamericana, en la cual, muy claramente, la Iglesia católica progresista ha tenido mucho que ver.

J. B.: ¿La comunicación alternativa puede ser también un contrapeso para enfrentar la crisis económica?

L. R. B.: Hasta cierto punto sí, en el sentido de que puede dar información al pueblo, para que le ayude a aliviar las consecuencias de esa crisis y hasta iluminar a la dirigencia política para evitar el choque brutal de la situación económica.

J. B.: ¿Se considera Ud. un modelo para la nueva generación de comunicadores de la región?

L. R. B.: Yo jamás traté de ser un líder de la investigación en América Latina. Jamás soñé con tener influencia ni luché por tenerla; no se me ocurrió nunca. Jamás pensé que iba a estudiar en Michigan y que voy a trabajar aquí por tal tiempo y voy a decirle al mundo, cómo es que hay que andar en materia de comunicación. Por lo menos en mi caso no ocurrió así. Tuve mucha fortuna al hacer un tipo de trabajo que muchos siguieron.

J. B.: ¿Cuál fue entonces su influencia?

L. R. B.: Son más de treinta años en este oficio y diez años de viajar por toda América Latina. Entonces, sería falsa modestia pretender ignorar esa influencia cuando el propio trabajo lo ponía a uno en esa posición de pionero. La mayor sorpresa es haber tenido una influencia de liderazgo en investigación.

J. B.: ¿Sus trabajos han perdido actualidad?

L. R. B.: Yo tengo poquísimos libros. Pero es emocionante ese tipo de recompensas que te da la vida. Mis trabajos creo que aún se mantienen en uso. “Seguimos usando sus trabajo diez o quince años después”, me relató un colombiano que encontré en México. Esas son indicaciones de influencia que emocionan.

CIESPAL cumplió

Juanito Díaz Bordenave y yo somos sus más antiguos admiradores. Cuando CIESPAL comenzó a capacitar periodistas el director era Jorge Fernández, una persona de prestigio. Inicialmente se traían profesores europeos, norteamericanos, rusos. Yo creo que fui uno de los primeros en decirle a Jorge: “Mira, ya hay gente, buenos periodistas, en América Latina...”. Yo creo, que CIESPAL ha evolucionado con mucha habilidad en distintos campos y en distintos rubros. Comenzó muy concentrado en periodismo y después ensanchó la banda con la comunicación. Cumplió también en la hora de la lucha progresista. La propuesta por la transformación no tuvo a CIESPAL como un testigo pasivo, sino como un ente participativo y protagónico. En los últimos tiempos hubo una gran diversificación con su tarea. Ha tenido un gran impacto con Radio Nedérland, al capacitar profesionales de ese medio tan difundido y también tan abandonado, pues no hay dónde aprender radio que no sea en CIESPAL. También son valiosos sus aportes en el área de la

investigación y la documentación. Ha cumplido y sigue cumpliendo una labor valiosa sobre todo en capacitación, sin la cual la región no sería la misma. Es decir, antes de CIESPAL solo teníamos el ILCE en México, pero esta entidad con toda su labor precursora, dedicada principalmente a los slides, no alcanzó a tomar la proyección que ha tenido CIESPAL en toda América Latina. Su irradiación ha hecho de Quito el principal punto de encuentro de la comunicación latinoamericana. CIESPAL tiene un promisorio futuro.



“Debemos denunciar la estructura deshumanizante y anunciar la estructura humanizante” *

Juçara Brittes¹

Los circuitos académicos registran, para las siglas Políticas Nacionales de Comunicación (PNC), un importante marco político y teórico de comunicación social en el mundo occidental. Usted fue uno de los principales mentalizadores y articuladores de estas, por ello es considerado el “padre de las PNC”. ¿Asume esta paternidad?

* Tomado de *Chasqui Revista Latinoamericana de Comunicación* 105, marzo 2009, 20-31

1 Brasileña, doctora en Ciencias de la Comunicación, docente e investigadora en temas de políticas de comunicación y esferas públicas. Correo electrónico: jubrittes@gmail.com.

Ese generoso apelativo me fue brindado por el distinguido colega José-Marques de Meló en el prólogo del libro que él y usted editaron en 1998² para recoger los documentos del encuentro de Sao Paulo con que tuvieron la fineza de recordar mi trayectoria en la naturaleza precursora de mi aporte a la teorización sobre las PNC. Y, en efecto, gracias a los estimulantes requerimientos que me hizo la Unesco tuve el privilegio de ser el primero que comenzó por plantear una definición, ya que no existía en la literatura internacional consultada, y emprendí la reflexión para formular aquellas nuevas políticas en nuestra región.

Dicha definición, propuesta en 1974 y refinada en 1976, fue: “Una Política Nacional de Comunicación es un conjunto integrado, explícito y duradero de políticas parciales de comunicación armonizadas en un cuerpo coherente de principios y normas dirigidos a guiar la conducta de las instituciones especializadas en el manejo del proceso general de comunicación en un país”.

¿Existen muchas referencias de su contribución que comprueban la importancia no solo teórica sino pragmática de su definición. ¿Nos ayudaría a recordar lo más significativo?

En 1986, el colega español Josep Gifreu diría de ella que fue “una primera definición de políticas de comunicación que haría fortuna...”.

En 1998 el colega venezolano Alejandro Alfonzo haría la siguiente afirmación: “Esta definición tuvo gran resonancia, al punto que en una u otra forma fue acogida en la Declaración de San José, aprobada por los delegados a la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe convo-

2 Se trata del libro Marques de Meló, J. y Brittes, J. (orgs). A trajetória comunicacional de Luis Ramiro Beltrán. UNESCO / UMEESP: Sao Bernardo do Campo, 1998.

cada por la Unesco en Costa Rica en julio de 1976. Por otra parte, es con esta definición que se ha manejado, trabajado, comentado y difundido más, tanto en el sector académico como en el técnico y el profesional, y que ciertamente animó los diseños de políticas de Estado que en el área de la comunicación se realizaron, al menos en Venezuela, Costa Rica y México entre 1976 y 1986...”.

También en 1998 el colega boliviano José Luis Exeni manifestaría esta opinión concordante: “Es en este valioso documento donde se plantean las bases explícitas más sólidas de las Políticas Nacionales de Comunicación...”.

Y, tan recientemente como en 2006, quien fuera el principal protagonista de la conferencia intergubernamental de 1976 en San José, el venezolano Guido Grooscors, hizo en un libro suyo sobre el tema estos señalamientos “...El primer paso consistió en convocar una reunión de expertos en Bogotá. Durante su desarrollo se conocería el documento de trabajo preparado por Luis Ramiro Beltrán, que recoge la primera definición de políticas de comunicación que desde entonces citan todos los interesados en el tema. ...Como dice Oswaldo Capriles, el documento ‘desapareció de la escena’ como consecuencia de la airada reacción opositora de los propietarios de los grandes medios de comunicación y de las instituciones patronales que los agrupan en nuestro continente. A pesar de ello, el pensamiento sobre la materia enunciado en Bogotá tuvo clara y fuerte influencia en los debates y en el histórico pronunciamiento de los Ministros de Información de Latinoamérica y el Caribe.

¿Además de usted, quién más se ha destacado en la construcción teórica de las PNC?

El núcleo principal de la reflexión inicial, en la región, sobre políticas de comunicación como instrumento clave para la democratización de ella fue el Instituto de Investigaciones de la Comunicación

(ININCO) de la Universidad Central de Venezuela, encabezado por el ilustre investigador Antonio Pasquali.

La otra plataforma mayor de debate académico precursor sobre la materia fue promovida y presidida, con diligencia, perseverancia y creatividad, por José Marques de Meló en Brasil.

Entre otros tempranos analistas del tema en la región sobresalieron Elizabeth Fox –mi compañera de trabajo y de ideales– mi entrañable amiga Patricia Anzola y Amparo Cadavid, en Colombia; Ricardo Noseda y Héctor Schmucler, en Argentina; Raquel Salinas y Fernando Reyes Matta, en Chile; Roque Faraone, en Uruguay; Marco Ordoñez, Benjamín Ortiz, Marco Encalada y Andrés León, en Ecuador; Rafael Roncagliolo, Carlos Ortega y Carlos Romero, en Perú; Beatriz Soliz, Fátima Fernández y Joseph Rotta y Javier Esteinou, en México.

¿Qué factores evidenciaron la necesidad de establecer Políticas Nacionales de Comunicación en los países?

Creo que el factor principal fue que los Estados miembros de la Unesco se dieron cuenta, a partir del último tercio de la década de 1960, que prevalecía una suerte de estado de aguda carencia de normas claras y coherentes en materia de comunicación masiva en los países de menor desarrollo nacional. Algunos instrumentos de legislación procuraban regular la conducta de los ciudadanos y el desempeño de periodistas y dueños de diarios, revistas y radioemisoras. Ponían énfasis en la protección de la libertad de prensa, a menudo amenazada por regímenes autoritarios de uno u otro signo ideológico. No obstante, el enfoque de aquello parecía estar primordialmente dirigido a proteger intereses de poderosos círculos privados.

Los gobiernos solo se interesaban por la comunicación como vehículo de propaganda para apuntalar el ejercicio del poder, generalmente por minorías conservadoras. Por otra parte, no tenían la

voluntad de aplicar la comunicación al servicio de sus esfuerzos en pos del desarrollo porque no percibían la importancia crucial de ella para apuntalar sus programas sociales, como los de salud y educación.

Lo que existía, por tanto, eran solamente políticas parciales, coyunturales, poco articuladas y hasta contradictorias entre sí y poco explícitas. Todo ello, me parece, llevaría a los Estados miembros de la Unesco a propiciar la formulación y aplicación de políticas de comunicación de alcance nacional con visión integral y enfoque democrático para subsanar la anomia.

¿Cuál es el contexto histórico en el cual se desarrolla el movimiento de las PNC?

La de 1970 fue considerada la “Década de fuego” en cuanto a la comunicación internacional porque, entre mediados y fines, estalló alrededor de todo el mundo una ácida y tenaz controversia entre los principales países desarrollados y los entonces llamados del Tercer Mundo. La candente confrontación, que tuvo por escenario principal a la sede central de la Unesco en París, giró en torno a una propuesta del Movimiento de los Países No Alineados para forjar un Nuevo Orden Internacional de la Información y a la promoción por parte de la Unesco de la formulación de Políticas Nacionales de Comunicación. En ambos emprendimientos, el pensamiento crítico y renovador sobre comunicación que surgió en Latinoamérica, con ímpetu, tuvo primordial influencia.

La Unesco había propiciado, ya en la década de 1960, la formulación de políticas nacionales para que sus Estados miembros normaran las actividades en los campos de la educación, la ciencia y la cultura. Y en 1970 su Asamblea General le dio el mandato de hacer lo propio en el de la comunicación. En cumplimiento, la Unesco hizo en París, en 1971, una consulta preliminar a un grupo de investigadores

de la comunicación entre los que yo fui invitado por Latinoamérica. Luego, en 1972, realizó también en París y en el mundo entero la Primera Reunión de Expertos sobre Políticas y Planificación de la Comunicación, en la que participé. Puesto que, evidentemente hacían falta, como punto de partida, para el debate, presenté en ambos encuentros breves proposiciones tentativas para la construcción de una definición de la naturaleza de las PNC. Y a fines de 1973, habiendo decidido la Unesco comenzar la tarea por nuestra región, me encomendó, en calidad de consultor en su sede central, preparar el documento básico para la Primera Reunión de Expertos sobre Políticas Nacionales de Comunicación que había resuelto llevar a cabo en 1974 en Bogotá. Produje así, en cien párrafos, una detallada propuesta conceptual y operativa dirigida a servir de plataforma para la reflexión.

En julio de ese año, 17 invitados de la Unesco y siete observadores provenientes de 14 países de Latinoamérica y el Caribe acudieron a la cita. Se tomó en cuenta el documento básico y en concordancia con la definición inicialmente planteada, ellos tuvieron una deliberación sustancial y creativa, y lograron arribar al consenso necesario para formular en detalle, en cumplimiento del encargo específico que les hizo la Unesco, la agenda para la Primera Conferencia Inter-gubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe que ella había previsto realizaren 1975.

Esa reunión tuvo muchos percances...

Tan pronto como la Unesco hizo público el excelente informe final de la reunión de Bogotá, la Asociación Interamericana de Radiodifusión (AIR) y la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) lo repudiaron públicamente, con aspereza, por considerarlo atentatorio contra la libertad de prensa y dirigido “a servir las aspiraciones de fascistas y marxistas”. Y anunciaron, por su cadena continental de múltiples medios, su decisión de oponerse resueltamente a la con-

ferencia intergubernamental. En efecto, persuadieron a autoridades políticas de Argentina, Perú y Ecuador de que no brindaran sede a ella. La Unesco tuvo entonces que postergar tal encuentro hasta que le dio franca y firme acogida el Gobierno de Costa Rica, el país de la región más cercano a la práctica de los ideales democráticos. Fue así que la SIP y la AIR no lograron impedir la realización de la conferencia en San José. Sí lograron, en cambio, provocar la renuncia de la ministra de Cultura de Costa Rica, Carmen Naranjo, acusándola de haber sido patrocinadora de la reunión. Luego, ejerciendo dura presión sobre la Unesco, pudieron inducirla a que no usara el informe de la reunión de expertos de Bogotá como base para las deliberaciones de los Ministros de Información, así como a que quitara la responsabilidad organizativa a los funcionarios de su central que habían armado y conducido la reunión en Colombia y, por supuesto, que no invitara entre los observadores a la intergubernamental a quienes participaron de aquella.

Clara y públicamente respaldada por el socialdemócrata presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, y hábilmente liderada por su ministro de Información, Guido Groscors, la conferencia intergubernamental se llevó a cabo exitosamente en San José, en julio de 1976, pese al acoso público que contra ella desataron allá con intemperancia la AIR y la SIP. Con el sustento de sus deliberaciones, pero estrechamente en el pensamiento de los expertos de la reunión de Bogotá del 74, los Ministros de Información formularon una importante declaración y aprobaron un amplio conjunto de resoluciones instrumentales al propósito de contribuir normativamente a democratizar la comunicación en la región, por medio de políticas nacionales de cada país. Acordaron que cada uno de ellos tendría que formular la suya, constituyendo un Consejo Nacional pluralista representativo de periodistas y otros comunicadores, de propietarios de los medios de comunicación y de funcionarios gubernamentales pertinentes. Y propusieron asignar al Estado, no la conducción pro-

tagónica del proceso sino la responsabilidad de apoyo a la aplicación de las políticas y, si resultara necesaria, la función de arbitraje.

¿Las resoluciones fueron aplicadas?

Infelizmente, pero no sorprendentemente, no lograron materializarse en ninguno de los países que participaron de dicho encuentro, con la única excepción de aquella que dispuso establecer dos modestas agencias regionales de noticias: ASIN, que nacería en México, y ALASEI, que lo haría en Panamá; fueron organizadas y puestas en operación gracias al denodado esfuerzo del colega argentino José María Pasquini y del colega peruano Germán Carnero, que contaron con el valioso apoyo del colega italiano Roberto Savio, director de la Agencia Interpress.

Solamente en dos de aquellos países se registraron intentos sustantivos de poner en práctica, integralmente, lo que los Ministros de Información habían aprobado, pública y solemnemente, en San José de Costa Rica en 1976. Uno fue el de Venezuela, el país líder, académica y políticamente, del movimiento pro políticas nacionales de comunicación y el otro fue México. Infelizmente, ambos intentos irían a fracasar principalmente por la misma razón: la extrema presión inhibitoria que ejercieron sobre los respectivos gobiernos los miembros de la AIR y de la SIP.

Poco después de la conferencia intergubernamental realizada en San José de Costa Rica, Guido Groscors emprendió las actividades necesarias para dar la más pronta y cabal aplicación a las determinaciones adoptadas. Comenzó por plantear la propuesta para establecer el Consejo Nacional de Políticas de Comunicación previsto como el órgano asociativo pluralista que conduciría el proceso de formulación de la respectiva política nacional del ramo. La reacción de las agrupaciones patronales de comunicación masiva contra tal propuesta fue tan beligerante, intensa y estentórea que logró sin

mayor demora impedir su consideración por las autoridades estatales legislativas y ejecutivas, frustrando de raíz a tal proyecto de implementación. Aún más, provocaron el alejamiento de Grooscors de sus funciones en el gabinete. En vista de que no estaba lejana la fecha de una elección nacional general, el propio partido de gobierno al que él pertenecía halló necesario evitar la confrontación con aquellos poderosos intereses. El Ministro pasaría pronto a ser embajador en Colombia, con lo que la causa de las PNC fue privada de su principal promotor. Y así todo iría a quedar como estaba en el propio país que encabezara dicho movimiento de cambio normativo.

Cerca de fines de la década del 70 tuvo lugar en México el segundo y el mayor intento de organización para la formulación de la respectiva política nacional de comunicación. Sin terciar en público debate sobre el tema, organizado por el Secretario de Información de la Presidencia de la República, se trazó con minucioso detalle los lineamientos para tal política y se diseñó un plan operativo para ponerla en práctica. Cuando ese empeño estaba cercano a su culminación, una filtración de información a un diario proporcionó a las agrupaciones continentales de comunicación la oportunidad para denunciar acremente como una actividad contraria a la libertad de prensa y provocar su cancelación. En efecto, el indicado alto funcionario de Estado fue súbitamente removido de su cargo, la documentación producida fue descartada y el proyecto fue clausurado, sin anuncio ni explicación, con la complacencia de sus ardorosos y muy influyentes antagonistas.

Otros factores coetáneos contribuyeron también a mantener la situación de la comunicación en statu quo. Uno de ellos fue el que la Unesco se viera impedida de proporcionar apoyo alguno a esfuerzos de los países para propiciar las Políticas Nacionales de Comunicación porque, a mediados y fines de la década del 70, fue el escenario principal de una encendida controversia mundial por una propuesta del Movimiento de los Países No Alineados para forjar un

Nuevo Orden Internacional de la Información (NOMIC), que también fue objeto de frontal oposición por los mismos intereses político-empresariales, militantemente opuestos al cambio. A tal grado llegó esto que, pese al entendimiento transaccional que la Unesco lograría finalmente en 1980, con el concurso de la Comisión McBride que creó, cayó en una crisis tan honda, grave y fragorosa que desembocó en la sustitución de su director general, el africano Amadou Mahtar M'Bow y, algo después, inclusive en el retiro de los Estados Unidos de América y de Inglaterra de dicho organismo internacional.

Genocidas dictaduras militares conservadoras asolaron, a lo largo de la década del 70 y hasta el primer tercio de la del 80, a algunos países de la región, principalmente a los del Cono Sur. Esta dura realidad política contribuyó también a desfavorecer la implantación de las PNC, porque tales regímenes –enemigos, ellos sí, de la libertad de información– no iban a interesarse por implantar políticas democráticas sobre ella y, por otra parte, porque si lo hacían había el riesgo de que, deformando su espíritu, más bien las orientaran hacia el control autoritario de los medios de comunicación.

Y el tercer factor del caso fue la indiferencia ante el empeño preva-
leciente entre las organizaciones constitutivas de la sociedad civil, tales como federaciones de maestros, asociaciones de universitarios, agrupaciones sindicales de obreros y de campesinos, colegios de profesionales y las propias uniones de periodistas. Tampoco fue el tema acogido por los partidos políticos. Y ni tan siquiera catedráticos y estudiantes de las varias facultades de Comunicación mostraron, en la mayoría de los casos, interés por comprometerse en apoyar la lucha por la causa de las políticas. La única entidad clave de la sociedad que se identificó activamente con la lucha fue la Iglesia católica, motivada por sus excelentes agrupaciones regionales de comunicadores.

Así, la inquietud quedó confinada a un limitado conjunto de investigadores de la comunicación que continuarían, si bien, decrecientemente, reflexionando sobre la materia e insistiendo en la necesidad de las políticas. Pero, por no constituir ellos un movimiento orgánico formal y estable, no lograron que su preocupación llegara más allá de determinados círculos del ámbito académico y de algunos organismos internacionales de su campo, como el CIESPAL, el ILET y el Intercom.

¿Cuál es la situación de América Latina, en términos de PNC, en la era de la Sociedad de la Información, de la globalización y del neoliberalismo?

Considero que lejos de mejorar, respecto de la que prevalecía en la década del 70, la situación de la comunicación en Latinoamérica ha empeorado muchísimo actualmente, debido al influjo de la moderna tecnología de información, propia de la era globalizadora y neoliberal. Cuando menos desde mediados de la década de 1980, esa tecnología viene siendo utilizada casi exclusivamente para expandir, profundizar y consolidar bajo el predominio del mercado la dependencia externa y la dominación interna.

Consortios transnacionales, principalmente estadounidenses, tienen hoy un incontrastable dominio del flujo noticioso, del negocio publicitario y de los programas de televisión. Y la “brecha digital” entre los países desarrollados y los países en vías de desarrollo es abismal, puesto que las diferencias en el acceso a los recursos de la telemática son ahora inmensas. Ya desde el comienzo de la presente década, el 90 por ciento de la producción de bienes y servicios informáticos está en manos de los Estados Unidos, de la Unión Europea y del Japón. Del total de 550 millones de aparatos de computación existentes entonces en el mundo, un poco más de la mitad estaba en los Estados Unidos, Japón, Alemania y Francia. Y del total mundial de internautas, el 57 por ciento se hallaba en los Esta-

dos Unidos, mientras que solo el uno por ciento estaba en Latinoamérica. En promedio, en los países desarrollados, el 30 por ciento de la población tiene acceso a la computación, en tanto que en los países en vías de desarrollo, únicamente el dos por ciento lo tiene. En América Latina ese indicador apenas se acerca al 10 por ciento. Del total de 97 millones de habitantes de México, 81 millones no manejan la computadora, y conforman alrededor del 84 por ciento de analfabetismo informático. Hay en dichos países 70 computadoras por cada 1.000 habitantes, mientras que en los Estados Unidos hay prácticamente 600 por cada millar. Y en Bolivia, para dar solo otro ejemplo más, apenas muy poco más del tres por ciento de su población, cercana a los 10 millones de habitantes, tiene acceso a internet y tanto como dos tercios de ese total de usuarios son jóvenes urbanos de las clases alta y media.

La tendencia de la concentración de la propiedad de los medios de comunicación parece acentuarse, ¿usted qué opina?

La concentración de la propiedad de los medios de comunicación masiva en pocas manos se ha acentuado en Latinoamérica en elevada proporción, tanto en lo transnacional como en lo nacional. En efecto, en 2004 un estudio del Instituto Prensa y Sociedad halló un alto grado de concentración en la estructura de las industrias culturales y de telecomunicación. Verificó que en cada mercado nacional las cuatro firmas principales dominan, en promedio, algo más del 60 por ciento del público y de la facturación. Y puso en evidencia que en varios de los países los grupos económicos más poderosos controlan las empresas de comunicación y que ello conduce a la formación de conglomerados de múltiples medios. Por otra parte, los gobiernos de la región han venido favoreciendo crecientemente la inversión privada, inclusive en los sectores de la comunicación, usualmente tenidos por estratégicos, como la televisión, la radio y las telecomunicaciones. Y, en vez de propiciar la instauración de políticas públicas democratizantes de la comunicación y, como

tales, potenciadoras de la participación del pueblo en el proceso de comunicación, no pocos de dichos regímenes están inclusive impulsando la ultraliberal desregulación –preferentemente por medio de decretos, no por leyes– que beneficia a los sectores, internos y externos, que consideran que la mejor política de comunicación es, si posible, ninguna... o aquellas que, reformuladas a conveniencia de sus intereses, contribuyan a mantener intacta su hegemonía en nombre del “libre flujo de la información”.



BOGOTÁ, 1970. Beltrán explicando un esquema de organización cuando iniciaba funciones como Representante del IICA en Colombia y Director del Centro Interamericano de Desarrollo Rural y Reforma Agraria.

Lo que he anotado hasta aquí sobre la situación viene contribuyendo fuertemente a forjar, mediante la comunicación mundializada, una cultura masiva y transnacional. Ello tiende a ocurrir, *desfisonomizando* a las diversas identidades de las numerosas culturas propias de Latinoamérica y desplazando así el sentido de nacionalidad a beneficio de la anodina homogeneidad universal en que el mercado impera y prospera mientras languidece el Estado.

Hallo sorprendente y deplorable que semejante conducta se dé por igual en los regímenes conservadores, que son la mayoría en la región, que en aquellos pocos que, hallándose identificados con el socialismo democrático, se consideran progresistas en el sentido de comprometidos con forjar el cambio estructural de la arcaica sociedad para lograr el desarrollo verdaderamente democrático que haga justicia al pueblo. Que yo sepa, hasta el momento ninguno de ellos: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Uruguay y Nicaragua, han resuelto propugnar, por entendimiento consensual y legal con personeros de la sociedad civil, el establecimiento de una integral Política Nacional de Comunicación que apuntale el cumplimiento de aquella aspiración.

En Argentina, a mediados del gobierno del presidente Kirchner, el colega Washington Uranga señaló que si no se había logrado avanzar en materia de legislación innovadora sobre comunicación era porque no existía la voluntad política para provocar el cambio, ya que se prefería mantener la estructura para evitar enfrentamientos con los intereses económicos que dominan los medios. Concordantemente, el colega Guillermo Mastrini anotó que desde el principio era claro que tal gobierno no solo no se proponía revisar las medidas neoliberales de sus antecesores, sino que había tomado disposiciones contribuyentes a consolidar el statu quo comunicacional. Añadió que había, pues, “mucho ruido y pocas leyes”.

En Brasil, José Marques de Melo afirmó que, si bien se habían logrado garantías constitucionales para hacer comunicación democrática

tica, no se habían desarrollado instrumentos legales para aplicar los principios que las fundamentan. Venicio de Lima denunció que, de manera creciente, la formulación de políticas en el sector de comunicaciones tiende a dislocarse del control del Estado hacia los grandes conglomerados transnacionales. Andre Barbosa Filho y Cosette Castro criticaron por incongruente y anacrónica a la legislación sobre telecomunicaciones y radiodifusión y mostraron que la intención de formular una normativa de comunicación integral y adecuada fue frustrada por numerosos obstáculos. Concluyeron su análisis advirtiendo que, frente a un mercado sin reglas o con reglas dispares y ajenas a lo equitativo, el nuevo orden tecnológico imperante actuaría en el país como un tsunami. Y, en efecto, unas propuestas renovadoras que hizo el gobierno del presidente Lula, para contar con leyes para el campo audiovisual y crear un Consejo Nacional de Periodismo, fueron abortadas por la fuerte presión de los medios de comunicación.

Y observaciones semejantes a estas fueron también planteadas, en el caso de Chile, por Lucía Castellón Aguayo, Víctor Silva Echeto y María Inés de Torres y, en el caso de Uruguay, por Gabriel Kaplún, Roque Faraone y Gerardo Albistur.

Debo señalar que otro fenómeno importante de la situación actual es la proliferación de radios comunitarias a lo largo de la región. Son pequeñas emisoras independientes, ni comerciales ni estatales, que están financiadas y operadas, especialmente en el ámbito rural, por grupos de voluntarios que, por lo general, no son profesionales de comunicación, para prestar servicios desinteresados a sus conciudadanos. Ahora más que nunca, debido a la disponibilidad de nuevas tecnologías de emisión a bajo costo, la radio es el medio de comunicación masiva al que más acceso tiene el pueblo, no solo en términos de audición de mensajes, sino en los de la producción. Las radios comunitarias constituyen la voz de los sin voz, de los pobres, marginados y, a menudo, oprimidos y explotados, también.

Conscientes de aquello, las minorías gobernantes se empeñan en acallar a las radios comunitarias porque, al ser contestatarias, las consideran necesariamente subversivas. Lo hacen principalmente asegurándose de que la legislación sobre comunicación no permita la instalación y operación de emisoras de ese tipo. O sea, la política vigente de facto es la de prohibir la operación de esas radios que, en su mayoría carentes de licencia estatal para operar, se ven obligadas a hacerlo ilegalmente. Entra entonces en escena la represión –confesa o subrepticia– que no pocos gobiernos desatan contra las comunitarias por cuenta propia y cediendo a la presión de requerimientos del sector radiofónico privado y mercantil.

¿Sería posible tener evidencias de la represión de los empresarios de este sector; así como de grupos de gobierno en relación con las iniciativas de democratización de la comunicación en las radios comunitarias?

Unos cuantos de los casos más recientes de represión dan ejemplos del problema:

- En 2005, en Chile el órgano estatal regulador de las telecomunicaciones, Subtel, se valió de la fuerza policial para dismantelar algunas de las 200 emisoras comunitarias de ese país.
- En el Brasil de Lula –según lo informó el colega Alfonso Gumucio– es frecuente que la Agencia Nacional de Telecomunicaciones clausure radios comunitarias apelando a la fuerza policial que daña instalaciones, secuestra equipos y aprisiona a directores y operadores de esas estaciones. Entre 2006 y 2007 solo Río de Janeiro y Sao Paulo cuando menos medio centenar de tales emisoras fueron cerradas con violencia. Un caso notorio en la primera de dichas ciudades fue el de Radio Novo Ar, en el suburbio de Sao Gonzalo,

en donde la Policía se llevó los equipos y la clausuraron. Y en la mayor favela de Sao Paulo 65 policías federales, mediante la Operación Corsario, asaltaron las instalaciones de Radio Heliópolis y causaron destrozos al clausurarla. A fines de 2006, alrededor de 13.500 emisoras comunitarias de todo el país seguían gestionando en vano ante el gobierno central que les otorgara licencia para operar, en tanto que alrededor de dos tercios de los parlamentarios disfrutaban de licencias de radio y televisión. Y, por otra parte, cuando el gobierno tolera la actividad de algunas de dichas emisoras, restringe severamente su alcance al no permitirles más que la ínfima potencia de 25 watts.

- En 2006, fiscales y policías tomaron por asalto las oficinas del Consejo Guatemalteco de Comunicación Comunitaria y secuestraron computadoras y documentos.
- En marzo de 2007, el Ministerio de Comunicaciones de Colombia impuso medidas de censura a las radios comunitarias al prohibirles incluir en su programación expresiones de candidatos, debates políticos y propaganda electoral para comicios que tenía lugar entonces. Lo hizo contraviniendo la legislación vigente que reconoce a dichas emisoras la libertad de expresión, especialmente en cuanto a promoción de la democracia, a la participación popular en el manejo de la cosa pública y al logro de la convivencia pacífica.
- En marzo de 2008, en Sonora, México, periodistas de la emisora comunitaria Radiobemba FM fueron asignados a cubrir en un amplio parque el desalojo policial de ciudadanos que se oponían a la tala de árboles para la construcción de un centro empresarial-cultural. La policía municipal fue ruda con tres reporteros y violenta en el caso de una reportera a quien golpearon y despojaron del teléfono celular con que transmitía la información. Impidió la cobertura.

- Y a mediados del presente año, el grupo paramilitar colombiano “Águilas Negras” se valió de internet, soez y reiterativamente, para amenazar de muerte al sacerdote director de la radio comunitaria Ecos de Tiquisio, y a miembros y dirigentes de organizaciones sociales del sur del departamento Bolívar, tildándolos de anarquistas, guerrilleros y bandidos.

¿Existen ejemplos positivos, posiciones en defensa de esos movimientos comunitarios?

Que yo sepa, solo hay en Latinoamérica dos casos de excepción en pro del reconocimiento del derecho de las radios comunitarias a operar.

El primero en Bolivia, donde se consiguió, en 1999, el otorgamiento de frecuencias a las primeras 17 emisoras reconocidas como comunitarias. En 2004, por diálogo conciliatorio en 20 sesiones entre la Dirección General de Telecomunicaciones y agrupaciones de radios comunitarias, se logró la emisión de un decreto que les dio el reconocimiento legal y las habilitó para contar con licencias y frecuencias. Pero el decreto reglamentario, necesario para hacer efectiva la aplicación de dicha determinación, solo pudo ser conseguido, por nuevas negociaciones, en 2004. Sorpresivamente, sin embargo, en 2007 un nuevo decreto general sobre “telecomunicaciones rurales” desvirtuó y debilitó a lo dispuesto en el anterior, en varios aspectos, con limitaciones y cortapisas al funcionamiento de las radios comunitarias. El gestor y promotor principal de esas valiosas realizaciones, ahora malogradas, fue el director del Servicio de Radiodifusión para el Desarrollo de la Universidad Católica, José Luis Aguirre, que era, a la vez, el representante en Bolivia de la Asociación Mundial de Radios Comunitarias (Amarc).

En cambio, en Uruguay –país en el que no había políticas propicias a la democratización de la comunicación, no solo durante el largo

período de dictaduras militares, sino aún en los primeros años de la restauración del gobierno democrático— se logró finalmente en el 2007—por prolongadas y difíciles reuniones promovidas por varias organizaciones sociales, con apoyo de la Amarc, en pos de un acuerdo con todos los interesados— que la Cámara de Diputados aprobara una completa y excelente Ley de Radiodifusión Comunitaria, que puso fin a la dura oposición que los radiodifusores comerciales habían ejercido.

Constituyen la Amarc como socias 3.500 radioemisoras comunitarias en 118 países de todo mundo. Ellas tienen como bases a sus asociaciones nacionales que, a su vez, se agrupan en regionales, como la muy activa y destacada de América Latina. Nacida en Montreal, Canadá, Amarc celebró, al cabo de nueve reuniones en todo el mundo, el 25 aniversario de su creación con un encuentro en Colombia en febrero de 2008. Sus participantes emitieron una Declaración que tiene por base a un conjunto de 14 principios para una legislación democrática sobre radiodifusión comunitaria. Se subraya, en el documento, un llamado al reconocimiento por el Sistema Interamericano de Derechos Humanos de dichos principios como un enunciado modelo del derecho a la comunicación y a la libertad de expresión en América Latina y el Caribe. Tal planteamiento bien pudiera probarse un día como un aporte instrumental para la formulación de las integrales Políticas Nacionales de Comunicación.

Las nuevas tecnologías, en la época de la televisión como expresión de mayor avance, serían utilizadas como instrumentos para democratizar el conocimiento y por consiguiente promover el desarrollo. El proyecto no se ha concretado. ¿La dificultad estaría en la naturaleza de la tecnología? ¿La tecnología encerraría posibilidades emancipatorias?

La afirmación de usted es evidentemente correcta. La insurgencia de la “Sociedad de la Información”, a mediados de la década de 1970,

fue proclamada como el mecanismo providencial para que nuestros países superaran la gravísima crisis económica que fueron puestos a padecer al despuntar la era neoliberal y globalizadora, y alcanzaran así el anunciado desarrollo. Más aún, las redes de internet, de radio y televisión digital y de telefonía móvil fueron tenidas por infaliblemente promisorias de la democratización de la comunicación entre nosotros. Pero, excepto por la ampliación del acceso a la televisión y a la radio comerciales, nada de aquello ha ocurrido.

Más bien, lejos de que el desarrollo fuera logrado, el subdesarrollo se ha agudizado más y ha exacerbado los niveles de pobreza. Según la Cepal, la gran mayoría de los hogares de nuestra región no tiene ingresos como para acceder al nivel mínimo del consumo de masas.

En cuanto a la democracia, tan ineficaz e injusto ha sido el desempeño de los gobiernos latinoamericanos en cuanto al respeto a los derechos y a la atención de las necesidades de las mayorías postergadas que, según indagaciones de las que informa el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas, cerca de la mitad de la población prefiere que haya desarrollo económico, aun sin democracia. Creo que ello ocurre porque ha perdido la fe en ella. Es que esta, como ya le decía antes, no solo que no ha logrado implantar la equidad en la economía, sino que ha contribuido a agrandar más la brecha entre los pocos ricos y los muchos pobres.

Y respecto de la comunicación y la cultura, muy lejos de haberse logrado acceso, no digo universal, sino siquiera sustantivo a los nuevos medios, la mayoría de nuestra población está más bien excluida no solo de los sistemas informáticos, debido a la miseria a que está sometida. Baste con tener como indicativo de ello lo que en su estudio, encontraron nuestros colegas Becerra y Mastrini: que, en promedio anual, un ciudadano latinoamericano compra un diario solo en diez ocasiones, asiste menos de una vez al cine, adquiere menos de un libro y compra en el comercio legal medio disco compacto. Que, en cambio, tenga hoy considerable acceso a la televisión

no es –a mi modo de ver– consuelo válido, pues se trata del medio no solo más trivial, sensacionalista y a veces hasta indecoroso, sino también del más alienante, desinteresado en el pueblo raso y ajeno a la promoción del desarrollo democrático, especialmente, en materia de educación y cultura.

El problema de la tecnología de la Sociedad de la Información no es intrínseco, sino que está en el uso que de ella se hace; es decir, radica en quién la usa, para qué y cómo. Y es evidente que en Latinoamérica sus principales poseedores y usuarios son las minorías gobernantes, que se valen de ella para preservar la dominación interna y robustecer y expandir la dependencia externa. Mientras ello siga siendo así, mal puede tener aptitud emancipatoria. Y de allí que sea necesario cambiar la situación al propiciar la regulación de dicha tecnología mediante integrales y democráticas políticas nacionales de comunicación, formuladas por un diálogo pluralista y consensual, y aplicadas mediante instrumentos y procedimientos legales.

A la luz de lo descrito, ¿considera necesario y posible el establecimiento de nuevas PNC en nuestros países?

Sin duda, considero dicha instauración mucho más necesaria que nunca antes porque esa situación es más compleja, más abarcadora y más grave que la que prevaleció en los años 70. Me place compartir esta convicción con compañeros de mi generación rebelde como Antonio Pasquali, José Marques de Meló y Guido Grooscors. Y me alienta comprobar que ahora aquella es abrazada también por algunos miembros de la nueva generación de estudiosos de la comunicación en mi región, según lo muestran unos cuantos casos salientes.

Valerio Cruz Brittos (Brasil) sostiene que hoy más que antes viene a ser fundamental la adopción de políticas de comunicación nacionales, regionales y globales. Coincide con él José Luis Exeni (Bolivia) al señalar que dichas políticas siguen siendo, incluso más que en su surgimiento hace tres décadas, un ideal deseable, necesario e

irrenunciable. Luis Albornoz (Argentina) afirma que es imperiosa la necesidad que tienen los países de contar con políticas públicas, nacionales e internacionales, para democratizar la información, la cultura y la comunicación.

Migdalia Pineda de Alcázar (Venezuela) acota que un proceso de democratización de la comunicación, en el contexto actual de globalización, requerirá la enunciación de políticas de comunicación, de cultura y de educación.

Martín Becerra y Guillermo Mastrini de Agustina estiman necesario repensar las viejas propuestas que instaban a definir políticas de comunicación y cultura. Concuera con ello Andrés Cañizales (Venezuela), al señalar la conveniencia de que las políticas consideren la diversidad de componentes de cada cultura nacional. Y Octavio Getino (Argentina) sugiere que las nuevas políticas debieran darse en los ámbitos educativo, infocomunicacional e industrial tecnológico, articulándolos en los niveles internacional, nacional, regional y local.

Me parece lógico que las políticas que ahora se recomienda implantar tiendan a conservar el espíritu democratizante, justiciero y contestatario de las que fueron propuestas en 1970, pero es obvio que deberán cobrar nuevas formas y definir alcances apropiados a las diferentes realidades de hoy. En línea con este razonamiento, se han dado ya, cuando menos desde fines de los años 90, algunos planteamientos renovadores importantes.

Luego de hacer algunas apreciaciones críticas sobre aquellas políticas que propiciara la Unesco, Jesús Martín-Barbero abogó porque las que se necesitan tomen en cuenta la diversidad cultural que caracteriza a cada una de nuestras naciones, así como la construcción del espectro cultural de nuestra región. Y destacó la conveniencia de que las políticas no se conciban meramente como referentes a tecnologías de información y a medios de comunicación, sino que

formen parte de políticas culturales, tanto en el ámbito público como en el privado de la sociedad civil.

Sin descartar la esencia de las políticas originalmente propuestas a nivel multigubernamental en Costa Rica, en 1976, pero actualizando, ampliando y refinando su enfoque pluralista y participativo, José Luis Exeni propuso forjar Políticas Públicas para la Comunicación Pública (PPCP). Expuso pormenorizada y ampliamente este concepto innovador y planteó siete valiosas consideraciones procedimentales para que las políticas de comunicación vuelvan a ser objeto de investigación, materia de enseñanza, motivo de preocupación ciudadana y objeto de decisión pública.

Y, para consignar solo un ejemplo más de la actual reflexión sobre el tema en nuestra región, anoto que Martín Becerra entiende pragmáticamente por políticas de información y comunicación a las estrategias y prácticas de ordenamiento, regulación, gestión, financiamiento y formulación de planes y perspectivas relativas a las actividades infocomunicacionales.

¿Cómo ve la tendencia de aniquilar los propósitos de compartir la información y el conocimiento que parecen generar las TIC y el surgimiento de nuevas utopías sociales, en expresión de Armand Mattelart, para denominar, las cuestiones de diversidad cultural?

Al cabo de un cuarto de siglo de que la Asamblea General de la Unesco aprobó el histórico Informe MacBride que recogió y validó los planteamientos del Tercer Mundo sobre el cambio necesario en materia de comunicación, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) volvió a propiciar debates sobre políticas internacionales de información y comunicación al patrocinar la Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información, que constó de dos períodos de sesiones: uno en Ginebra en diciembre de 2003 y el otro en Túnez, en noviembre de 2005. Al primero, además de delegados gubernamentales y

de personeros del sector comercial privado, concurrieron algo más de 3.000 miembros de cerca de 500 organismos no gubernamentales representativos de la sociedad civil. Pese a esto, la Declaración de Principios y el Plan de Acción que el encuentro produjo proclamaron únicamente la voluntad de dar mayor difusión a las nuevas tecnologías, intensificando la inversión del sector privado. En cambio, al mismo tiempo, la Sociedad Civil emitió una declaración que demanda de la Sociedad de la Información satisfacer las necesidades humanas y no meramente los intereses mercantiles de expansión de infraestructura informativa.

En junio de 2005 se realizó en Brasil la Conferencia Regional Ministerial de América Latina y el Caribe, donde culminó el período preparatorio para participar en el segundo período de la Cumbre de la Sociedad de la Información, que emitió el Compromiso de Río de Janeiro. Significativamente incluye una propuesta de formulación de políticas públicas, específicamente dirigidas a democratizar el manejo de internet, que actualmente efectúa por su exclusiva cuenta la corporación estadounidense sin fines de lucro conocida por su sigla Ican.

En ese segundo período de la ya mencionada Cumbre, que se llevó a cabo en Túnez, el debate controversial desembocó en una prórroga de un quinquenio para el funcionamiento de la Ican. Y, paralelamente, se estableció el Foro de Gobierno del internet, organismo internacional a ser integrado por representantes de empresas comerciales del ramo, de organismos no gubernamentales e intergubernamentales. Por lo demás, el Programa de Acción de Túnez soslayó la consideración de los problemas y requerimientos expresados por los organismos no gubernamentales, y confirió a los gubernamentales papeles accesorios en cuanto a la expansión de las tecnologías de información y comunicación. Marcó así la prevalencia de la dominación externa global favorable al interés mercantil y a la preservación del statu quo.

Creo que, pese a esos resultados poco satisfactorios, la importancia de las tres reuniones que acabo de mencionar no debe pasar inadvertida para quienes aspiramos a lograr políticas democratizantes, puesto que el solo hecho de que la ONU haya reabierto el debate internacional sobre información y comunicación, incluyendo a las políticas para ello, constituye un avance.

Algo semejante podemos decir de la Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural, emitida en noviembre de 2001 por la propia Unesco que, al definir un año antes lo que entiende por tal diversidad, afirmó que únicamente contando con políticas culturales apropiadas sería posible asegurar la protección de la diversidad cultural creativa contra los riesgos de una cultura única homogeneizada.

En el articulado de la declaración hay muy pocos enunciados correspondientes a la información y a la comunicación en relación con la diversidad cultural. Uno de ellos es que dichas políticas deben crear condiciones propicias para la producción y difusión de bienes y servicios culturales, diversificados por medio de industrias culturales estables y de amplio alcance. Y otro es que los medios tradicionales de comunicación masiva deben tener una actitud pluralista que contribuya a preservar la diversidad cultural, dando paso por igual en su ámbito de cobertura a todas las culturas. Son abundantes, en cambio, en la declaración, enunciados correspondientes al empleo de las modernas tecnologías de información y de telecomunicación en relación con dicha diversidad.

Los Estados miembro no hallaron apropiada esa declaración para contribuir a contrarrestar eficazmente los riesgos a que se halla expuesta la diversidad cultural en el mundo globalizado de hoy. Insistieron, por tanto, ante la Unesco para que, complementariamente, propiciara la conformación de un instrumento normativo de naturaleza obligatoria. Lo consiguieron en la 33a. Conferencia General de la Unesco que aprobó en París, en 2005, por amplia mayoría de

votos, la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales. Ella da reconocimiento legal al derecho de los Estados miembros a instaurar disposiciones reglamentarias y financieras que protejan, en la jurisdicción nacional y en el ámbito internacional, la diversidad de las manifestaciones culturales, particularmente cuando se hallen en situaciones de peligro.

Por último, no debiéramos desconocer la significación de la reciente constitución a escala m le mundo entero de coaliciones en pro de la defensa de la diversidad cultural, formadas por agrupaciones de redes de actores y promotores de la cultura. Existen alrededor de 30 coaliciones, incluidas en Latinoamérica: las de México, Colombia, Perú, Chile, Argentina y Uruguay. Las coordina el Comité de Enlace Internacional de Coaliciones para la Diversidad Cultural y ya dieron contribuciones y apoyo a la formulación de los planteamientos de la sociedad civil ante la Unesco para la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales.

Todo lo reseñado pone en evidencia el hecho de que últimamente ha renacido considerablemente, en la esfera internacional y en la nacional, la conciencia de que hay que retomar el impulso de instaurar políticas de información y comunicación en el encuadre de la cultura. Hemos visto, en efecto, que hay en Latinoamérica la voluntad para ello y la capacidad reflexiva, tanto en plan individual como en esfuerzo colectivo. Se dan ahora a nivel internacional ocasiones de debate constructivo, ya no solo entre organismos no gubernamentales, sino en instancias gubernamentales nacionales e internacionales. Y, en algún grado así como en distintas formas, las Naciones Unidas, incluyendo a la Unesco, han vuelto a asumir su responsabilidad en materia de promoción de políticas de información, comunicación y cultura. Contamos ahora con una atmósfera y con varias plataformas para volver, de lleno y sin pausa, a la lucha por los ideales abrazados a partir de la década del 70.

¿Cuál es su evaluación de la tarea que tienen las generaciones futuras, en la continuación de estos esfuerzos? ¿Los avances alcanzados sugieren una lucha menos ardua?

Me parece que todo ello es reconfortante, pero no debe inducir a nadie a suponer que la tarea a emprenderse, en definitiva, sea en modo alguno simple y pueda resultar fructífera a corto plazo.

Al contrario, en la era de la Sociedad de Información el poderío mundial que se opone al cambio justiciero es de magnitud descomunal y, sin duda, ha de anticiparse de él; resistencia enorme, acerrada y tenaz a la instauración de nuevas políticas para democratizar la información, la comunicación y la cultura. Por tanto, el desafío que enfrentan los proponentes del cambio es mayúsculo y solo una sólida, amplia y sostenida unión entre ellos puede habilitarlos para entrar en acción con expectativas de buen suceso.

Forjar tal alianza renovadora es algo que está al alcance de Latinoamérica, mucho más que en los casos de las otras grandes regiones del mundo en vías de desarrollo. En efecto, existen en ella importantes y dinámicas agrupaciones profesionales de comunicación como Felafacs que cuenta con algo más de 1.000 facultades afiliadas; Alaic, que conjuga a los investigadores del ramo; el Secretariado Conjunto de las Organizaciones Católicas de Comunicación; la Felap, de los periodistas; la rama regional de la Asociación Mundial de Radios Comunitarias (Amarc) y la ALER de los radialistas educativos. Igualmente están en la escena prestigiosas entidades internacionales como el CIESPAL (Ecuador), Intercom (Brasil), el Instituto Prensa y Sociedad (Perú), y nacionales como el Ininco de la Universidad Central de Venezuela y el Instituto de Investigaciones de la UNAM de México.

Hay, pues, en nuestra parte del mundo una base institucional de excepcional calidad e influencia. Pero, puesto que obviamente ninguna de esas organizaciones puede asumir el gran reto por sí sola,

es indispensable y urgente que todas ellas conjuguen sus recursos humanos y materiales, mediante un Comité Permanente de Coordinación Internacional, encargado de diseñar y ejecutar un Programa Cooperativo Regional de Promoción de Políticas para Democratizar la Comunicación.

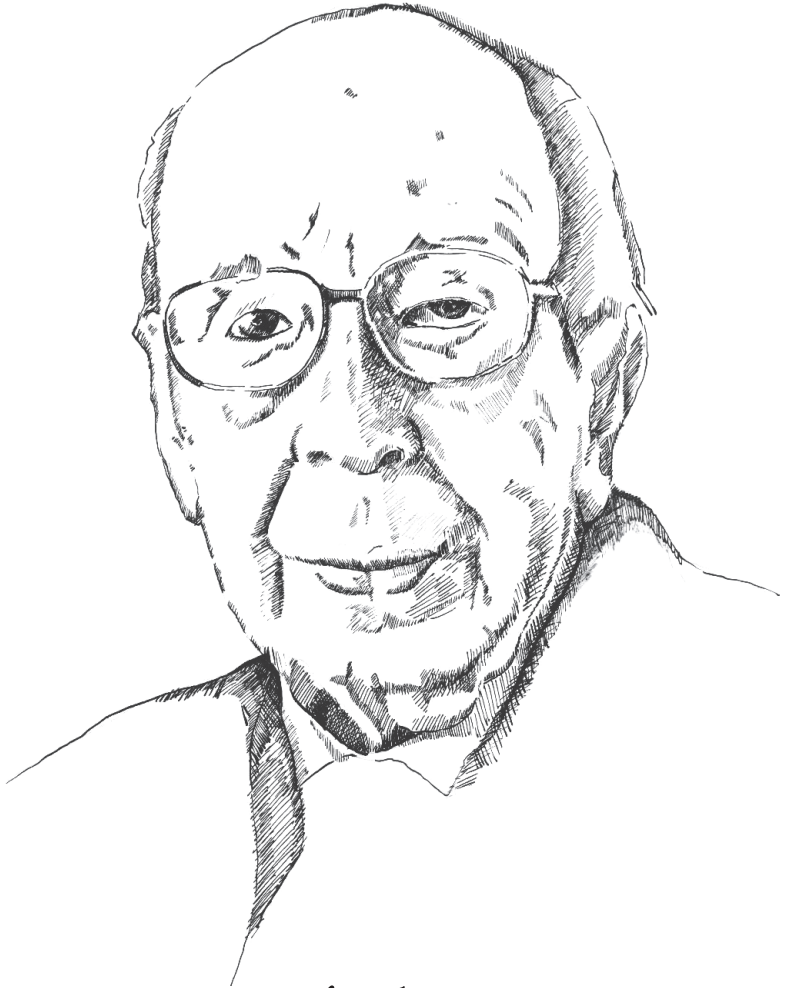
¿Por dónde iniciar?

Sus objetivos, reiterando lo que planteé en 2005, podrían ser estos:

1. Realizar un inventario-diagnóstico de las características principales de la dominación y la dependencia en materia de comunicación en la región en la era de la Sociedad de la Información, asegurándose de que desemboque en un mapa de la naturaleza de los problemas, del estado de las políticas y de las posibilidades y limitaciones para la acción cooperativa solutoria.
2. Identificar: sistemática, conjugatoria y refinativamente, todas las conceptualizaciones propuestas en la región, en materia de políticas, analizarlas, armonizarlas y sintetizarlas en un planteamiento integral y coherente de bases para la formulación y aplicación de ellas a los niveles regional, nacional y local.
3. Diseñar, a partir de ambos estudios, una estrategia general de acción cooperativa, de horizonte quinquenal, para propiciar la implantación en todos los países de nuevas políticas apropiadas a la realidad actual, cifradas primordialmente en la movilización social para comprometer con la causa a los principales tomadores de decisiones en los ámbitos político, empresarial y periodístico.
4. Divulgar, promover y negociar, a los niveles nacional y regional, la implementación de la estrategia quinquenal de acción cooperativa para la democratización de la comunicación.

¿Será este audaz y titánico esfuerzo equivalente a reinventar la utopía irrenunciable que animara a los rebeldes pensadores de los años del 70?

No hay duda de que lo sería, pero, como nos lo enseñara el inolvidable maestro brasileño Paulo Freire, no en el sentido de lo idealista irrealizable, sino en el del proceso dialéctico de denunciar la estructura deshumanizante y anunciar la estructura humanizante.



Artículos



La radio popular educativa en América Latina*

La radio popular y educativa latinoamericana es una apuesta creativa y valerosa por el ideal democrático. El uso de la radio para la educación popular, en favor de la democracia, tiene ya casi medio siglo de experiencia en la región. Luis Ramiro Beltrán reflexiona sobre los principales momentos de esta práctica y avizora nuevas estrategias para su fortalecimiento.

La radio es el medio más instrumental en la lucha por conquistar la democracia. De todos los medios masivos es el que llega a la más alta proporción de la población: 75%. Ese amplio acceso no es su

* Tomado de *Chasqui Revista Latinoamericana de Comunicación* 53, marzo 1996, 8-11

única ventaja. Por su bajo costo y su relativa facilidad de operación, la radio tiene también la virtud de prestarse a la participación del pueblo en su manejo.

Aunque es privada y comercial, en el 85% de los casos, la radio en la región no es oligopólica; está constituida, en general, por numerosas empresas más bien pequeñas. Ha sido por esto, por el ímpetu del pueblo para comunicarse y por el respaldo que le ha brindado la Iglesia católica, que ha resultado posible la radio popular de vocación democrática en Latinoamérica. Que ella sea minoritaria –cuando más el 10% sobre un total de alrededor de 6.000 emisoras– no le quita mérito ni le niega impacto. Comenzó hacia 1947, en Colombia y Bolivia.

Sutatenza

El inquieto párroco de la aldea colombiana de Sutatenza, Joaquín Salcedo, instaló una elemental estación radiodifusora de corto alcance para llegar a los campesinos algo alejados de su circunscripción con mensajes religiosos. Poco tardó en agregar a la finalidad evangelizados la intención alfabetizadora y educativa en campos como la salud y la agricultura.

La estrategia comunicativa de la cual se valió el joven sacerdote fue la de “escuela radiofónica”. Consistía en programas producidos para los campesinos, a los que se organizaba en pequeños grupos y se orientaba por medio de un auxiliar local capacitado para ello y provisto de materiales complementarios. El experimento cobró rápidamente amplia aceptación y considerable impacto.

Con apoyo formal eclesiástico y respaldo gubernamental, Salcedo estableció la entidad Acción Cultural Popular (ACPO). Con respaldo financiero intencional ACPO vino a ser en una década el ejercicio masivo de educación no formal más grande y ambicioso del mundo. En su punto culminante llegó a tener ocho emisoras por

todo el país, con una potencia conjunta de alrededor de 800 kilovatios de salida, dos institutos de formación de líderes campesinos, una central de preparación de programas y un servicio de producción audiovisual e impresa en el que editó el primer semanario del país para campesinos.

Radios mineras

El otro experimento precursor fue el de Bolivia, coetáneo al de Colombia, pero del todo distinto. A fines de los 40, el país vivía de la producción de estaño y los trabajadores de esta industria estaban organizados en sindicatos. En uno de ellos nació la primera emisora obrera, que tuvo azarosa y efímera existencia. En 1952 se inició una revolución nacionalista que realizó profundos cambios estructurales, incluyendo la nacionalización de las tres grandes empresas mineras productoras de estaño. En esas circunstancias surgieron algunas emisoras sindicales mineras. Diez años más tarde llegarían a ser algo más de 20 y todavía aumentarían hasta acercarse a 30.

Que sus equipos fueran rústicos y de corto alcance y que su personal no tuviera experiencia en producción radiofónica eran cuestiones secundarias, frente al objetivo que el medio venía a servir: expresarse, quebrar de viva voz la incomunicación que los trabajadores padecían en sus remotos distritos altiplánicos y, así, permitirles defender sus intereses. Tal importancia cobrarían pronto sus radios que gobiernos totalitarios las acallarían, a veces, a sangre y fuego.

La característica fundamental de esas radios fue su naturaleza participativa. Con su estrategia de “micrófono abierto”, ponían a los trabajadores y a sus familias a hablar libremente de todos los temas de su interés, a hacer reclamos a las autoridades e inclusive a criticar la conducción sindical. Visitaban escuelas, iglesias, mercados, pulperías y campos deportivos, y hasta entraban a los socavones mineros para dar a la gente la oportunidad de decir su palabra. Las

radios servían como núcleo de reunión social y como eje de convocatoria a asambleas populares para la toma de decisiones. Esos comunicadores obreros practicaban la comunicación “horizontal”, “participativa”, “dialógica” y “alternativa”, diez años antes que teoría alguna postulara nociones como esas.

A partir de la quiebra de la minería estañífera en 1985, que trajo aparejado el desempleo masivo de las minas y el derrumbe del poderío sindical, esas radios comenzaron a desaparecer. En estado casi agónico, sobreviven a la fecha cuatro o cinco de ellas.

Las experiencias se multiplican

La influencia del modelo Sutatenza se comenzó a sentir en algunas partes de la región ya en los años 50. Pero fue en los 60 cuando la estrategia de las escuelas radiofónicas generó la creación de cerca de medio millar de emisoras, dedicadas a la educación popular, en su mayoría patrocinadas por la Iglesia católica, en unos 15 países latinoamericanos.

Algunas radios flexibilizaron el marco de instrucción típico de Sutatenza para hacer más educación no formal, acercarse a las organizaciones populares y hasta para reemplazar la visión de la sociedad y de su desarrollo, derivada de la impronta de ACPO. Tal vez, esto ocurrió primero en el Movimiento de Educación de Base (MEB) de Brasil, en el cual un maestro desconocido comenzaba a plantear inéditas ideas para democratizar la educación; se llamaba Paulo Freire.

Por otra parte, lo que muchos mantuvieron sin alteración por largo tiempo fue la preferencia por el público campesino, sobre el ciudadano, y el énfasis sobre la recepción de los mensajes radiofónicos en pequeños grupos comunales para discusión y acción.

De especial importancia fue el desarrollo de la radio popular y educativa en idiomas nativos. La participación de los indios aymaras y

quechuas en este emprendimiento es sobresaliente en Bolivia, Perú y ha llegado a ser acogida, inclusive, por algunas emisoras comerciales.

La radio popular campesina fue más allá de la educación, la información y la diversión. A millares de seres humanos sumidos en selvas, cordilleras y llanuras les brindó gratis el equivalente al correo, al telégrafo y al teléfono que les habían sido negados.

La imaginación creativa de los latinoamericanos se desplegó, tanto en los años 60 como posteriormente, para hacer que la radio popular fuera realmente participativa. Una eficaz estrategia ecuatoriana, impulsada por el CIESPAL y la Iglesia católica, es la de las “cabins de grabación campesina”, como las de Latacunga. Y, en varios países, las radios capacitaron a voluntarios de aldeas y barrios como “reporteros populares”.

Rodeadas de competencia comercial, las radios educativas tuvieron que ir ampliando y variando su programación a fin de equilibrar en ella lo educativo con el entretenimiento y con lo informativo. A esto último dio un valioso aporte el noticiario internacional *Chasquihua-si*, producido en casete en Chile. Sobre todo en los años 70, las radios populares no abandonaron su papel contestatario, su misión de denuncia de la injusticia para con las grandes mayorías crecientemente empobrecidas y sojuzgadas. A causa de este compromiso con el pueblo no pocas de ellas han sufrido censura, hostigamiento y clausura; y unas cuantas hasta han sido víctimas de destrucción por violencia estatal o por actos de terrorismo.

En todos esos años de lucha, millares de personas han dedicado mucho de su inteligencia y energía a la causa de la radio popular en América Latina. Dos paradigmas de esos luchadores por la utopía democrática son Mario Kaplún y María Cristina Mata.

Mario Kaplún, un comunicador educativo apasionado por la radio como instrumento de justicia, alcanzó notoriedad por dos series radiofónicas: *Jurado 13* y *El Padre Vicente*, ambas ganadoras de pre-

mios internacionales. Fue el creador de una eficaz herramienta para la comunicación popular: el “audioforo”, que luego desarrolló como “casete foro rural”, un recurso sencillo para fomentar el diálogo a distancia entre grupos.

Mario Kaplún destaca dos de sus aprendizajes: “es posible hacer radio educativa de un modo atractivo y capaz de hacer impacto en la audiencia popular, y no es imposible penetrar en las emisoras comerciales con programas educativos, inclusive los de tipo crítico, siempre que se lo haga con calidad profesional y en forma entretenida y dinámica”. Y condensa él su visión de nuestro oficio con esta metáfora: “Comunicación es una calle ancha y abierta que amo transitar. Se cruza con compromiso y hace esquina con comunidad”.

María Cristina Mata se especializa, a partir de 1980, en el estudio de la radio participativa, comenzando por rescatar la ejemplar experiencia dominicana de “Radio Enriquillo”. Es muy valiosa su reciente investigación sobre la mujer y la radio, publicada por la ALER. A partir de 1982 trabajó en Quito, en ALER, convirtiéndose en la investigadora más fiel y acuciosa de la radio popular latinoamericana.

ALER

En 1972 comienza el accionar de la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica (ALER). Pero, ya para entonces, el modelo Sutatenza mostraba preocupante desgaste y estaba por entrar en escena, traído de las Islas Canarias, el promisorio modelo ECCA.

En presencia de nuevos fenómenos, como la masiva migración del campo a la ciudad que formaba los cinturones de miseria, las afiliadas a la ALER comenzaron a poner atención también al público urbano periférico. Percibieron, igualmente, la importancia de nuevos movimientos sociales y de distintos actores políticos derivados del deterioro de las agrupaciones partidarias tradicionales, la agudización de la crisis económica y la emergencia de nuevos problemas

sociales. Así, ALER fue ajustando sus esfuerzos a las cambiantes realidades.

Pero, ¿qué ha logrado ella en tantos años de abnegada práctica? La propia ALER dio respuesta a la interrogación, al evaluar el desempeño de la radio popular en su Novena Asamblea General Ordinaria (Quito, 1994), la entidad inventarió estos logros:

1. El que no pocas de sus afiliadas hayan dejado de ser marginales por haber conquistado importantes índices de audiencias.
2. El haber ganado la confianza de las organizaciones populares que las toman como aliadas de su causa.
3. El haber alcanzado niveles de manejo de información comparables con los de emisoras comerciales, pero que ofrecen al pueblo la orientación interpretativa de hechos y procesos en función de sus intereses.
4. El haber llegado a ser reconocidas por su público como integradoras de regiones, propiciadoras de lenguas nativas, defensoras de comunidades marginadas y patrocinadoras de identificación y legitimación.

ALER está consciente que todavía hay mucho por hacer para mejorar la situación de la radio popular. Entre los problemas que la preocupan están estos:

1. El ajuste insuficiente de la programación a la audiencia.
2. La mala calidad de varios programas.
3. La aún escasa penetración en la esfera urbana, especialmente, entre los jóvenes.
4. La falta de nitidez en la señal sonora y la interrupción de emisiones por fallas técnicas.
5. La deficiente formación del personal productor.
6. La contracción de las fuentes de apoyo financiero.

Mientras subsistan problemas como estos, la radio popular corre el riesgo de ser sofocada por el abrumador poderío de la radio comercial. Y, si esto llegara a ocurrir, la comunicación alternativa para la democratización no podrá cumplir su deber de acompañar al pueblo latinoamericano a enfrentar los desafíos del nuevo siglo. ¿Qué se puede hacer para que tal cosa no ocurra?

Amarc

Una respuesta audaz a esta interrogante viene a darla un nuevo combatiente por la democratización de la palabra y la sociedad. Se trata de la filial latinoamericana de la Asociación Mundial de Radios Comunitarias (Amarc). Establecida en Lima hace cuatro años, la agrupación ya cuenta en la región con más de 200 miembros y viene desplegando una labor muy intensa de apuntalamiento a la radio popular. Lo hace ahora, desde Quito, por medio de un boletín noticioso acompañado de audiocintas, de talleres y encuentros, servicios técnicos y redes de solidaridad e información.

El Secretario Ejecutivo de la Amarc, José Ignacio López Vigil, ha hecho esta punzante reflexión sobre la era presente: “Este es el mundo que nos ha tocado vivir. Un mundo avaro que quiere igualar culturas pero no bolsillos. Un mundo absurdo que ha sabido captar el rumor del *Big Bang*, sucedido hace mil millones de años, pero no es capaz de escuchar el grito desesperado de los 40.000 niños que a diario mueren de hambre. Una época nocturna, como diría Neruda. Pero no hay otra. No podemos irnos a transmitir desde los anillos de Saturno. Es aquí y ahora que tenemos que hacer la radio comunitaria”.

A la luz de este criterio, López Vigil propone, para plasmar esa nueva radiodifusión, una nueva estrategia de tres lineamientos paralelos:

1. Elevar la calidad de las emisoras hasta convertirlas en competitivas con las comerciales.

2. Ampliar el alcance de público hasta entrar de lleno en lo masivo.
3. Modernizar los programas para tornarlos más acordes con la cultura masiva y con las demandas actuales de las grandes audiencias juveniles.

¿Será posible hacer esto? Y, si lo fuera, ¿será deseable? Es cierto que, para llegar a competir con las radios privadas y comerciales, las populares tendrían que mejorar la calidad de sus programas y alcanzar niveles realmente masivos de audiencia. Aunque faltan fondos y no sobra el personal calificado para una producción profesional óptima, esa adecuación pudiera resultar factible. Pero, ¿sería conveniente? Manifestándose de acuerdo con no satanizar al neoliberalismo, Carlos Cortés, uno de los dirigentes de los comunicadores católicos, hace, sin embargo, esta advertencia: “Pero tampoco puede significar dar vivas a un mercado que se quiere total porque no admite otras posibilidades fuera de las reglas de su juego, cada día más mortífero y capaz de añadir nuevos rostros (Santo Domingo) a los rostros sufrientes de Puebla”. Posiblemente muchos, especialmente los más veteranos y leales luchadores por la causa, comparten esta lógica preocupación. En contraste con ellos, empero, otro de los mayores propiciadores de la radio popular y educativa en la región, José Pérez Sánchez, Director del Centro de Capacitación de Radio Nederland para América Latina, planteó:

Nuestra acción nos ha permitido redescubrir el potencial de la radio privada y el rol que puede jugar, aun manteniendo sus principios de empresa. Lo que hemos aprendido es que una empresa comercial, entendida en su carácter eminentemente social, y si tiene buena voluntad, presenta posibilidades de cooperación entre todos los sectores activos de un país y esto puede lograr muchísimo.

O sea, por una parte, habría que continuar la lucha, pero emulando las armas del adversario si es que no se quiere fenecer. Y, por otra,

pareciera posible cooperar con la radio privada y mercantil en vez de ser contendor de ella.

Podemos tener plena fe en que, con su probada integridad y su inteligencia, los comunicadores de la radio popular educativa latinoamericana resolverán pronto este dilema y harán, en vísperas del nuevo milenio, lo que sientan que sea mejor hacer en servicio de su pueblo.



Comunicadores y derechos humanos: ¿de malos amigos a ángeles guardianes?*

Luis Ramiro Beltrán¹

La Declaración Universal de los Derechos Humanos dio personalidad jurídica internacional a un conjunto de derechos básicos de los seres humanos, considerados como individuos, y formuló para el mundo el ideal de una existencia con dignidad, justicia, libertad, paz y prosperidad para todos los seres humanos.

A medio siglo de ello, ¿cuál es la situación de esos derechos? ¿Están vigentes o no? ¿Han cumplido los Estados-miembros de las

* Tomado de *Chasqui Revista Latinoamericana de Comunicación* 64, diciembre 1998, 24-28

1 Luis Ramiro Beltrán S., boliviano. Escritor y comunicador. Consejero para América Latina de la Universidad Johns Hopkins. Premio Mundial de Comunicación "McLuhan". Correo electrónico: <ariperez@mail.entelnet.bo>.

Naciones Unidas el mandato que se dieron a sí mismos pública y solemnemente?

Inventario desolador

“Cincuenta años después –responde Amnistía Internacional– las víctimas de las violaciones de estos derechos no han visto aún el mundo libre de crueldad e injusticias que prometieron los gobiernos en 1948” (Amnistía Internacional, 1998: 21). Ese informe hace un recuento de los atropellos cometidos contra los derechos humanos en 141 países, a lo largo de 1997. La entidad documentó, en ese año, ejecuciones extrajudiciales en 55 países, casos de tortura en 117 y desapariciones en 31, incluyendo en ese conjunto de violaciones a países de América Latina como México, Cuba, Colombia y Argentina. Atribulado por estas y otras evidencias, su secretario general, Pierre Sané, afirma que para la mayoría de la humanidad los derechos proclamados en la Declaración del 48 “no significan mucho más que papel mojado” (cit. por Amnistía, 1998: 21).

Y la propia Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Mary Robinson, expresa con franqueza su insatisfacción por lo poco logrado hasta el presente momento del cincuentenario: “... Yo no veo a esta como una ocasión para celebrar. Súmense los resultados de 50 años de mecanismos de derechos humanos, los 30 años de programas de desarrollo multibillonarios y la interminable retórica de alto nivel, y el impacto de todo ello es hartamente desalentador... Aún tenemos abundante discriminación por razones de género, etnicidad, creencias religiosas u orientación sexual y aún hay genocidio, dos veces solo en esta década. Existen 48 países con más de una quinta parte de la población que vive en lo que nos hemos acostumbrado a llamar ‘pobreza absoluta’... La pobreza es en sí misma una violación de numerosos derechos humanos básicos” (Robinson, cit. por Index on Censorship, 1998:189).

Homo homini lupus

¿Qué explica tan abismal y lacerante disparidad entre la enunciación del ideal y su realización?

La explicación central no es otra que la obstinada pervivencia de la barbarie en el ser humano, la prevalencia del instinto salvaje que privilegia a la fuerza sobre la razón, al egoísmo sobre el altruismo y a la ignorancia sobre la cultura.

Desde esa torva raíz ancestral se desencadenan hasta hoy varias fuerzas contrarias a una existencia civilizada, como la que propician los derechos universalmente proclamados en 1948. El machismo, el racismo y el fanatismo religioso. El belicismo, el terrorismo y el autoritarismo. La delincuencia. Y la inequidad. Obrando en todo el globo, por separado o en conjugación, son esos agentes del oscurantismo los principales enemigos de una digna existencia humana al amparo de los derechos básicos.

Muy notorio, por ubicuo y por tenaz, el autoritarismo estatal ofende y atormenta a millones de personas en muchas partes del mundo. A menudo, quienes toman el poder, por golpes o por votos, se enquistan con soberbia y avidez en la maquinaria gubernamental para favorecer los intereses creados de minorías privilegiadas, abusando de su autoridad en muchas formas. Y descargan sobre los pocos que se atreven a oponerse a ello toda la brutalidad de la represión que va desde quitar el empleo y torturar, hasta privar de la libertad y de la vida misma. Paradójica y lamentablemente, esa conducta halla asidero nada menos que en enunciados del propio documento constitutivo de las Naciones Unidas: “La Carta de la ONU fue dirigida a los Estados en tanto que la Declaración Universal se dirigió a los individuos. En los 50 años transcurridos, todos los regímenes que practican abusos contra los derechos humanos se han refugiado detrás de las garantías de soberanía estatal y no interferencia de la Carta de la ONU” (Ignatieff, 1998:23).

Más aún, desde hace pocos años atrás, algunos gobiernos están oponiéndose crecientemente a que los derechos humanos sean aplicados universal e indivisiblemente, principio fundamental que alienta a la Declaración de 1948. Aduciendo la prelación de consideraciones particularistas de credo o cultura, y hasta la primacía del desarrollo económico, pretenden dejar la vigencia de los derechos humanos en suspenso y supeditada a sus conveniencias.

En suma, el panorama de los derechos humanos en el mundo no solo que no ha mejorado en comparación con 1948 sino que se va ensombreciendo más.

El desconocimiento de esos derechos por la gran mayoría de la gente contribuye en alto grado a que ellos no sean respetados. No solo la masa del pueblo carece de información sobre ellos. Los estamentos dirigentes de las sociedades tampoco están familiarizados con su enunciación. Mal pueden, pues, los ciudadanos abogar porque se respeten sus derechos si no tienen una idea clara y completa de ellos. Esa idea solo puede ser forjada en las mentes de las personas por la educación formal –desde la escuela hasta la universidad– y por la comunicación masiva, la maestra no formal de lo cotidiano. Ergo: “Los educadores y los responsables de la comunicación deberían asumir conjuntamente la responsabilidad de poner los derechos humanos en conocimiento de todos, de enseñarles a respetar y a imponer el respeto de los derechos humanos, para sí mismos y para los demás” (McBride, 1980: 322). ¿Lo estarán haciendo?

Educación y comunicación

Advirtiendo que solo muy excepcional y ocasionalmente se da alguna enseñanza sobre derechos humanos en escuelas y colegios, Amnistía Internacional ha montado un programa para propiciar aquello. Incluye actividades cooperativas con otros organismos no gubernamentales y con entidades estatales responsables de la educación for-

mal. Entre esas actividades están la inclusión de la Declaración de 1948 en los planes de estudio, el establecimiento de información sobre los derechos como materia regular, la publicación de manuales, folletos y videos como apoyo didáctico a cursos y talleres sobre los derechos humanos, la realización de campañas, y hasta la formulación de estrategias nacionales para la educación sobre los derechos humanos. A lo largo de 1997 hubo así una variedad de empeños educativos sobre los derechos humanos en varios países del mundo.

A diferencia de las demás empresas comerciales, los medios de comunicación masiva –cruciales como son para la vida de la colectividad– tienen una delicada responsabilidad de servicio público. Además de cumplir su función de informar, tienen la obligación moral de orientar; el deber social de ayudar a educar al público en aspectos del comportamiento colectivo. Desde el civismo hasta la solidaridad y la unidad. Desde la no violencia, la libertad y la justicia, hasta la preservación del medio ambiente y el cuidado de la salud. Y desde la contribución al esfuerzo prodesarrollo y el repudio a la corrupción, hasta la obediencia a la ley.

La vigencia generalizada de los derechos humanos es, sin duda, el factor fundamental para asegurar la convivencia civilizada, pacífica y productiva. Y los medios de comunicación masiva están llamados a cumplir el papel central en el logro de esa vigencia plena. Es, en lo esencial, un papel de divulgación y defensa. Por una parte, y como punto de partida, propiciar el más amplio y constante conocimiento posible sobre los derechos fundamentales que las declaraciones internacionales y las legislaciones nacionales reconocen a las personas. Viene luego, por otra parte, la tarea de propiciar el respeto a esos derechos por todos, gobernantes y gobernados. En el cumplimiento de esta función social los medios tienen que mantener vigilancia sobre las siempre posibles transgresiones de los derechos en diversos frentes y, cuando ocurren, deben denunciarlas clara, firme y sostenidamente. Solo su decisiva influencia en la opinión pública

puede ayudar a sancionar atropellos y a proteger a los damnificados por estos. De ahí lo indispensable y trascendental de su intervención.

De consuno con viejas convicciones como estas, la Asociación Mundial para la Comunicación Cristiana (WACC), en su segundo congreso realizado en México en 1995, emitió una declaración en el marco del concepto de “comunicación para la dignidad humana” que incluyó este acápite: “Los comunicadores tienen el deber de estar informados acerca de los instrumentos y mecanismos disponibles en sus países para implementar y proteger los derechos humanos y diseminar la información sobre los derechos humanos a sus respectivas audiencias. Deben denunciar las violaciones a estos derechos en todos los niveles de gobierno y empresas privadas, movilizándolo el apoyo a víctimas de esos abusos...” (Media Development, 1996: 39-40).

¿Estamos los comunicadores actuando así? Con muy escasas salvedades, la respuesta es infortunadamente negativa. Más bien, estamos contribuyendo a la falta de vigencia de los derechos humanos fundamentales, unas veces por omisión y otras veces por comisión.

Pecados de omisión

La indiferencia y la insensibilidad caracterizan al pecado de omisión. Para muchos periodistas la cuestión de los derechos humanos no interesa, a menos que presente ribetes de espectacularidad, generalmente rociados de violencia y escándalo. El criterio clásico prevaleciente de qué “noticia es cuando el hombre muerde al perro” deja por fuera mucho del acontecer cotidiano contrario a aquellos derechos. Se agrega a esto la insensibilidad ante el padecimiento ajeno, la creciente falta de solidaridad con los demás, debida a la exacerbación del egoísmo individualista que va llegando, ante la crisis económica y el aumento de la inseguridad, al grado del “sálvese quien pueda”. “La razón de existir –anota Carlos Valle, dirigente

internacional de comunicadores cristianos— se está diluyendo y ya nada importa. En muchos lugares inclusive la religión se muestra ahora en ‘paquete liviano’ para calmar los nervios, para hacer sentir a uno Ok. Todo se ha vuelto entretenimiento y el aburrimiento debe ser evitado a toda costa. Por eso, el conflicto tiene que ser puesto a un lado, cada uno tiene que arreglar las cosas por sí solo ya que, después de todo, nada tiene demasiado sentido” (Valle, 1996:4).

Y a ello suele agregarse alguna vez una suerte de entumecimiento de la sensibilidad del público, debido a una exposición muy frecuente a noticias sobre violaciones a los derechos humanos. Por ejemplo, el lector de diarios cansado de esas informaciones prefiere descartarlas y evadirse de la realidad que las provoca, apelando a alguna recreación estupefaciente que lo aleje de su propia problemática (González, 1995).

Pecados de comisión

Pero más graves que los de omisión suelen ser los pecados de comisión. El mayor de estos es el de convalidar la inequidad no solo en los campos económico, político y cultural, sino en términos de segregación de seres humanos por razones de origen étnico, sexo y edad o de credo y cultura.

En diversos grados y formas, los medios masivos tienden, a veces, a fomentar el racismo favoreciendo al etnocentrismo exacerbado, denostando a minorías y promoviendo agresividad contra inmigrantes y menosprecio por los indígenas. También tienden los medios a favorecer, en muchos sentidos, a las clases altas de la sociedad y a desfavorecer a las bajas. Ignoran la existencia de los humildes y desconocidos, en tanto que destacan en exceso la vida de los ricos, poderosos y famosos. Los pobres son noticia solo cuando amenazan la estabilidad del sistema que los sojuzga. Algunos medios tienden a señalar a los pobres, a los marginales, como posibles delincuentes.

Cómplices del machismo, los medios menosprecian a las mujeres si es que no llegan a cosificarlas. Y, expresando la desconfianza de los dueños del poder, los medios desdeñan también a los jóvenes cuando no los descalifican y hasta vituperan. La comunicóloga mexicana Rossana Reguillo afirma que los medios reducen la complejidad social abordándola por medio de dicotomías (buenos/malos, normales/desviados, verdugos/víctimas) y que así ellos terminan por “favorecer el endurecimiento del discurso de la exclusión y lo que es más grave de la automarginación y la asunción de los estigmas por parte de los actores sociales desfavorecidos...” (Reguillo, 1998: 5).

El “amarillismo” de algunos medios tiene dos caras: la del sensacionalismo y la de la morbosidad, que a veces van juntas. Un caso extremo del primero se dio hace pocos días en Inglaterra al renunciar súbitamente un ministro, luego de haber sido asaltado y robado en un parque. Los diarios sensacionalistas londinenses deformaron truculentamente el episodio tejiendo contra el damnificado imputaciones de conducta impropia. Lejos de calmarlos, su renuncia “enloqueció de excitación a los sabuesos de la prensa, que salieron de inmediato en cacería. No habían pasado 48 horas cuando las visceras del pobre exministro alimentaban el morboso apetito de los millones de lectores de esa inmundicia impresa conocida en el Reino Unido como tabloide”, según Mario Vargas Llosa (1998).

La morbosidad frecuente en los programas noticiosos por televisión está dramáticamente retratada en estas anotaciones del periodista boliviano Hernán Maldonado (1998: 5): Ahí está el Telenoticiero Nacional de Colombia con imágenes de la última emboscada guerrillera y la veintena de cadáveres despanzurrados (...) Telenoche de Argentina, con su reportero mostrando los huecos por donde entró la bala en la cabeza de un taxista asesinado en Buenos Aires. Telejournal de Brasil exhibiendo cómo un policía mata a un menor de edad en una calle de Río de Janeiro. O Televen de Venezuela mostrando cómo un francotirador policial le revienta la cabeza como

una calabaza a un delincuente...”. Hay otros programas televisivos que hacen de situaciones de penuria humana un despiadado espectáculo. Por ejemplo, algunos del tipo *talk show* o *reality show* que no trepidan en convertir la miseria y la delincuencia en motivo de enfermizo entretenimiento y abominable instancia de comentario.

La radio encajando micrófonos en bocas de agonizantes y preguntando a muchachas violadas si sintieron dolor, o las cámaras fotográficas invadiendo abusivamente los recintos de la vida privada son otras instancias del mal comportamiento de la comunicación masiva. Como lo son la fabricación de situaciones conflictivas para atraer públicos y la exacerbación de la pornografía.

Algunos analistas reprochan a los periodistas por dar a los actos de terrorismo una cobertura tan amplia y destacada que llega a favorecerlos ante el público, en desmedro de las víctimas, y para burla de la autoridad. Otros analistas estiman, por inversa, que la información pública sobre tales actos es indispensable para controlarlos y hacerlos reprobables. De todas maneras, se da a menudo en esos casos un conflicto entre el derecho y el deber de la prensa de informar y el derecho y el deber del Estado de proteger la vida de las personas y asegurar la paz pública, actuando contra ese tipo de delincuencia política sin facilitar la cobertura periodística. El exdirector del CIESPAL, Luis Proaño, propone que este dilema no sea planteado simplistamente entre informar o no informar sino “...entre informar bien e informar mal, disyuntiva que exige un difícil equilibrio y un criterio formado...” por desgracia tal vez no muy frecuente ni entre autoridades ni entre periodistas (Proaño, 1991: 98).

La prensa *light*

No pocos de los comportamientos lesivos a la vigencia de los derechos humanos pueden atribuirse hoy a la creciente tendencia hacia un periodismo sin sensibilidad social cada vez menos serio. El escritor y periodista Mario Vargas Llosa, quien llama a la frivolidad

la reina y señora de la civilización posmoderna, criticó duramente la trivialización de la prensa en la asamblea de la SIP en Uruguay en noviembre último. “Los medios de comunicación, sobre todo los diarios, eran grandes promotores de cultura. Hoy lo son mucho menos y los audiovisuales se han convertido en enemigos de la cultura” (cit. por *La Razón*, 1998: 6), dijo el famoso novelista. Y, en la Cumbre Latinoamericana de periodistas realizada en Bolivia, en mayo de 1998, el comunicólogo y periodista Erick Torrico coincidió con esa apreciación al señalar que “el periodismo parece haber perdido los referentes del compromiso social... se ha inscrito abiertamente en los patrones del comercialismo y la competencia...” (Torrico, 1998: 5).

¿Qué hacer?

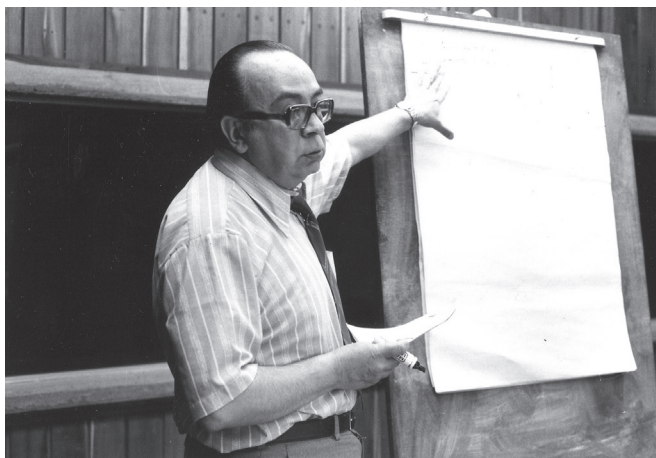
El problema es tan vasto y complejo que hallar solución para él ciertamente no ha de ser fácil, pues involucra nada menos que provocar el cambio de mentalidad y de comportamiento en millares de actores de la comunicación nada más que en Latinoamérica. Y esto solo puede lograrse si los niveles directivos de todas las principales instituciones de comunicación de la región asumen conjuntamente la responsabilidad de propiciar resueltamente ese cambio.

Por eso, creo que el primer paso sería un encuentro para analizar la situación a fondo, a base de una investigación amplia y sistemática. Empresarios, directores y operadores de medios reunidos con líderes de las ONG regionales de comunicación, con docentes e investigadores y auxiliados por expertos en la defensa de los derechos humanos -gente de Naciones Unidas, Unesco, OEA, Amnistía Internacional, etc., pueden, sin duda, hacer un diagnóstico integral y detenido de la problemática en cuestión y delinear luego estrategias de acción cooperativa para resolverla.

Acaso ese venga a ser el gran reto histórico para nosotros los comunicadores de Latinoamérica en la ya inminente alborada del año 2000.

Referencias:

- Amnistía (España). (1998). “Informe 1998: 50 años sin derechos humanos”. En: *Amnistía* (España), 31: 21-22 junio.
- González, A. “Derechos humanos y medios de comunicación social”. En: *Revista SIC*. 579: 414-416. Mayo 1995.
- Ignatieff, M. (1998). “Out of danger”. En: *Index on Censorship* (United Kingdom) 27(3): 21-29. mayo-junio.
- Index on Censorship* (United Kingdom). “Into the future: views from around the world on the successes and failures of the Universal Declaration, and thoughts for the future”. En: *Index on Censorship* (United Kingdom) 27 (3) 184-189. Mayo-junio, 1998.
- McBride, S. et al. (1980). *Un solo mundo: voces múltiples*. México DF, Fondo de Cultura Económica / Unesco.
- Maldonado, H. (1998). “El periodismo morboso gana cada vez más terreno”. En: *Bolivia Today* (U.S.A.) Año 1(5): 5 de octubre de 1998.
- Media Development*. (1996). “Comunicación para la dignidad humana: Declaración de México”. En: *Media Development*. 1: 39-41.
- Proaño, L. E. (1991). “Prensa, estado y terrorismo. En: *Chasqui* (Ecuador) 37: 94-98. enero-marzo.
- Reguillo, R. “Un malestar invisible: derechos humanos y comunicación”. En esta misma edición de *Chasqui*.
- Torrico, E. *Hacia una libertad de prensa real por la centralidad de los derechos humanos y la expansión de la democracia*. Documento presentado a la Cumbre Latinoamericana de Periodistas “Dr. Eduardo Umaña”, realizada en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, el 23 de mayo de 1998, 9. (mimeo.)
- Valle, C. A. “Community and dig- nity: from Manila to México”. En: *Media Development*, 8 1: 3-5. 1996.
- Vargas Llosa, M. “Piedra de toque: nuevas inquisiciones”. En: *La Razón* (La Paz, Bolivia) domingo 5 de abril de 1998, 7-A.
- “La prensa se ha vuelto light”. En: *La Razón* (La Paz, Bolivia) jueves 19 de noviembre de 1998, 6.



Nuevo orden internacional de la información El sueño en la nevera*

Luis Ramiro Beltrán

La del 70 resultó ser una década de fuego en el campo de la comunicación. Nunca como entonces fue ella objeto de un candente y fragoso debate internacional. Detonante de este fue en 1972 una proposición de la Unión Soviética para que la Unesco aprobara una resolución sobre el papel de los medios masivos en pro de la paz y del respeto a los derechos humanos, así como en contra del racismo. Frustrada cinco años consecutivos por la firme reacción norteamericana, la proposición generó ácido conflicto en todo ese período.

* Tomado de *Chasqui Revista Latinoamericana de Comunicación* 70, junio 2000, 12-15

Pero lo que prendió la mecha del incendio alrededor de todo el mundo sobre la materia fue la determinación del entonces pujante Movimiento de los Países No Alineados, proclamada inicialmente en Argel en 1973, de forjar un “Nuevo Orden Internacional de la Economía” (NOIE) aparejado con un “Nuevo Orden Internacional de la Información” (NOII). En cuanto a lo primero, el planteamiento buscaba “descolonizar” el régimen económico que sometía a los países de menor desarrollo, la mayoría de la humanidad, a la hegemonía financiera y política de los países de mayor desarrollo, la minoría de la humanidad. Respecto de lo segundo, lo que se proponía era corregir el marcado desequilibrio prevaleciente en la posesión y manejo de los recursos de la información que favorecía a los países avanzados en desmedro de los rezagados. Denunciaron estos una concentración de grado extremo del poder comunicativo en manos de los Estados Unidos de América y de los países de Europa Occidental. Ello en términos de disponibilidad de medios masivos y de acceso a modernas tecnologías de comunicación, así como en sentido del número, la escala y alcance de agencias noticiosas, empresas publicitarias y servicios propagandísticos. Tal régimen oligopólico de comunicación, señalaron los denunciantes, demostraba que el ponderado “libre flujo de la información” venía a ser nominal y que los contenidos de esa información desfavorecían a los países pobres, desdibujando sus realidades y debilitando sus identidades. Así, a la dependencia económica se sumaba la dominación cultural. Y, por tanto, para desmontar esa configuración “neocolonial” de las relaciones internacionales, había que reformar ambos órdenes injustos y perjudiciales.

La Unesco recibe mandato del NOII

La lucha de los no alineados por lograr ese cambio llegó al punto de conflagración, a principios de la segunda mitad de la década, cuando la oposición al mismo por parte de las potencias occidentales se

puso de manifiesto. A lo largo de 1976 las voces propiciadoras del nuevo orden informativo se hicieron estentóreas en Túnez, Nueva Delhi, Colombo, Lima y Nairobi, entre otras plazas. Respaldata por el Grupo de los 77, la propuesta innovadora fue acogida por la Asamblea General de las Naciones Unidas y la Unesco recibió el mandato de apoyar la creación del nuevo orden. Por otra parte, también en 1976 la Unesco patrocinó en Costa Rica la Primera Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Nacionales de Comunicación bajo el fuego graneado de la Sociedad Interamericana de Prensa que se opuso a su realización. En noviembre del 76, en la Conferencia General de la Unesco, realizada por primera vez fuera de su sede, se produjo el choque frontal de las posiciones antagónicas. En 1977 las grandes organizaciones empresariales y agrupaciones profesionales de la comunicación de Occidente desataron internacionalmente una drástica y tenaz campaña contra la idea del NOII, por considerarla atentatoria contra la libertad de información y opuesta a la democracia. La combustividad aumentó con ello a tal punto que la Unesco apeló en aquel mismo año a una fórmula conciliatoria en pos del apaciguamiento: estableció una Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de Comunicación, grupo multinacional y pluralista de expertos que, por el apellido de su presidente, llegó a conocerse simplemente como la Comisión McBride. En la Conferencia general de la Unesco en 1978 los contendientes arribaron, mucho más por la vía de facto que por la declarativa, a una suspensión de hostilidades que no solo permitió aprobar, con ajustes, aquella proposición soviética sobre el papel de los medios sino que, en reconocimiento de la disparidad tecnológica entre países desarrollados y subdesarrollados, hizo posible establecer aliviatoriamente un Programa Internacional para el Desarrollo de la Comunicación (PIDC). Pese a esta suerte de avenimiento, Estados Unidos y Gran Bretaña irían a retirarse más tarde de la Unesco.

Informe McBride

En Belgrado en 1980 la Comisión McBride presentó su informe final a la Conferencia General de la Unesco, mereciendo aprobación con muy pocas reservas de algunos Estados miembros. Bien documentado y escrito con profundidad y ponderación, este estudio –que marcó un hito en la historia de la comunicación– convalidó claramente en sus recomendaciones los planteamientos renovadores hechos por los países del Tercer Mundo en pos de la equidad.

En lo que pareciera haber sido el último grito de guerra, un congreso de editores, productores y dueños de los principales medios de comunicación occidentales reiteró, en Talloires, Francia, en 1981, su militante oposición al planteamiento del NOII. Por inversa, para entonces el Movimiento de los Países No Alineados ya había comenzado a decaer y, aunque no abandonó su prédica mientras pudo subsistir, no mostró ni organización ni bríos para seguir librando la titánica batalla que emprendiera por la conquista del nuevo orden con que había soñado. Y, al propio tiempo, la Unesco tuvo que dejar de ser el ángel guardián de aquel soñar. En la esfera latinoamericana, la Iglesia católica propuso –mediante un seminario de expertos en 1982 en Embú, Brasil– la prosecución del empeño. Y aún diez años más tarde reuniones profesionales en la región siguieron abogando por la reforma democratizante. En cambio, luego de intentos fallidos en Venezuela y México, nadie más se atrevió a tratar de instaurar políticas nacionales de comunicación.

La situación ha empeorado

Hoy, a un cuarto de siglo del inicio de aquel insólito proceso, ¿cuál es el estado de la comunicación internacional? La respuesta más concisa que puede darse, infortunada pero no sorprendentemente, es negativa. Para comenzar, es muy evidente que ni una sola de las proposiciones de cambio, alentadas bajo el ideal del NOII, han llegado

a materializarse en ninguna parte. Y, lo que es peor, no solo que no ha habido alivio o mejoramiento alguno en la situación denunciada sino que ella ha empeorado grandemente. Lejos de disminuir, la concentración del poder comunicativo a favor de las naciones de mayor desarrollo ha aumentado enormemente. Grandes consorcios transnacionales dominan el flujo de noticias y el negocio publicitario, especialmente en materia de televisión, y las diferencias en el acceso a los modernos recursos de la telemática son abismales. Estados Unidos de América, los países de Unión Europea y Japón controlan el 90% de la producción de bienes y servicios informativos. De los 550 millones de computadoras que hay en el mundo, hoy un poco más de la mitad están en Estados Unidos, Japón, Alemania, Inglaterra y Francia. Algo más de dos tercios del total mundial de usuarios de internet –320 millones– corresponden a esos mismos cinco países. Y del total mundial de “internautas” el 57% está en Estados Unidos de América, mientras que en Latinoamérica está solo el 1%. En suma, la brecha que en los años 70 era de suyo grande, hoy, en la era neoliberal, en el apogeo de la “sociedad de la información” y en el pináculo del proceso globalizador, se ha vuelto gigantesca. Y no existe en el horizonte movimiento internacional alguno que pretenda desafiar la vigencia de semejante poderío sin precedentes.

¿Tiene esperanza el futuro?

¿Estará todo perdido para siempre? ¿No es que van surgiendo en Europa, por ejemplo ciertas señales esperanzadoras sobre autoregulación y políticas? ¿No hay en la propia Europa y en Canadá indicios de alguna resistencia a la hegemonía tecnológica mundial? ¿No será que la lucha por el cambio pudiera ser retomada un día por esas naciones no subdesarrolladas y no impotentes? ¿Será posible que las Naciones Unidas y la Unesco vuelvan a abrazar la causa?

Quienes nos suscribimos a la quimera de la justicia queremos creer que sí, porque, como lo señalara Pablo VI, las realidades de hoy suelen ser las utopías de ayer. Y porque compartimos con Paulo Freire la convicción de que lo utópico no es lo idealista inalcanzable sino lo dialéctico que denuncia la estructura deshumanizante y anuncia la humanizadora. Por eso nos atrevemos a pensar que el sueño de forjar un nuevo orden mundial de la información y la comunicación pudiera no haber muerto. Habrá tomado, más bien, refugio en la nevera del tiempo y acaso está aguardando el momento en que la historia vuelva a golpear con fuerza las puertas de la conciencia universal.

*Este libro se terminó de imprimir
en septiembre de 2014, siendo
Director General del CIESPAL
Francisco SIERRA*